

LO MEJOR DEL TESORO

ZARZUELA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ACTO SEGUNDO.

Espacio despejado en medio de una selva vírgen, sombría y espesísima. *Barabar* y *Mantara* detras de mucha maleza, plantas parásitas y gigantes y tupidas enredaderas, por donde vienen abriendo camino con las anchas y cortantes espadas.

ESCENA PRIMERA.

MÚSICA.

MANTARA Y MOBABEC.

(A duo.)

Han de abrir las espadas camino
Hasta el centro del bosque llegar:
El misterio que oculta en su centro
Nuestros ojos al cabo verán.
Asombrados despiertan los ecos
Que tal vez no escucharon jamás
Ni los golpes del hierro ni el paso
Ni la voz de persona mortal.
Ya los pájaros huyen al vernos ;
Ya silbando las sierpes se van.
¿Qué hallaremos al fin en el bosque ?
¿En su centro escondido qué habrá?

(Rompiendo los ramos y enredaderas parásitas, más cercanas al prosce-
nio, Mantara y Barabar aparecen del todo. Mantara vestida muy bizarra-
mente con traje guerrero y varonil. Barabar siempre con traje de mago,
pero ménos rozagante y talar y más propio de camino que en el primer
acto.)

HABLADO.

BARABAR.

Aquí formando un claro ,
Ya rota la espesura,
¡Cuánto cambia de aspecto
Esta selva profunda!
Lo ménos veinte horas
De fatigosa lucha
Con jaras, con espinos
Y montes de verdura,
Gastamos en abrirnos
Camino.

MANTARA.

Pero triunfa
Al cabo mi constancia.
Llegamos ya sin duda,
Donde vive Casyapa
En penitencia dura.

BARABAR.

Pues ni choza ni albergue
Ni hombre ó mujer columbran
Mis ojos, aunque tengo
La vista muy aguda.

MANTARA.

Aún estará distante:
Quizas en una gruta
Vivirá el penitente,
Porque ya sendas muchas
Se ven, y la presen cia
Del sér humano anuncian

Flores que da el cultivo,
Mil árboles de fruta
Plantados en buen orden,
Y la huella fecunda
Con que el arado corvo,
La faz del suelo surca.

BARABAR.

Es cierto, y sin embargo
Ni hombres veo ni yuntas.
¿No habrá quien compasivo
A nosotros acuda
Con comida caliente
Y morada segura?
Van ya para dos años
Que me llevas en busca
De Zeyn, sin que logres
Saber dónde se oculta.
Buscarle en las ciudades
En nada me perturba :
Mas buscarle en las selvas
Me cansa y atribula.

MANTARA.

Ten paciencia y aguarda.

BARABAR.

Ya veo que una turba
De penitentes llega.

MANTARA.

Pasmados nos circundan.

(Los penitentes salen de improviso por ambos lados. Miran con asombro y rodean á los viajeros. Mobarec saldrá tambien vestido de penitente.)

ESCENA II.

DICHOS, MOBAREC Y PENITENTES.

CANTADO.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda
Llegásteis á la sacra soledad?
¡Profanos! ¡La tremenda
Maldicion de Casyapa recelad!

MANTARA.

¡Penitentes varones!
¡No mostreis contra mí tanto furor!
Quiero mis devociones
Hacer entre vosotros con fervor;
Piadosa peregrina
Al inmortal Casyapa quiero ver.
Por su santa doctrina
Quiero la paz del alma merecer.

BARABAR.

Yo, que sigo á mi dueño,
Responsable no soy de estar aquí.
No forme, pues, empeño
El buen Casyapa en maldecirme á mí.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda
Llegásteis á la sacra soledad?
¡Profanos! ¡La tremenda
Maldicion de Casyapa recelad!

HABLADO.

MOBAREC.

¡Hermanos! Estos viajeros
Me parecen gente buena.

Sin duda se extraviaron
En la espesísima selva,
Y abriendo con sus espadas
Camino por entre breñas,
Han llegado hasta nosotros
Sin intenciones aviesas.
Yo los conozco hace tiempo;
Y hablar á solas quisiera
Con ellos.

UN PENITENTE.

Si los concces
Habla lo que te convenga ;
Pero cuida no se escapen
Sin cumplir la penitencia
Por quebrantar la clausura.

BARABAR.

¿Y qué penitencia es esa?

PENITENTE.

Para esta dama, que es blanca,
Alimentarse con hierbas
Un mes : para ti, que tienes
Crespo el pelo y la piel negra,
Igual ayuno y por postres
De azotes quince docenas.

BARABAR.

Eso no es equitativo.
Eso es barbarie proterva!

PENITENTE.

¿Cómo así? Por dama y blanca
La ley es dulce con ella;
Mas contigo, que eres negro,
No puede haber indulgencia.
Casyapa además es fino

Con las señoras, y á ésta
 Tal vez la excuse de ayuno
 Y del pecado la absuelva:
 Pero tus azotes dudo
 Que se queden en promesa.

BARABAR.

Pues me fugo.

PENITENTE.

No te irás;

¡Asidle, tomadle á cuestras!

(Agarran á Barabar varios penitentes, y se le quieren llevar.)

MANTARA.

(Espada en mano y tratando de impedirlo.)

Negro ó blanco á mi criado
 No ha de hacer nadie violencia.
 Idos en paz y dejadle.
 De Casyapa á la presencia
 Iré pronto y ya veremos
 Cómo las cosas se arreglan
 Sin que él lleve los azotes
 Y sin que yo sufra dieta.

(Se van los penitentes, por un lado y por otro se esconde Barabar.)

ESCENA III.

MOBAREC Y MANTARA.

MANTARA.

(A Mobarec.)

¿Qué tienes tú que decirme?

MOBAREC.

¿No me conoces, oh reina?
 ¿Tan mudado estoy? ¿Tan flaco
 Me tiene la penitencia?

(Mobarec se baja el capuchon y Mantara le reconoce.)

MANTARA.

¡Oh dicha! ¿Eres tú? ¿Y tu amo?

MOBAREC.

Aquí vive.

MANTARA.

Verle anhela
Mi corazón. Llevamé
Donde está.

MOBAREC.

Señora, espera.
Ahora está Zeyn encerrado
En impenetrable celda
Con Casyapa y no es posible
Ir á decirle que venga.
Tratando está de un asunto
Que es de gravedad inmensa.
De él depende que consiga
Ó no la estatua novena.

MANTARA.

¿Cómo es eso?

MOBAREC.

Escucha el caso.

MANTARA.

Habla, que te escucho atenta.

(Mantara y Mobarec se sientan en un peñasco.)

MOBAREC.

No he de pecar de prolijo:
Permite que no refiera
De mis peregrinaciones
La extraña y larga novela.

Bástete saber que fuimos,
Para empezar nuestra empresa,
A ver á Zacubulú,
Que en los genios de la tierra
Como absoluto monarca
Hace mucho tiempo reina.
En el submarino alcázar
Zeyn entró sin resistencia,
Dejándome detenido
Por los guardias á la puerta.
Supe despues por Zeyn
Que en aquella conferencia
Le impuso Zacubulú
La más difícil tarea.
Buscar debía Zeyn
Por el mundo á una doncella,
Inocente sin ser tonta,
Y cándida sin ser necia ;
Cuyo corazon el gérmen
Del amor, cuya cabeza
Del más supremo deleite
Y de lo bello la idea
Tuviese, sin que jamás
Su mente empañado hubiera
Un pensamiento enemigo
De la virginal pureza.
A fin de no equivocarse,
Zacubulú dió, cual piedra
De toque y cual fiel contraste
Para estimar inocencias,
Un espejito á Zeyn,
En el cual, si á verse llega
La mujer que peca en obras
Ó que en pensamientos peca,
La bruñida superficie
Se cubre de manchas negras ;
Porque el espejo tan sólo
Inmaculada refleja

La imágen de una mujer,
 Si es inmaculada ella.
 Con este espejo hemos ido
 Por ciudades, por aldeas,
 Por montañas y por valles,
 Por campiñas y por selvas,
 Y hemos visto lindas mozas,
 Ya pastoras, ya princesas;
 Pero todas han salido
 Malamente de la prueba,
 Embadurnando el espejo
 Con hollin de chimeneas.

MANTARA.

Ni pudo ser de otro modo.
 ¿Quién comprende y no desea?
 ¿Quién de amor y de hermosura
 Sabe y gozarlos no anhela?
 Mujer inocente y lista
 No cabe en naturaleza.

MOBAREC.

Ha cabido, sin embargo.

MANTARA.

¿Te burlas?

MOBAREC.

Hablo de véras.
 Ya Zeyn desesperaba
 De hallar cándida y discreta
 A la vez mujer alguna,
 Cuando le dieron la nueva
 De que el ilustre Casyapa,
 Dechado de penitencia,
 Cuya santidad al seno
 Del mismo Brahma le eleva,
 Tiene una hija admirable

Por su talento y belleza.
 De Sita, que así se llama,
 Dice la fama parlera
 Que, educada por su padre
 Entre venerables dueñas,
 Sin amar sabe de amores,
 Une el candor á la ciencia;
 Y el concepto de lo hermoso,
 Que hasta su mente penetra,
 Ni el bajo apetito aguza
 Ni los sentidos subleva.
 A pescar hemos venido
 Tan rara y preciosa perla,
 A este asilo penitente
 Que se esconde entre malezas.
 Ya Zeyn habló con Sita,
 Ya puso delante de ella
 El espejo pavoroso,
 Cuya faz pulida y tersa,
 Resplandeciendo más clara,
 Su noble imágen ostenta.
 Consiguióse el primer triunfo;
 Pero lo más arduo queda.

MANTARA.

¿Qué es lo más arduo?

MOBAREC.

Del padre
 Impetrada la licencia,
 Llevar á Sita, do el Genio
 Como á su esposa la espera.
 Zeyn ha de llevarla solo,
 Sin amparo ni defensa
 De dueñas y de escuderos,
 Y ha de hacer luégo la entrega
 Sin el menor menoscabo
 En su virtud y entereza.

MANTARA.

Eso es atroz. ¿Quién ha visto
Que el lobo guarde la oveja
Y el milano la paloma?

MOBAREC.

Pues ello ha de ser, so pena
De no conseguir jamás
Lo que el tesoro completa,
Y de padecer del Genio
Una venganza tremenda.

MANTARA.

Y Zeyn ¿dónde está ahora?

MOBAREC.

¿No te he dicho que en la celda?

MANTARA.

¿Podré verle?

MOBAREC.

En breve tiempo
Es probable que aquí venga.

(Se oyen voces confusas entre bastidores, al parecer muy léjos.)

BARABAR.

(Desde dentro.)

¡Socorro!

VOCES.

¡Calla, profano!

BARABAR.

¡Socorro, que me desuellan!

MANTARA.

¿Qué es esto? ¡Viven los cielos!

MOBAREC.

A Barabar...

MANTARA.

¡Qué insolencia!

MOBAREC.

Ya le azotan.

MANTARA.

Pues muy cara
De los azotes la cuenta
Les va á salir.

(Saca la espada y echa á correr del lado de las voces.)

BARABAR.

¡Compasion!

MOBAREC.

(Corriendo detras de Mantara.)

¡Señora! Calma, prudencia...

(Asiendo á Mantara y tratando de detenerla.)

¡Deja que se cumpla el rito!
Tal vez al negro convenga...

MANTARA.

¡Suéltame!

MOBAREC.

Ve lo que haces.

(Pugna Mobarec por detener á Mantara; pero ella forcejea y se desprende al fin, dejando entre sus manos un cordon del cual va pendiente el objeto que en los versos se expresará.)

MANTARA.

¡Traidor!

MOBAREC.

¿Yo?

MANTARA.

No me detengas.

MOBAREC.

Corriendo va desalada...
Imposible detenerla.
Pero de un cordon pendiente
¿Qué es esto que aquí me deja?

(Examinándolo.)

¡Diantre! Es un frasco muy lindo.

(Volviendo á mirar por donde se fué Mantara.)

Ya nuestra heroína llega
Donde están los penitentes,
Que cogieron por sorpresa
Al negro, cuyas espaldas
Están poniendo más negras.
Ya huyendo van de su furia
Tan determinada al verla.
A Barabar dejan libre.
Mantara á toda carrera
Los sigue.

(Destapa el frasco y huele.)

¡Exquisito aroma!

(Vuelve á mirar.)

Ya ha desistido la reina
De seguir á los que huyen,
Y hácia aquí vuelve contenta,
Y despacio.

(Huele de nuevo el frasco.)

¡Qué fragancia!

¡Vino generoso encierra!
Entre aquestos abstinentes
Y sóbrios anacoretas
Hace ya doce semanas

Que mis labios no le prueban.
 ¿Por qué no he de echar un trago?

(Bebe.)

¡Qué bien sabe! Jugo, esencia
 De mil celestiales flores
 Parece el sabroso nectar.

¡Otro traguito!...

(Vuelve á beber.)

¡Ay qué rico!

(Entra Mantara con Barabar, quien muy mohino y contrito se queda en un rincón.)

MANTARA.

¿Qué hiciste? ¡Fortuna adversa!
 Un elixir has bebido
 Que al tormento te condena
 De amarme sin ser amado.

MOBAREC.

¿Qué dices? Hermosa reina,
 No es el mágico licor,
 Son tus inauditas prendas
 Las que me tienen transido
 De amor. ¿Por qué me desdeñas?
 ¡Yo te adoro!

MANTARA.

Yo á Zeyn
 He dado ya mi existencia.

MOBAREC.

Pero Zeyn no te quiere.

MANTARA.

Déjalo que no me quiera.
 Me querrá.

MOBAREC.

No te querrá.
Yo haré que el vino no beba.
En mil pedazos tu frasco
Romperé contra las peñas.

(Mobarec tira el frasco con fuerza.)

MANTARA.

¡Qué hiciste! Malvado!
El frasco has quebrado.
La tierra ha tragado
El rico elixir.

MOBAREC.

Así le rompiera
Antes que bebiera,
Sin que enamorado
Me vieses gemir.

MANTARA.

Amores no quiero.
¡Tu muerte prefiero!
(Saca la espada y va á matarle.)

MOBAREC.

¡Suspende el acero!

MANTARA.

¡Te voy á matar!

MOBAREC.

Me matan tus ojos
Con rayo de enojos.
De amores me muero!
¡Morir es amar!

MANTARA.

¡Es mucha tu grosería!
¡Necio! ¿tan sólo consiste
En el filtro que bebiste
El qué te prendes de mí?

MOBAREC.

No: te adora el alma mía
Por tu beldad y tu gracia.
El filtro dió sólo audacia
Para decírtelo aquí.

—————
MANTARA.

Ya que le has bebido—Ya que la has tenido,
Por rudo y grosero—Te voy á matar.

MOBAREC.

Me matan tus ojos—Con rayo de enojos.
En sangre tu acero—No debes manchar.

ESCENA IV.

DICHOS Y ZEYN.

HABLADO.

ZEYN.

¿Qué haces, reina Mantara?
¿Por qué matar á Mobarec pretendes?

MANTARA.

Su amor este bellaco me declara.

ZEYN.

Si por eso te ofendes
Mal haces, que no es falta de respeto
Adorar de rodillas á un sujeto

Por excelso que sea.
 ¿Qué mujer, siendo jóven y no fea,
 Librarse puede de inspirar pasiones?
 ¿Y qué galan, con ella y sin testigo,
 En palabras no muestra y en acciones
 Lo que mayor castigo
 No merece que duros sofiones?
 Gozando Mobarec de mi privanza
 No es además tan mísera persona
 Que concebir no pueda la esperanza
 De enamorar á quien ciñó corona.

MANTARA.

¡Cielos, lanzad sobre mi frente un rayo!
 Así paga el cruel mi rendimiento.
 Tal vez piensa que basta á mi contento
 Recibir por marido á su lacayo.
 Pero disimular ora conviene.
 Mobarec, no te amo;
 Tu amor, no obstante á agradecer me inclino;
 Ya mi perdon tu desvergüenza tiene;
 Que intercede por tí tu augusto amo,
 Y complacerle en todo es mi destino.

(Al paño.)

Nada á Zeyn del elixir declares,
 Cuyo misterio reveló mi labio
 Movido por la ira.

MOBAREC.

Callaré: mas alivia mis pesares.
 De tu pasion por él venga el agravio,
 Amando al fin á quien por tí suspira.

ZEYN. (A Mantara.)

Ora, bella Mantara, al contemplarte
 Mi gratitud no acierto á ponderarte.
 Ha sido gran proeza
 Atravesar del bosque la maleza,

Llena de tigres, monos y serpientes,
 Y llegar donde están los penitentes.
 Ya que hasta aquí has llegado,
 Vas á ver la gran fiesta de la diosa
 Nari, que hoy se celebra en aquel prado,
 (Señalando al lado derecho fuera de la escena.)
 Con procesion y danza estrepitosa
 De faquires y lindas devadasis.
 Tambien verás á la divina Sita,
 Pronta á dejar el paternal oasis
 Para acudir al genio que la invita
 Señora á ser del subterráneo mundo.

MANTARA.

Con respeto profundo
 Las santas ceremonias ver espero.

MOBAREC.

Ya se escuchan las flautas y el pandero :
 Ya llegan los santísimos varones
 Bailando y entonando sus canciones.

(Mobarec, Zeyn y Mantara se van por el lado derecho del proscenio. Mutacion de escena.—Lugar más ancho en una gran pradera. Vuelven á entrar Mobarec, Zeyn y Mantara por el lado izquierdo. Entran despues por el opuesto muchos faquires; unos cantan, otros bailan con extrañas contorsiones, otros tocan panderos, flautas, caracoles, bocinas y retorcidas trompas, otros encantan y fascinan serpientes enormes que se enroscan al cuerpo; y otros fingen herirse con puñales y alfanjes.)

MÚSICA.

CORO DE FAQUIRES.

Beso amoroso
 Nara te dió
 Y el universo
 Luego nació.
 ¡Oh Nari bella!
 Virgen de amor,

Tú eres la madre,
De la creacion.

(Entra un coro de vírgenes devadasis con amplias, largas y cándidas estolas. Traen muchas flores en tirsos, corimbos, canastillos y guirnaldas.)

DEVADASIS.

Dieron tus labios
Al campo olor
Y luz tus ojos
Dieron al sol.
¡Oh Nari, oh Diosa!
Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creacion.

(Aparecen en larga fila los penitentes. En pos vienen más devadasis con dos aras portátiles. En la una va ardiendo el fuego sagrado: en la otra mana agua como de una fuente y cae en una taza.)

PENITENTES.

Nari es frescura—Luz y calor.
De Nari el fuego—Y el agua son.
¡Oh, Nari bella,—Virgen de amor,
Tú eres la madre—De la creacion!

(Entra por último nuevo coro de devadasis con palmas y ramos de laurel y de mirto. Algunas traen antorchas, otras turíbulos, con los cuales echan humo de incienso á la diosa Nari, cuya estatua llevan en andas. La bella *Sita* se mostrará en la procesion al frente de la estatua de la diosa. *Sita* estará vestida de blanco con suma sencillez patriarcal. La falda, abierta por los lados para que deje libre y descubierta la pierna, y el cuerpo mismo más defendido por la inocencia del alma que por la vestidura. Casi es inútil advertir que la actriz que represente á *Sita* ha de aparecer lo más bonita, jóven y candorosa que ella pueda y sepa.)

SITA.

Una emocion dulcísima
Incítame á querer
La pompa y la hermosura
Que miro por doquier.
Amo la aurora fúlgida,
La delicada flor,

De estrellas, sol y luna
 El vivo resplandor.
 Mas tú, Nari, creaste
 Cuanta hermosura ví:
 Los suspiros del alma
 Deben posarse en tí.

CORO Y SITA.

¡Oh Nari! ¡Oh Diosa!
 Virgen de amor,
 Tú eres la madre
 De la creacion.

(Mientras cantan Sita y el coro, las devadasis ofrecerán las flores y los ramos y palmas á la imágen, harán genuflexiones y reverencias, agitarán los turíbulos y echarán incienso. Podrán introducirse, á par de estas devadasis de largas ropas, cuya danza será reposada y solemne, algunas bayaderas con trajes cortos que bailen con animacion más profana. Durante el baile habrán llegado tambien varios brahmines con túnicas amplias y rozagantes. Entre ellos, como jefe, el sabio Casyapa, de luenga y blanca barba y con vara de marfil en la mano. Cesa la música.)

CASYAPA.

Sabed ¡oh muy amados!
 Que acerca del destino de mi Sita
 Los oráculos tengo consultados;
 Y la diosa me excita
 A que Zeyn la lleve á la morada
 Donde, por sus virtudes celestiales,
 A ser está llamada
 Emperatriz de genios inmortales.
 Y aunque el jóven Zeyn, que se la lleva,
 Con ella está sujeto
 A una terrible prueba,
 Yo, que saldrán airosos me prometo.
 Por el favor divino todo es llano,
 Y á fin de que se alcance
 Este favor divino,
 Daré á Zeyn, con arte sobrehumano,
 La virtud que le libre de un percance
 Mientras vaya con Sita de camino.

(Vuelven la música y el baile. Una de las principales devadasis se llega al ara en que está el agua: llena un vaso en la fuente, y va luego á Zeyn: hace tres círculos y otras tantas genuflexiones en torno de él, llevando el vaso levantado y vertiendo agua sobre su cabeza. Canta.)

DEVADASI 1.^a

Que en virtud del agua clara
Lave Nari y limpie Nara
De todo anhelo violento
Tu vehemente corazón.

CORO.

Que le llene el sentimiento
De una pura devoción.

(Otra devadasi principal va al ara donde está el fuego sagrado; enciende en él una antorcha; hace las tres genuflexiones y círculos en torno de Zeyn, y pasándole en seguida el fuego cerca de los labios, como si se los quemase, canta:)

DEVADASI 2.^a

Que purifique tu boca
Este fuego que la toca
Para que nunca profiera
Amante declaración.

CORO.

Que mejor la muerte quiera
Que tan gran profanación.

(Casyapa se acerca á Zeyn. Hace los círculos y genuflexiones con gran prosopopeya. Moja el extremo de la varita que lleva en la diestra en un tarro de pomada que lleva en la siniestra, unta á Zeyn los párpados y canta.)

Que este sacro linimento
Impida que en tu mirada
Destelle la llamarada
De una terrena pasión.

CORO.

Muestre sólo el sentimiento
De la pura devoción.

(Se adelanta Sita por último. Hace también sus tres círculos y genuflexiones y ceñiendo á la cintura de Zeyn un misterioso cíngulo, canta.)

SITA.

Que pureza columbina,
Y toda virtud celeste,
Ceñido al talle, te preste
El bendito cinturón.

ZEYN.

La ceremonia divina
Da fuerza á mi corazón.
La inocencia y la hermosura
Que en tu seno veo lucir,
Sólo amistosa ternura
Deben al alma infundir.

CORO.

El rito augusto
Ya se cumplió,
Y al noble príncipe
Santificó.

(Termina la ceremonia.)

HABLADO.

ZEYN.

Con tan altas virtudes pertrechado,
Ya me siento mayor.
Fácil juzgo la empresa que he empezado.

MANTARA.

¡Admiro tu valor!

ZEYN.

(A Mobarec.)

Tú á Bactra irás con la simpar Mantara;
Yo á Sita llevaré,
Segun lo exige el Genio y lo declara,

Solos ambos y á pié.
 Toma, Sita, el espejo que tu pura
 Cándida imágen copia:
 Mírate en él y cuida su hermosura
 Que es de tu alma propia.

(Da á Sita el espejo.)

SITA.

Para seguirte estoy apercebida.
 Señor, en tí confío,
 Al destino sométese mi vida;
 Al cielo mi albedrío.

CASYAPA.

Mis bendiciones recibid ahora.
 (Extiende las manos sobre ambos peregrinos.)

ZEYN.

Gracias, santo varon.

MANTARA.

(Acercándose.)

¡Oh Casyapa!

CASYAPA.

¿Qué quiere esta señora?

MANTARA.

Tambien tu bendicion.

(Se la da imponiendo sus manos.)

MANTARA.

Con Mobarec y Barabar me voy.
 Adios, noble Zein.
 Arduo es tu empeño, y temerosa estoy
 De que tenga mal fin.

(Sita y Zeyn se van por un lado, y Mobarec, Mantara y Barabar por otro.)

MÚSICA.

CORO.

¡Oh, Nari! ¡Oh, diosa!
Virgen de amor,
Tú eres la madre
De la creacion.





ACTO TERCERO.

Bosque amenísimo. Es la hora del medio día; pero apenas penetran los rayos del sol por entre la frondosa enramada. Cantan los pájaros, suenan fuentes, cascadas y arroyuelos. Se oye música suave y amorosa. *Sita* duerme sobre un lecho de césped florido. *Zeyn* vela contemplándola. Se oyen voces de séres invisibles.

ESCENA PRIMERA.

ZEYN, SITA y voces de séres invisibles.

CORO.

Céfiro y flores
Hablan de amores.
El agua suena
Y dice: amad
En esta amena
Esquividad.

VOZ Á LA DERECHA.

Los pájaros cantan con dulce gorjeo;
Perfuma el ambiente la flor;
La bóveda espesa de fresca verdura
Mitiga la lumbre del sol.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

Murmura la fuente durmiendo la niña:
 ¿Qué sabe la niña de amor,
 Si hiere á mansalva su púdico seno,
 Si toca en el alma su voz?

VOZ Á LA DERECHA.

Ya brota en el alma la célica llama,
 Esencia ignorada del Dios;
 Y el Dios, cual la aurora despierta las aves,
 Despierta sencilla pasion.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

¡Ah, Sita! Tú duermes y forjas ahora
 Soñada, divina ilusion:
 Despierta, despierta, que el mundo te ofrece
 Delicias, ventura mayor.

ZEYN.

Invisibles cantores,
 Bien conoceis vosotros mi deseo.
 Sita me inspira amores.
 Imposible ya creo
 Cumplir lo prometido.
 Mi corazon la ama.
 Si ella siente por mí la misma llama,
 El lance está perdido:
 Más prefiero perder y ser amado
 Á ganar desdeñado.
 Cuán linda estás en tu tranquilo sueño,
 ¡Dulce bien, luz de amor, hermoso dueño!

La beldad que soñé
 Al cabo miro en tí.
 Tú eres la que yo amé
 Con ciego frenesí.

Antes de verte
Yo te adoraba:
Por ti en la muerte
Sólo pensaba.

Ora que te veo,
Sita celestial,
De amante deseo
Objeto real,
Despierta, despierta:
Mi tierna pasión
Hoy llama á la puerta
De tu corazón.

HABLADO.

SITA. (Despertando.)

¿Me llamabas, amigo?

ZEYN.

No, Sita.

SITA.

Pues soñé que me llamabas.

ZEYN.

En el repuesto abrigo
De esta verde floresta
Reposo al cuerpo fatigado dabas
En las ardientes horas de la siesta;
Y yo en silencio tu dormir veía,
Que las aguas y el viento susurrando
Y las aves cantando
Arrullaban con mansa melodía.

SITA. (Con tristeza.)

El despertar me roba de la mente
Multitud de quimeras.

ZEYN.

¿Tan mala es la realidad presente
Que tú soñar prefieras?

SITA.

¡Ah! no, Zeyn. Ya sabes que me agrada
Peregrinar, vivir bajo tu amparo:
Mas pronto del preclaro
Zacubulú veremos la morada...

ZEYN.

Y tú reina de genios inmortales
Serás, y yo, infelice,
He de dejar de verte... (Pausa.)
Pues vengan sobre mí todos los males.
La promesa que hice
No he de cumplir aunque me den la muerte.

SITA.

¿Qué está diciendo? ¡Cielos!

ZEYN.

Digo que yo me imaginé más fuerte,
De corazón más frío:
El amor y los celos
Los tiranos son ya del pecho mío.

SITA.

Tal vez un númen que tu mal desea,
Para hacerte caer en el pecado,
El sentimiento te infundió y la idea
Que tu labio ha expresado:
Flaqueza fugitiva
Que vencerá tu voluntad altiva.

ZEYN.

No fugitivo sino eterno fuego

Mi corazón devora;
 No hay más númen que turbe mi sosiego
 Que la beldad de Sita encantadora.

SITA.

Considera que al Genio soberano
 Que en tu lealtad confía
 Faltando estás. ¿No temes de su mano
 Una venganza impía?

ZEYN.

Yo sólo temo ya que me desdeñes
 Y que no diga un sí tu fresca boca.

SITA.

Desvelado no sueñes
 Con la esperanza loca
 De ser rival y vencedor del númen.

ZEYN.

Ya lo entiendo. A un mortal tú le prefieres.
 ¡Ay de los que presumen
 Capaz el corazón de las mujeres
 De amar como nosotros las amamos!

SITA.

Engañaste, Zeyn. De nuestra vida
 La esencia es el amor, y por él damos
 Todo el bien á que el mundo nos convida
 O que fuera del mundo imaginamos.

ZEYN.

Pues entonces será que no te inspiro
 Ese amor... ¿No es verdad?

SITA.

Fingir no puedo

Ya, ni disimular... por tí suspiro...

Te amo: mas por tí mismo tengo miedo.

ZEYN.

Ya ni á los dioses en audacia cedo.
 Vencidos tus desdenes,
 Confesando tu boca purpurina
 El amor que me tienes,
 Mi humana condicion haces divina.

MÚSICA.

ZEYN.

Deja que admire extático
 Tu cándida hermosura.
 Jamás mayor ventura
 Los dioses pueden dar.

SITA.

Irresistible, enérgico
 Brotó en el pecho mio
 Amor que en vano ansío
 Y lucho por callar.

LOS DOS.

Pronuncie el labio trémulo
 De nuevo el sí anhelado,
 Y luégo al Genio airado
 Sabré desafiar.

(Zeyn cae de rodillas á los piés de Sita, le toma las manos y se las besa. Un instante despues se levanta y la estrecha entre sus brazos fervorosamente. En el momento se oscurece el aire como en la más profunda noche. Relámpagos deslumbradores. La selva parece que arde por todos cuatro costados. Truenos prolongadísimos y horribles.)

SITA.

Como Damayanti
 Al príncipe Nal,
 Zeyn, yo te amo
 Del Genio á pesar.

Como Damayanti
 Sabrá desdeñar
 A los dioses Sita,
 Y á tí te amará.
 Si el Genio con rayos
 Me viene á matar,
 Morir en tus brazos
 Mi gloria será!

ZEYN.

No temo del Genio
 La rabia infernal:
 Con cielos y abismos
 Me atrevo á luchar.

SITA.

Te amo.

ZEYN.

Te adoro.
 Valor sin igual
 Me prestas: de todo
 Me siento capaz.

LOS DOS.

Como Damayanti
 Y el príncipe Nal,
 Mi alma y la tuya
 Amándose están.
 Si el Genio con rayos
 Me viene á matar,
 Morir en tus brazos
 Mi gloria será.

(Se oye un ruido temeroso de armas. Aparecen de repente extraños y fantásticos bandidos, que se precipitan furiosos sobre Zeyn y su amada. Zeyn desnuda el acero y riñe valerosamente contra todos defendiendo á Sita que guarda á sus espaldas. Durante el combate sigue la tempestad. Por último, cae herido Zeyn. Los bandidos se apoderan entónces de Sita y se la llevan con rapidez.)

ESCENA II.

Largo momento de calma y silencio. ZEYN solo y postrado en tierra.

ZEYN.

¡Genio desapiadado!
 Pues me robas mi bien, morir anhelo.
 Herido y afrentado
 Y sin ella la muerte es mi consuelo.

(Dichas estas palabras cae Zeyn como en un letargo. Se abre la tierra y baja por escotillon.)

ESCENA III.

La misma decoracion de la sala del Tesoro en el acto segundo, salvo que el nicho grande, que ántes estaba descubierto, está cubierto ahora con un velo muy tupido. Entran la Reina Budí, sus dos esclavas favoritas, Mobarrec, Barabar y Mantara.

HABLADO.

BUDÍ.

Os he traído á este sitio
 Porque sé que en breve rato
 A Zeyn Zacubulú
 Hará llegar á mis brazos.
 Segun el Genio me dice,
 En sus últimos despachos,
 No salió Zeyn airoso
 Del empeño que contrajo;
 Pero el Genio le perdona,
 Que al fin es de genio blando,
 Y con la novena estatua
 Se allana á hacerle un regalo.
 Ya debe de estar oculta
 Detras de ese velo mágico,
 Que tan sólo de mi hijo
 Puede descorrer la mano.

MANTARA. (A Mobarec.)

Comprendo que en su propósito
Zeyn quedase burlado.
La continua convivencia
Y el constante íntimo trato,
Que facilita y promueve
Entre dos un viaje largo,
A las más firmes y austeras...

MOBAREC.

¿Te arrepientes?

MANTARA.

Nada gano
Con arrepentirme ya;
Pero pensaré despacio,
Si mi frustrada ambición
Y si mi afecto burlado,
A falta de un rey, consuelo
Hallarán en un vasallo.

(Se oye un ruido subterráneo. Simultáneamente se estremecen los muros de la estancia, vacilan las estatuas en sus pedestales y parece que todo se va á hundir como en un gran terremoto.)

BARABAR.

¡Dioses, piedad! Nos hundimòs.

MANTARA.

¡Qué horror!

BUDÍ.

¡Qué asombro!

MOBAREC.

¡Qué pasmo!

(Zeyn aparece filtrándose á través del muro. Todo vuelve á la serenidad y al reposo.)

ESCENA IV.

DICHOS Y ZEYN.

MANTARA.

Aquí está Zeyn.

MOBAREC.

¡Señor!

BUDÍ.

¡Hijo! ¿Por dónde has entrado?

(Zeyn abraza á su madre y saluda tristemente á los demas.)

ZEYN.

Aquí los gnomos me traen
 Por caminos subterráneos,
 Con la rapidez eléctrica
 Del terremoto y del rayo.
 Mis heridas materiales
 Ellos al punto curaron:
 Mas la herida de mi alma
 Me matará en breve plazo.
 ¡Ay, madre! El rey de los Genios
 Fieramente se ha vengado.
 A la mujer de mis sueños
 Me hizo buscar sin descanso:
 La hallé, la amé, y el maldito
 Mi dulce amor ha robado.

BUDÍ.

¡Hijo! Tal vez te consuele
 Lo que el Genio te dé en cambio.

ZEYN.

Déme la muerte, y así
 Me dejará consolado.

el comercio marítimo, tanto de exportacion como de importacion, de los vastos territorios bañados por el Danubio, el de los grandes rios de la Rusia Meridional, el de las costas septentrionales del Asia Menor y el de las regiones orientales que rodean al mar Caspio, debe verificarse pasando por delante de sus muros. Cuando el ferro-carril cruce por los países circunvecinos, Constantinopla será el centro desde donde partirán las diversas líneas que se dirijan á la Turquía Europea y al Asia Menor. Con un pié en cada continente, si es lícito explicarse así, la nacion que la rija podrá transportar á placer tropas ó mercancías del uno al otro, impidiendo á las demas potencias que obren del mismo modo. De aquí podreis calcular cuánta sea su natural pujanza contra todo ataque exterior. Cada uno de sus dos costados se halla defendido por un largo y angosto estrecho, el Bósforo al NE. y los Dardanelos al SE., que ya por la construccion de bien dispuestas baterías, ya por la conveniente colocacion de torpedos pueden fácilmente incapacitarse para todo género de ataque naval; porque el Bósforo, como probablemente no desconocerán los que me honran con su atencion, á más de contar quince millas de longitud, se halla defendido por los inmensos collados que á uno y otro lado lo protegen, al paso que su alveo no sólo es tortuoso, sino que en algunos puntos posee dos millas y en otros escasamente media de ancho. Además de esto, el puerto es grandioso, hallándose cercado por la parte de tierra, no siendo en él sensibles las mareas, y teniendo al propio tiempo nivel suficiente para recibir los buques de más alto bordo. No está ménos defendida por tierra que lo está por mar esta grandiosa posicion, cubierta por una línea casi continua de colinas, lagos y pantanos, contando á más de estas naturales defensas un paso relativamente pequeño, que ofrece grandes ventajas para la construccion de fortificaciones, así que no creo exagerar cuando afirmo, no haber en toda la redondez de la tierra, sitio más á propósito para la residencia de la capital de un imperio. Considerada bajo otros respectos tampoco es ménos afortunada la ciudad de cuyas bellezas vamos ahora á decir cuatro palabras. En efecto, aunque el clima es muy caliente en verano y harto crudo en invier-

no, no por eso deja de ser bastante benigno, porque el aire se mantiene agradablemente fresco á causa de las brisas que descienden del Euxino ó se levantan del mar Egeo, sirviendo por otra parte el mismo mar para que en sus aguas se purifique la atmósfera. A pesar de que no se observa allí el fenómeno de las mareas, existe, sin embargo, una acelerada corriente en la superficie que arrastra las aguas al mar de Mármara y al Mediterráneo, poseyendo en algunos puntos tanta fuerza, que los marineros se ven obligados á atoar las embarcaciones á lo largo de la playa, cuyas aguas arrastran al interior cuanto es arrojado á su seno. Así, pues, se entenderá sin mucha dificultad que no me equivoco al afirmar que, con ser Constantinopla una de las ciudades más súcias de Oriente, es al mismo tiempo una de las más saludables.

Esto supuesto, fácilmente se deduce que un lugar de tantos atractivos no podía permanecer por mucho tiempo desocupado. En el año 667, ántes de nuestra era, apénas cien años despues de la fundacion de Roma, por los tiempos en que el rey Esarhaddon atacaba en Jerusalen á Manasés, hijo de Ezequías, algunos griegos de Megara, pequeña ciudad entre Aténas y Corinto, navegaron hácia estos mares, entónces escasamente explorados, y se fijaron en tan halagüeño punto, estableciendo en él una ciudad á que dieron el nombre de Bizancio, rødeándola de muros para defenderla de las irrupciones de las tréibus del continente tracio.

No fueron, sin embargo, estos colonos los primeros que fijaron su residencia en los lugares circunvecinos, porque diez y siete años ántes, otra colonia griega, procedente asimismo de Megara, se había establecido en el promontorio opuesto, que linda con el estrecho y pertenece al Asia, fundando en él la ciudad de Calcedonia, que existe aún hoy dia con el nombre de Kadikeui. Á este propósito diremos que existía entre los antiguos habitantes de esta comarca una ley que les imponía sacar los ojos á los navegantes que, debiendo rendir el bordo sobre Bizancio aportasen en Calcedonia; así que, cuando los megarienses preguntaron al oráculo de Délfos, adónde deberían dirigir una colonia, Apolo les ordenó se fijasen enfrente de los ciegos. Por lo tanto, cuando tras largo navegar encon-

traron una ciudad, y frente á ella un lugar mucho más ventajoso que el ocupado por aquélla, dedujeron que los que la habitaban habían de ser los ciegos á que Apolo se había referido, estableciéndose, por consiguiente, en el área por que hoy se extiende Constantinopla.

Pronto se acrecentó y dió muestras de no escasa prosperidad la nueva ciudad, contribuyendo para ello, no sólo su excelente posición para el comercio, sino también los abundantes cardumes que enriquecen sus playas, suministrando gran abundancia de una especie de peces, llamados *pelamys*, y reputados por algunos como una variedad del atun que suele bajar del Mar Negro, siendo atraído al puerto por la corriente de agua que, como ántes dije, existe en su superficie. Quizás dichas aguas acarreen los pequeños insectos acuáticos que sirven de alimento á los mencionados peces, ó causando el crecimiento de los estratos de algas, que en ellas vegetan, les proporcionan el pasto que necesitan. De todos modos, sea lo que fuere de las anteriores hipótesis, lo cierto es que en todo tiempo se han debido á la copiosa pesca las inmensas riquezas de tan afortunado lugar. En efecto, los bizantinos hacían con ella un vastísimo comercio, y es fama, que en la riqueza que proporciona se funda la denominación de Cuerno de Oro, que aún hoy día se da al puerto en cuestión. Sacaban también una gran renta, exigiendo un impuesto á los buques cargados de grano que de la Rusia meridional vienen á atravesar por ambos estrechos; porque aquella region, llamada entónces Scythia, había ya llegado á ser, como lo es hoy, uno de los países más fértiles del mundo, en lo que respecta á granos. Con esta preponderancia en la arteria principal del comercio, llegó Bizancio, en los tiempos de Herodoto, á obtener esa gran consideración que hizo codiciar á los diversos pueblos de la tierra, no sólo su posesión, sino aún el tener alianza con ella.

Habiendo sido subyugada, como otras ciudades griegas de aquellas regiones, por los persas, después de la derrota de Jérges, logró recuperar su independencia formando parte de la confederación ateniense, hasta que vino á su vez á derrumbarse el poder de Atenas. En los días de Filipo de Macedonia llegó de nuevo á ser la aliada de Atenas y sostuvo de parte de aquel

príncipe, un famoso sitio, cuyo buen resultado fué debido á la energía con que Demóstenes exhortó á los atenienses á enviar socorros justamente cuando iba el ejército á ceder ante el empuje enemigo. Cuéntase que en los días del sitio apareció en el cielo una brillante luz en forma de media luna, siendo recibida por los bizantinos como pronóstico de próxima salvacion, y, despues de rechazado Filipo, adoptada como blason de la ciudad, segun continúa siéndolo aún despues de conquistada ésta por los turcos. Tal es el origen que asigna la tradicion á la divisa del imperio otomano (1). De otros muchos ataques fué blanco la ciudad que nos ocupa, tanto ántes como despues de someterse á la dominacion romana; mas, fuesen cuales fueran las desgracias á ella acarreadas por manos enemigas, lo cierto es que nunca dejó de recuperar la riqueza é importancia que le son propias. Sus habitantes son mirados como una raza inclinada á hacer bien, sibarita y muy dada al comer y beber, contribuyendo sin duda á ello la abundancia de pesca ofrecida por aquellos mares y la riqueza de vinos propia de las comarcas que los circundan. Por esto, sin duda, se ha llegado á afirmar en contra de los bizantinos, que en vez de encontrar á sus oficiales ocupando su puesto en los muros de defensa, se los encontraba generalmente en los bodegones y tabernas.

El año 330 despues de N. S. J., hecho Constantino el Grande único emperador de Roma, determinó fundar una nueva capital, que fuese un centro de defensa superior á la misma Roma contra aquella parte de su imperio que parecía estar más expuesta á las incursiones de los bárbaros del Norte. Para ello escogió como lugar muy á propósito á Constantinopla, dejándole entrever su exquisita táctica militar el imponderable valor de semejante posicion que ya en la guerra con el emperador Liscinio había ayudado á éste poderosamente á hacer por algun tiempo frente á sus mismos ejércitos. Por otra parte, no había habido hasta entónes viajero alguno, que no hubiese admirado las ventajas que semejante punto ofrece para el comer-

(1) A pesar de lo dicho en el texto, es evidente que los turcos *seljukianos* usaron mucho ántes la media luna como divisa propia, y hay quien pretende inferir que fué importada de la China.

cio. Unióse á estas razones el haber aquel gran emperador abrazado por entónces el cristianismo, y como Roma estaba sembrada, digámoslo así, de 'os majestuosos monumentos del paganismo, pensó que la nueva religion se levantaría con más rapidez y florecería con mayor libertad en campo más despejado, donde ni pudiese ser corrompida por las pasiones, ni en su marcha embarazada por las preocupaciones de lo pasado. Llamóla al fundarla Nueva Roma, pero, tanto la córte como el pueblo, dierónla el nombre de ciudad de Constantino, cediendo la antigua denominacion de Bizancio á la nueva de Constantinopla.

Bajo el lábaro de Constantino se elevó casi de un golpe la nueva capital al apogeo de su grandeza. La antigua colonia griega había ocupado solamente la extremidad de la península, sita entre el puerto y el mar de Mármara; pero Constantinopla llegó á ocuparla toda, cubriendo casi en su totalidad la gran área por que hoy se estiende Estambul (1).

Las casas, en aquella época, debieron estar probablemente mucho más compactamente agrupadas que lo están hoy, puesto que una parte harto considerable de la sobredicha área, se halla al presente desperdiciada en jardines ó solares llenos de ruinas. Todas estas ventajas atraieron de Roma á algunas familias, y de todos los ángulos del mundo acorrían emigrados movidos por el aliciente de las ofertas de privilegios y exenciones hechas por el Emperador; contribuyendo no poco tambien para ello el que se fijase allí el gobierno, lo cual, unido á las anteriores razones, hizo que en el espacio de un siglo, á partir de Constantino, tuviese la poblacion un aumento de más de doscientos mil habitantes. Gastáronse inmensas sumas en la ereccion de palacios, tribunales, templos y otros edificios públicos, siendo, por decirlo así, saqueadas al mismo tiempo las ciudades de la Egea, haciendo que las obras maestras del arte griego viniesen á enriquecer los mercados y pór-

(1) Dícese que Estambul es una corrupcion de las palabras griegas *εις την πόλιν*. Aunque generalmente se toma esta palabra para significar á Constantinopla, sin embargo, propiamente denota la antigua ciudad colocada entre la abra llamada Cuerno de Oro y el mar de Mármara, como opuesta á Gálata y Pera.

ticos de la Nueva Roma, que intentaba rivalizar con la antigua. Una de las obras á que acabamos de referirnos, ha sobrevivido, afortunadamente, hasta nuestros días y puede aún ser vista en las ruinas del antiguo hipodromo de la ciudad. Es una columna de bronce, formada por tres serpientes enroscadas, que fué entónces traída de Delfos en donde soportaba la trípode que los griegos victoriosos dedicaron á Apolo despues de la gran guerra médica. Hace mucho tiempo que la trípode desapareció y las serpientes han sido en gran parte deterioradas. Una de ellas presenta mutilada la quijada inferior por la maza de Mahomed II, y á todas falta la cabeza. A pesar de esto, la insigne reliquia, que probablemente es la más notable que posee el mundo científico, ocupa todavía su puesto y podrá quizás presenciar tantas ó más vicisitudes en lo futuro que las presenciadas en los veintitres siglos que pasaron desde que fué colocada en el santuario de Apolo.

Desde el año 330, despues de Jesucristo, hasta el 1453, fué Constantinopla la capital del imperio romano en Oriente, y su historia puede decirse que es casi en su totalidad la historia del mismo imperio. Muchos sitios tuvo que sostener, debidos unos á las guerras civiles, otros á la ferocidad de bárbaros, como los persas que por tres años consecutivos guerrearon contra ella en Scutari, ó como los árabes en el primer empuje de sus conquistas, ó como los rusos que atravesaron con ánimo hostil el Mar Negro en abundantes flotas de buques pequeños. A todas estas huestes enemigas vencieron los constantinopolitanos para sucumbir por último ante los cruzados franceses y venecianos, que en el año 1204 de nuestra era dejaron á un lado su expedicion á la Palestina para apoderarse, como lo hicieron, de tan importante punto, derrumbando el imperio de Oriente y levantando sobre sus ruinas el imperio franco. Saquearon los conquistadores la ciudad, amontonando en pocos días más ruinas que las acumuladas en muchos siglos por todos los enemigos que contra ella se habían ensañado.

Nunca pudo recobrase el imperio de Oriente de tan funesto golpe, y aunque á poco fueron los francos arrojados de Constantinopla, y vió ésta sentado en el trono á uno de sus hijos, el territorio era muy reducido, y la organizacion del Estado de-

masiado débil para presentar resistencia efectiva y suficiente para atajar el paso al terrible enemigo que avanzaba desde el Asia Menor, coaligada entónces tambien con la Europa. Los turcos tomaron por fin á Constantinopla en 1453, extinguiendo los últimos restos del imperio de Oriente.

En esta época se presenta Constantinopla despojada del brillo de sus pasadas glorias. Los edificios públicos habían sido demolidos, la guerra y la indigencia habían reducido la poblacion á solos unos cien mil habitantes, y á éstos animaba tan escasamente el espíritu marcial de sus antepados, que para defender la ciudad hubo de acudirse á tropas mercenarias del Occidente. La mayoría de esta escasa poblacion fué asesinada ó reducida á cautiverio por los conquistadores; de modo que Mohammed II creyó necesario repoblar la ciudad á el sometida, reuniendo dentro de sus muros á emigrados de todos los ángulos del mundo, segun lo había hecho mil cien años ántes Constantino. Poca debe ser, por lo tanto, la sangre bizantina que hoy dia corre por las venas de la generacion actual de Constantinopla. Mohammed trasladó á esta ciudad su gobierno desde Adrianópolis, donde hasta entónces había residido, convirtiéndola en centro de la dominacion otomana, y haciéndola, en lo que estaba de su parte, tan sagrada como Jerusalem para el pueblo hebreo y cristiano, y la Meca para los mismos sectarios del Profeta.

Antes de dejar á la antigua Constantinopla, digamos una palabra acerca de la mision á ella confiada durante las grandes épocas transcurridas entre su fundador Constantino el grande y Constantino Paleólogo XVI, su último soberano cristiano. Miéntas el resto de Europa se precipitaba en brazos del barbarismo y la ignorancia, ella preservaba como en un arca elevada en medio de las aguas de la desolacion que todo lo inundaba, los tesoros que el entendimiento humano había conquistado para la ciencia en las edades anteriores. La mayor parte de los manuscritos griegos que hoy poseemos, y algunos de los más notables latinos fueron preservados en sus bibliotecas, de donde se esparcieron en tiempos más recientes á los países del Occidente. Una serie no interrumpida de escritores, aunque no de un modo vital, mantuvo las tradiciones del es-

tilo griego y coordinó esas crónicas que en nuestros días han venido casi á ser las únicas fuentes para conocer la historia de las tierras limítrofes de la Europa y del Asia, siendo la luz que brillaba aún dentro de sus muros la que difundía sus rayos por los pueblos eslavos de los valles del Danubio y del Dnieper. Ella fué la maestra de los eslavos precisamente cuando lo era Italia de los teutones y de los celtas, enviándoles misioneros, comunicándoles sus alfabetos, y en los intervalos dejados por las luchas contra ellos mantenidas, infundiéndoles los primeros rudimentos de civilización. Mucho han debido olvidar, sin duda, esos servicios prestados por Constantinopla aquellos que, como muchachos de escuela, olvidados de lo pasado no ven más que la presente falta de movimiento teológico y político de ese pueblo que en el apogeo de su vida intelectual, á través de las edades llamadas del oscurantismo, dejó sentir su influencia entre las naciones occidentales y septentrionales de Europa.

No es menester decir que todo cuanto en materia de literatura, artes y ciencias había quedado ileso en las anteriores catástrofes dejó de existir con la conquista de Constantinopla por los turcos. Desde entónces acá la historia de este pueblo no es más que una monótona relación de asesinatos é intrigas palaciegas, sin que ni un rayo siquiera del sol luminoso de la literatura que iluminó de lleno las cortes moras de Bagdad, Córdoba y Delhi haya nunca venido á reflejarse sobre el Serrallo de Constantinopla. No hay duda que algunos de los sultanes turcos, tales como Mohamed II y Suleiman el Magnífico, merecen ser contados entre los hombres llamados grandes por la historia; pero su grandeza sólo se extendió frecuentemente á algunas de las artes que son propias de la paz, y el recinto de la ciudad no ofrece de ella otros recuerdos que las tumbas en que yacen las cenizas de aquellos sultanes y las mezquitas que llevan sus nombres.

Después de haber procurado demostrar cómo paso á paso fué creciendo la ciudad y cuál fué cada una de las diferentes influencias nacionales, griega, romana y asiática, que obraron en ella, contribuyendo á la extraña mezcla de caracteres en sus habitantes, permítaseme dar aquí algunas ligeras nociones de la estruc-

tura y aspecto de la ciudad. Consta de tres grandes divisiones. En la primera se comprende la antigua ciudad de Constantino, llamada hoy por los turcos Estambul. Esta se halla entre el Cuerno de Oro y el mar de Mármara y va estrechándose hasta terminar en la punta de tierra en que en la antigüedad se estableció la primera colonia megarensis y es el punto que marca la division entre el mar y el largo estrecho del Bósforo. En la segunda de las mencionadas divisiones, frente por frente de Estambul, al otro extremo del Cuerno de Oro, se halla Gálata, llamada así probablemente de los galacios, que no mucho despues de la época de Alejandro el Grande ocuparon algunas regiones circunvecinas del Asia Menor, y, segun es fama, fijaron en este sitio su residencia. Esta parte de la poblacion forma un largo, bajo y sucio distrito que se extiende á lo largo de la playa, en donde infinidad de marineros griegos respiran los ingratos olores que de ella se exhalan. En los tiempos de la dominacion romana era tan sólo un arrabal que llevaba el nombre de Sycae (las Higueras). En los tiempos medios llegó á ser asiento de una fuerte colonia de genoveses que mantenía en estos mares mucho comercio y tenía colocados sus fuertes y factorías en torno al Euxino.

Aquí edificaron una torre majestuosa, casi á medio camino de la pendiente del collado, desde cuya cima puede disfrutar la vista de uno de los más hermosos panoramas del mundo. Detras de Gálata, y en la parte superior de los despeñaderos del collado, se eleva Pera, donde viven los europeos más pudientes, y se abren al público los comercios pertenecientes tambien á los mismos. Aquí se levantan, ocupando la cima del collado, los palacios de los respectivos embajadores, entre los cuales descuellan el del embajador de Inglaterra y el perteneciente al de Alemania. Son ambos elevadísimos edificios, y tan capaces, que podrían dar cabida á un ejército entero. Estas dos últimas partes de Constantinopla se hallan situadas en Europa, y de ellas parte un suburbio que va serpenteando á lo largo de las playas europeas del Bósforo, formando una línea de aldeas unidas por casas de campo y huertas que se extienden á unas ocho ú nueve millas hácia Therapia. Las otras dos partes de la ciudad que nos ocupa pertenecen al

Asia, ocupando el lado ulterior del Bósforo que se opone á Estambul y Gálata, compuestas de una serie de pueblos, entre los cuales el principal es Scutari, formando una masa continua de casas á lo largo de la playa, siendo virtualmente una parte de la gran ciudad, aunque separada de ella por más de una milla de agua, tan revuelta algunas veces, que ni aun por los vapores puede ser cruzada.

Basta echar una ojeada sobre el mapa para convencerse de la real singularidad de esta ciudad, atravesada por el mar en todas direcciones, no ya en forma de lagos solamente como los de Venecia ó Rotterdam, sino en la de grandes y anchas ensenadas, cuyas aguas son tan nítidas y claras como profundas, aun en la misma márgen.

Todo este grandioso conjunto puede compararse á una ciudad edificada á ambos lados de los Kiles de Bute, en el punto en que una de las grandes lagunas formadas por el mar (laguna Riddon ó laguna Striven) baja al canal central. Estokolmo y Nueva-York son tambien dos grandes ciudades que pueden, bajo este mismo respecto, equipararse con Constantinopla; pero Estokolmo, aunque bella á su modo, lo es sólo en escala comparativamente pequeña, miéntras que Nueva-York presenta todo cuanto ha podido hacer el hombre para desvirtuar los tesoros ofrecidos por la naturaleza; que, dicho sea en obsequio de la verdad, la ha favorecido infinitamente ménos que á Constantinopla. Permitidme, puesto que incidentalmente hemos tocado este punto, que recuerde, aunque brevemente, las galas que la naturaleza ha esparcido sobre el terreno en que se levanta la ciudad que motiva esta conferencia.

En efecto, así como tendió á sus plantas el mar más azul y transparente que imaginarse puede, así tambien esparció sobre ella el más brillante y delicado cielo que sobre la tierra se cierne; radiando luces tan encantadoras, que si no tuvieran al mismo tiempo la propiedad de ser suaves, llegarían á deslumbrar. Asimismo, como con mano de artista, demarcó el contorno de las playas y collados; labró las riquezas que el Bósforo arrebató; dibujó la graciosa curva del Cuerno de Oro; formó la suave pendiente de las montañas coronadas de olivos á espaldas de Scutari; levantó la atrevida mole de las islas que,

en formas puntiagudas, se elevan de la superficie del mar de Mármara, y allá en lontananza, hácia el SO., hizo se destacase sobre el horizonte la noble cima del Olimpo Mesiano, que vela con nubes su cabeza, mientras el sol naciente encara las mieses que nacen en sus faldas. Parece que el mar anhela por invadirlo todo. Así que, á cualquiera parte que os volvais, saldrán las olas á vuestro encuentro, logrando confundiros entre las tortuosidades de los intrincados láberintos de las aguas. Por ellas surcan embarcaciones de todos tamaños y gustos, desde los feos y oscuros acorazados, que el último sultan, valiéndose para ello de un empréstito, compró á los constructores de Clyde y Tyne, hasta las ligeras falúas y otros miles navichuelos que no tienen nombre en nuestra lengua. Raras veces se presenta en calma durante el dia su superficie; debiéndose este singular fenómeno á una brisa que habitualmente sopla del SO., y, topando con la gran corriente que baja del Mar Negro, consigue en un momento levantar un oleaje, que, á pesar de ser menudo de suyo, revuelve el mar y hace desaparecer cuantas lanchas y botes no han podido á tiempo guarecerse. Por la noche, empero, se presentan las aguas, con frecuencia, pacíficas y serenas; é, iluminadas entonces por la luna que sobre ellas se refleja, creeríais ver en torno á la ciudad un torrente de fundida plata.

Desde la playa, cubierta de mástiles, empiezan á elevarse, segun todas direcciones, en pendientes los collados, que en sus faldas y cumbres sostienen la ciudad, ó mejor, las tres ciudades que se miran frente á frente, segun acabo de describir en los anteriores párrafos. Las casas son por lo comun de color blanco, muy agrupadas entre sí, aunque interrumpidas de cuando en cuando su trabazon por alamedas de altos y verdes cipreses. Una de estas, muy antigua, cubre una de las faldas del collado en que se asienta Pera, dando sombra á un gran cementerio llamado Campo de la Muerte. Creen los turcos que el olor de los cipreses y de la resina por ellos destilada destruyen los miasmas exhalados por los sepulcros. Sea de esto lo que fuere, el sombrío color que los distingue, y la rigidez con que se elevan, armonizan muy bien con los arruinados sepulcros que circundan sus troncos. Digo sepulcros arruinados,

porque en Turquía no se cercan las tumbas, y una vez clavada en la tierra la lápida, aunque amenace ruina ó venga á tierra, se la deja abandonada. Sobre los blancos muros de los edificios y sus rojos tejados se elevan los dombos de las mezquitas, y separadas de éstas alrededor de cada una de ellas véñense dos, cuatro, y á veces seis delgados alminares, que no son más que unas torres de mármol elevadas y en forma de aguja, ofreciendo una pequeña galería abierta que las circunda por la parte exterior, desde donde cuatro veces al día el grito penetrante del almuedano que llama á los *fieles* á la oracion se deja oír dominando el murmullo de la multitud que allá abajo se revuelve. Aún en el mismo Estambul raras veces dan á las casas más de dos ó tres pisos y frecuentemente son de madera, teniendo unas veces enjalbegadas las paredes y otras pintadas de rojo ó amarillo. Generalmente son de aspecto raquítico y de escasa consistencia. En Pera y en los suburbios se encuentran buenos edificios y casas de campo que en su mayor parte pertenecen á comerciantes cristianos bien acomodados. A excepción de las mezquitas hay pocos edificios públicos que merezcan ser visitados por el viajero, porque como en Constantinopla son tan frecuentes los incendios, todos los antiguos palacios han sido pasto de las llamas, y por lo que á los modernos respecta, que de paso sea dicho, son más de los que serían necesarios, pertenecen á la más baja arquitectura del estilo frances ó italiano, hallándose situados en las márgenes del Bósforo. Muchos millones fueron gastados, tanto en estas obras como en navíos de guerra por el sultan Abdul-Asiz, que empleó en ellas las grandes sumas facilitadas por los empréstitos hechos hasta la guerra de Crimea. De uno de los más hermosos entre los mencionados edificios, se dice haber sido edificado por el sultan con enormes gastos y sin más objeto que el de tomar en él el café de la tarde. En efecto, una vez terminado se dirigió á él con dicho objeto, pero habiendo sentido á la mañana siguiente un pequeño dolor de cabeza le cobró tal ojeriza que nunca más volvió á aportar por sus umbrales. ¡A tales antojos llega el gobierno personal en Oriente! Museos, galerías de pintura, teatros, bibliotecas, universidades y otros ornamentos de las capitales de Europa, no vayais á buscarlos

á Constantinopla, porque no existen. La administracion no cuida para nada de semejantes cosas y ni áun ha procurado proveerse de local decente para las oficinas del Estado, á no ser que exceptuemos al Ministerio de la Guerra, edificio grande con aires de barraca, que afea el mejor sitio de Estambul. Las empresas particulares, á su vez, no han logrado producir más que dos ó tres malos y pequeños locales para diversion de los griegos de Pera.

En ninguna parte se puede encontrar una iglesia, á pesar de que la mitad de la poblacion la forman los cristianos, entre los que no escasean quienes sepan cumplir con las santas obligaciones que les impone la religion que profesan; pero la poblacion musulmana, que es objeto de la proteccion inglesa, es aún harto intolerante y no puede sufrir sin irritarse la vista de un lugar destinado al culto cristiano. Por lo tanto, á excepcion de la iglesia inglesa de Pera, todas las demas son comparativamente pequeñas y oscuras, ocultándose en los rincones que no puede alcanzar la vista. Todos los antiguos templos, ó fueron convertidos en mezquitas, ó reducidos á escombros; así que los aficionados á los estudios de la arquitectura de la Edad Media, encontrarían pocos restos en que saciar su sed. En efecto, más completa idea puede formarse del arte bizantino estudiándolo sólo en Rávena que en todo el conjunto de los territorios del caduco imperio de Oriente.

Suele el vulgo repetir, que el interior de Constantinopla deshace por completo las ilusiones que se forman cuando por primera vez se la ve desde el mar ó desde los collados circunvecinos; mas los que así hablan, si no son meros repetidores de los lugares comunes de las Guías, tienen, sin duda, mal conformada la vista, para admirar las bellezas del arte pictórico. Concedo que el interior de esta ciudad es sumamente sucio, irregular y enmarañado; que los malos olores ofenden por do quiera al olfato como los fuertes y ásperos gritos hieren los oídos; pero, á pesar de todo, el conjunto es tan maravillosamente raro al par que complejo, abunda en cuadros tan bellos de las varias escenas propias de la vida humana, y trae á la memoria tantos recuerdos de lo pasado, que, aunque los habitantes lo deseasen, el mundo artístico no vería por lo ménos

con gusto que desapareciese la actual condicion de las cosas ante las innovaciones que los ménos peritos podrían quizás desear.

Las calles, que son estrechas y torcidas, siguen en unas partes las pendientes de los collados y en otras la línea que limita las radas formadas en la playa. No siempre son casas propiamente dichas las que las forman, sino chozas toscas y desmanteladas donde, entre cestos de los más exquisitos frutos, yace, pierna sobre pierna, fumando soñoliento su pipa, algun que otro estólido anciano. Mas hay tambien calles que á una y otra acera no presentan más quẽ casas rodeadas por altos muros sin ventanas, ó hileras de pesados arcos que, más que otra cosa, parecen guaridas de salteadores.

Al terminar de recorrer tan tétricas cavidades, sale impensadamente el viajero á uno de esos lugares anchos é irregulares que hacen en Constantinopla las veces de plazas, y vuelve á ver ante sus ojos los alegres colores de las casas sombreadas por plátanos y nogales, llegando á creerse transportado á la bahía de Nápoles, único punto en el mundo que ofrece espectáculo semejante. Otras veces desemboca, á la impensada, en alguna de las calles laterales, y tendiendo entónces sus ojos hácia la llanura, divisa hermosos campos cubiertos, aquí de viñedos cargados de racimos, y allí de granados, que doblegan sus ramas al peso de sus rojos y sabrosos frutos de coral, en tanto que de todas partes levantan las azuladas olas ese murmullo con que, dando saltos de alegría, saludan al sol que las colora. De cuando en cuando se tropieza tambien con alguna antigua y considerable ruina de los tiempos de la dominacion romana, un arco, por ejemplo, una cisterna, ó los cimientos de alguna olvidada iglesia, cuya solidez contrasta en extremo con la escasa consistencia de los edificios del contorno. Ante este espectáculo no hay imaginacion que no retroceda hasta mil años atras, ni memoria que no recuerde á los mejores arquitectos de Europa, que supieron legar á la posteridad esas mudas lecciones del arte que profesaban. No creais, sin embargo, por lo que acabo de decir, que existen en Constantinopla muchas ruinas de consideracion; porque en esto cede necesariamente esta ciudad la palma á su rival Roma. La razon de ello debe,

sin duda, buscarse, no sólo en la superior grandeza de los edificios romanos, sino también en el hecho de que, mientras en Roma sólo quedaron abandonadas en los tiempos medios las llanuras del campo Marcio, pertenecientes á la antigua ciudad, colocada sobre el Palatino, Aventino y Montecelio, estuvo abandonada la antigua ciudad de Constantinopla, se vió continuamente despoblada, de donde cada edad construyó sus moradas con los materiales dejados por la anterior. También bajo otros puntos de vista llama la atención el contraste que estas ruinas presentan con las de Roma; porque Constantinopla, como fácilmente puede concebirse, no exhibe rastro alguno de paganismo, mientras que en Roma, hallamos por do quiera algo que nos lo recuerde. En efecto, aunque el origen de Bizancio casi se remonta á las épocas del de Roma, la ciudad de Constantino, es la verdadera creación del primer emperador cristiano, y, á excepcion de las serpientes délficas y un obelisco griego, que junto á ellas se levanta en el hipodromo, no posee, entre sus riquezas, reliquia alguna de los tiempos del gentilismo.

Ni aún en las calles de Estambul hallareis una tienda, porque, á excepcion de los comestibles, casi todo lo demás se compra en el Bazar, enorme edificio cuadrado, constituido por una especie de laberinto de arcadas, en las cuales, en medio de los géneros en que trafican se hallan sentados los mercaderes que, apenas se oculta el sol en el horizonte, cierran sus respectivos establecimientos. En ellos pueden comprarse muchas cosas, pero al extranjero atraen, más que otra alguna, los hermosos tapices y delicadas alfombras de Persia, Anatolia y Kurdistan, las sedas de Broussa y los depósitos de armaduras antiguas de todos los pueblos, aunque hay que saberlas distinguir para librarse de las falsificaciones. El hacer compras, no es, sin embargo, cosa de poca monta para el extranjero ó forastero; porque basta ser lo uno ó lo otro para que se le pida tres veces más de lo que valen los efectos que desea, y á no ser que se resigne uno á ser á la vez víctima del vendedor y del cicerone que le sirve de intérprete, y que, como es de suponer, ha de recibir de aquel la correspondiente propina, hay que emplear horas y más horas en regatear. Siendo el viérnes el

dia de descanso de los musulmanes, el sábado el de los hebreos, y el domingo el de los cristianos, en estos tres días no se abre el Bazar.

Otra dificultad se ofrece también á los que visitan esta ciudad, la cual es de suyo suficiente para hacer desesperar al hombre más paciente. Nos referimos á la multitud de medios allí existentes para verificar los pagos; porque no sólo encontrareis la moneda metálica y el papel moneda de Turquía, que, dicho sea de pasada, anda ahora por los suelos, sino también todas las monedas habidas y por haber de todos los países del mundo, entre las cuales abundan no poco las rupias de la India. Mas no estriba en esto sólo la dificultad, sino que para que os reciban alguna de esa infinidad de monedas hay que hacer previamente un ajuste para determinar el valor que en el caso particular de que se trate ha de darse á las que por casualidad tengais en el bolsillo. Ibamos á decir que las fondas son muy caras; pero no exageramos si generalizando decimos que todo vale en Constantinopla un ojo de la cara; así que unos libros allí comprados hubo que pagarlos una mitad más de lo que cuestan en Lóndres ó en Paris. En las calles se notan pocos indicios de policía, y nada se hace para que el piso sea bueno y ofrezca la necesaria limpieza. Pocas de aquellas pueden ser transitadas por carruajes, porque sabido es que los turcos lo dejan todo al tiempo y al acaso. Los únicos barrenderos públicos son los buitres, que algunas veces se divisan cubriendo casi materialmente el cielo, y los perros, de los que hay una inmensa multitud en la ciudad. Aunque muchas veces habreis oído hablar de ellos, no debemos despreciar la tradición que obliga al que habla de Constantinopla á consagrarles algunos renglones. Así, pues, diremos que estos perros andan sueltos y sin dueño, ni hay quien les dé de comer. A pesar de todo, cada perro habita siempre el mismo barrio y aún la misma calle, siendo perseguido y á veces muerto el que osa invadir los límites del territorio vecino. Son en su totalidad animales poco favorecidos por la naturaleza; la mayor parte tienen el color oscuro ó amarillento, y discurren en gran número por las calles del tránsito. Por la noche ofrecen no pequeños inconvenientes á

cion de las causas y de los efectos; que considerar el efecto como contenido, virtualmente preexistente y como en germen en la causa es formarse del efecto mismo una idea falsa; que la determinacion causal deja subsistir el misterio del principio real que se manifiesta en todo efecto, y que es contentarse con vanas palabras creer que puede explicarse el efecto mediante esa imágen de preexistencia y de inclusion de los efectos en las causas. La doctrina de Hume ha destruido definitivamente el ídolo de la causalidad transitiva del influjo causal y ha suprimido el antiguo problema de la comunicacion de las sustancias. Ha justificado, por último, desde el punto de vista psicológico los sistemas del *ocasionalismo* y de la *armonía preestablecida*, imponiéndoles un carácter de generalidad que los despoja de toda inconsecuencia.

Hume ha podido con razon afirmar que no tenemos impresion de la cualidad de que la fuerza y energía causales estén en los objetos. De la misma manera que á propósito de la sustancia, podemos, sin embargo, rechazar aquí el criterio que invoca diciendo que la causalidad pertenece, no al número de las ideas de impresion sino al de las ideas de relacion, de los conceptos, de las leyes del espíritu. La semejanza y la sucesion no son más que la causalidad, cualidades que se ven en los objetos; las ideas de estas cualidades no tienen impresion correspondiente. Lo que parece necesario preguntarse no es, por lo tanto, de qué impresion deriva la idea de causalidad, sino si el concepto de esta relacion puede referirse al de la relacion de sucesion.

Sin duda alguna se refiere á él, en cuanto la relacion de causalidad es á la de sucesion lo que la especie al género. Hume no quiere admitir entre las diversas relaciones de sucesion más que diferencias de grado; desconoce el carácter específico que tiene la relacion de causalidad que permite al espíritu distinguirla de todas las demas relaciones de sucesion. ¿En qué consiste ese carácter específico que coloca el principio de causalidad aparte como relacion de los fenómenos? En que el espíritu ha extendido más allá de la observacion á todos los lugares y á todos los tiempos, en que el espíritu ha universalizado el vínculo de sucesion que vemos constante-

mente entre dos objetos, entre dos hechos. No sólo se sabe por la observacion que el vínculo de que se trata se ha presentado constantemente ántes de la época en que vive el pensador, sino que, juzgando *à priori* se cree que constantemente tambien se presentará en el porvenir. El principio de causalidad introduce un órden fijo en las relaciones de sucesion, como la intuicion pura del espacio y de sus propiedades impone un órden fijo á las relaciones de situacion, con la sola diferencia de que la experiencia nos hace conocer exclusivamente las aplicaciones y determinaciones del principio de causalidad, lo que se llama las leyes científicas, miéntras que la intuicion pura del espacio y de sus propiedades nos da á la vez la forma y la materia de las nociones geométricas. El concepto de causalidad es el principio director y la condicion de las ciencias experimentales, como el concepto de semejanza, con la nocion de especie y de género es el principio director y la condicion de las ciencias de observacion y de clasificacion. ¿No es oficio propio de la experiencia separar de entre los antecedentes que la observacion simple y espontánea asigna á un fenómeno las verdaderas condiciones de ese fenómeno, necesarias y suficientes para que se produzca ó verifique? La negacion del principio de causalidad lleva á negar la certeza de las leyes físicas, demostradas por la experiencia. Es incompatible con la completa fe que les prestamos, y está condenada por esta misma fe.

Sólo es posible aplaudir la crítica de Hume cuando destruye la fuerza misteriosa, el vínculo sustancial que la imaginacion establece entre la causa y el efecto. Este vínculo pertenece á la mitología filosófica. Pero puede la idea de ese vínculo conservarse en el lenguaje, si no se ve en ella más que una figura, mediante la que se expresa la necesidad causal y en el bien entendido de que la creencia de la necesidad causal no es otra cosa que la creencia en la existencia futura y universal de la relacion de sucesion que se ha observado constantemente entre los dos fenómenos llamados causa y efecto. Todo el misterio de la necesidad se admite como cierto respecto del futuro. Esta es la conclusion á que lleva la parte negativa de la doctrina de Hume sobre la causalidad. Llegado á este punto, trata de darse

cuenta de esta creencia en las conjunciones futuras inferidas de las conjunciones pasadas. La explica por la inclinación del espíritu á trasladar y figurarse en él porvenir los efectos que está habituado á observar en el pasado; por la facilidad con que el espíritu, inspirado en la costumbre, pasa del antecedente- causa al consiguiente-efecto; por la asociación inseparable que la costumbre establece en el espíritu entre esos dos términos, y finalmente, por la imposibilidad en que la costumbre coloca al espíritu de pensar en el primero sin pensar en el segundo, de ver el primero sin esperar el segundo. Esta es la parte positiva del sistema.

De esta manera de ver resulta lógicamente que la inclinación á que Hume refiere la creencia en las futuras uniones causales, inclinación que no es, según él, una tendencia primitiva de la naturaleza mental, debe ser, en cuanto á su fuerza, proporcional á la costumbre de que se deriva, y esta costumbre proporcional también en cuanto á su fuerza á la frecuencia de casos semejantes de consecuencias observadas. Si esto es cierto, esa inclinación debe variar en los diversos espíritus, según el número de observaciones que cada persona ha podido hacer y cuyo recuerdo ha conservado. Debemos, pues; encontrarla entre los ancianos en su grado mayor de desarrollo y entre los niños en su grado menor. Pero los hechos no confirman en manera alguna esta consecuencia rigurosa de la teoría. La tendencia á generalizar bajo el nombre de causa y de efecto, ciertas relaciones de sucesión, se muestra en todos los espíritus y en todas las edades. No puede decirse que esa tendencia se adquiere y que se desenvuelva gradualmente. Aparece con toda su fuerza desde las primeras manifestaciones de la inteligencia del niño.

Desde entónces es universal, con toda la precisión y toda la fe que implica ese juicio de la causalidad. Ciertamente que el niño puede á menudo aplicarlo falsamente, creyendo que existen condiciones y dependencias donde no existen; pero la experiencia viene á corregir estos errores sin aumentar nada y sin quitar nada á la tendencia general en que nacen, y atestiguando por esto mismo que esa tendencia es uno de los modos esenciales del pensamiento, y si puede emplearse esta fra-

se, una de las piezas necesarias que forman parte de la estructura mental; en una palabra, que procede de la naturaleza y no de la costumbre.

VII.

Hemos dicho que la relacion de causalidad se refiere y se reduce á una relacion de sucesion universal dada en su origen por la experiencia, despues generalizada espontáneamente en virtud de una tendencia de la naturaleza mental ó lo que tanto vale, por un juicio racional ó *à priori*. Para que esta proposicion sea incontrovertible es necesario que se la restrinja en cuanto á la universalidad racional y en cuanto al origen y á la materia experimentales que atribuimos al juicio de causalidad. No es inútil esclarecer mediante algunas explicaciones estos dos extremos.

La universalidad de que se trata debe desde luégo entenderse de la extension al entero dominio de la experiencia. No puede tal universalidad, segun advierte Kant, ser aplicada sino dentro de los límites de ese dominio. Es necesario que se detenga en el punto en que principia—si ese punto existe—la experiencia posible. No puede, por consiguiente, ofrecernos conclusion legítima alguna contra la idea del primer antecedente causal, primero, esto es, sin causa, del primer anillo de la cadena de causas y efectos, si esa idea de la universalidad se presenta en nombre del principio de contradiccion como un límite lógicamente necesario de la experiencia posible, así como de nuestra facultad de pensar.

Pero no es esto todo. Cuando se ha reconocido con el criticismo contemporáneo la absoluta necesidad lógica de ese límite, de ese punto de partida de las cosas, de ese espíritu, no debe haber inconveniente alguno en admitir la posibilidad y la probabilidad morales de un principio que, como el de la libertad, trae é impone otras excepciones al principio de causalidad, al determinismo universal é introduce en el mundo otros comienzos que pueden llamarse tambien *primeros y absolutos* en el sentido de que no son y no deben ser considerados con-

secuencias necesarias. Observaremos al propio tiempo que una filosofía como la de Hume que afirma la distincion y la separacion posibles de las ideas de comienzo y de causa y que suprime todo vínculo lógico ó sustancial entre la causa, y el efecto, es más bien favorable que contraria á la doctrina del libre arbitrio, porque separa de ella gran parte de las dificultades que ordinariamente se suscitan desde el punto de vista sustancialista.

Vengamos al segundo punto. ¿Es cierto que la relacion especial de sucesion que designamos bajo el nombre de causalidad en su origen se nos ofrezca constantemente como un dato suministrado por la experiencia? Sin duda de ningun género esto sucede con la causalidad física ó exterior; pero no puede decirse otro tanto de la causalidad interior ó volitiva. Hume no ha dedicado al exámen de la causalidad psicológica más que una breve nota en su *Tratado de la naturaleza humana*; pero en el *Sétimo ensayo* ha explicado esa nota extensamente, abordando la cuestion y tratándola bajo todas sus fases. De su exámen concluye, y en este punto piensa como él toda la escuela empírica, que la conciencia no nos enseña nada de un poder interior y nada más nos dice sobre la causalidad que la experiencia sensible; que es posible admitir en la voluntad un tipo de causacion en que se revele y descubra más que en ninguna otra parte la fuerza eficiente existiendo en ejercicio; que al acto de volicion sigue como á cualquier otro antecedente el fenómeno que es su efecto y que no se nos da á conocer sino mediante la experiencia.

El gran argumento empleado por Hume consiste en decir que si existiera realmente la conciencia de un poder interior, debía estar acompañada de la perfecta prevision de los efectos, medios y límites de ese poder. «Sentimos á cada instante que el cuerpo obedece las órdenes de la voluntad; pero á pesar de nuestras más profundas investigaciones, estamos condenados á ignorar siempre los medios eficaces, por los cuales llega á verificarse esta operacion extraordinaria; estamos condenados á ello, á pesar de experimentar un sentimiento inmediato... Acomete la parálisis un brazo ó una pierna de cierta persona; pierde ésta uno de sus miembros: pues durante algun

tiempo hace la persona mutilada esfuerzos para mover y usar como en otro tiempo el miembro de que carece. Tiene el hombre que se encuentra en este caso tanta conciencia de que puede mandar y dirigir los movimientos de todos sus miembros, como el hombre sano que los conserva en su estado natural. Pero la conciencia no engaña jamás. Conclúyese de aquí que ni uno ni otro tienen verdaderamente tal conciencia... Sabemos por la anatomía que en el movimiento voluntario los objetos á que el poder se aplica inmediatamente no son los miembros mismos, sino los músculos, los nervios... algo quizá todavía más sutil y más desconocido, mediante lo cual el movimiento se distribuye y llega á la parte del cuerpo, al miembro que nos hemos propuesto inmediatamente mover. ¿Se necesita una prueba más indudable de que el poder que preside y dirige en su totalidad y en su conjunto esta operacion, no es conocido plena y directamente por la conciencia ni por ningun otro sentimiento íntimo, y de que en su último resorte es misterioso é ininteligible? El espíritu desea que se realice un cierto hecho: inmediatamente despues se produce otro diferente del deseado y desconocido para nosotros; éste engendra á su vez otro que no conocemos mejor, y así continúa sucediendo hasta que al final de una larga serie aparece por fin el hecho apetecido.»

Resulta de estas consideraciones solamente que no conocemos *à priori* los medios y los límites de la accion de la voluntad, y que la prevision que se aplica á esos medios y límites es adquirida y no proviene más que de los datos de la observacion conservados por la memoria. Los medios de accion de la voluntad son efectos intermedios que separan la volicion del efecto querido. Los límites de la accion de la voluntad son los obstáculos que imposibilitan esos efectos intermedios y por lo tanto el efecto querido. Es indudable que ántes de tener experiencia de ello, no preveíamos ni esos efectos intermedios, ni esos obstáculos. El argumento de Hume no tiene más alcance que este. El efecto querido ó como dice Hume, «el hecho apetecido que se produce al final de una larga serie,» es conocido de antemano por el mismo que lo desea. Indudablemente se desea ántes de producirlo, y no podía ser deseado si no se vislumbrara como futuro, sino pudiera ser previsto. La prevision

de que es objeto es inherente á la voluntad é inseparable de ella; constituye parte de su esencia; es, por decirlo así, la forma de la voluntad. En la volicion yo presiento y preveo la consecuencia unida á aquel acto como su fin; no puedo dejar de preverla; no puedo querer sin querer algo, sin contemplar un objeto de mi voluntad, sin pensar á la vez en este objeto como efecto y en el acto volitivo como causa. Toda voluntad considerada en su grado más incomprensible considera y contempla el porvenir, presente y prevé, ó lo que es igual, anticipa la experiencia, porque está en su naturaleza determinarse *en vista* de su fin. Toda voluntad para manifestarse, supone la creencia en un efecto que deberá seguir, que está ligado á su manifestacion. De otra manera, sería necesario ver en las primeras manifestaciones de la voluntad, el producto de una espontaneidad ciega, absolutamente semejante á la causalidad física, lo que valdría tanto como sostener que las primeras manifestaciones de la voluntad no eran manifestaciones de la voluntad.

Hume y sus discípulos sostienen que es la conciencia la que nos da el acto de volicion, y en seguida el fenómeno mental de que aquel es constantemente seguido; pero que sólo la experiencia nos enseña la relacion que une estos dos términos. El antecedente y el consiguiente son objetos de conciencia; pero su union es objeto de experiencia.—No, no es la experiencia la que nos muestra esa union, que entra como prevista en la conciencia que nosotros tenemos de la volicion misma. Es cierto que la prevision ó preconcepcion de que se trata está confirmada y singularmente fortificada por la observacion mental, que mostrándonos tantas veces como se quiere entre la volicion y su efecto la misma relacion de sucesion, nos ofrece el primer tipo y el más sencillo de la experiencia; pero basta que aquella prevision, naciendo con la volicion, preceda necesariamente á esta observacion mental, para que no pueda referirse á ella y para que se la considere como una ley específica é irreductible del espíritu. Esta prevision es un hecho primero; no hay que investigar su explicacion, la razon bastante en la naturaleza íntima y la energía misteriosa directamente percibidas de la causalidad volitiva; no hay que deducirla lógicamente del

sentimiento del poder causal, como una consecuencia de su principio; no hay más que decir una sola cosa: que se identifica con ese sentimiento, que da cuenta de él, que lo contiene en todo lo que tiene de inteligible, ó mejor aún, que lo produce en la conciencia.

VIII.

La doctrina de Hume sobre la causalidad está estrechamente unida á su doctrina sobre la creencia. Como ántes hemos dicho, Hume coloca el origen de la creencia en la fuerza y en la vivacidad de la idea. La creencia, segun él, no es otra cosa que una idea más fuerte y más viva por su asociacion con una impresion. «Cuando afirmamos, dice, que Dios existe, formamos sencillamente la idea de cierto sér, segun nos ha sido representado, y no le atribuimos la existencia, considerada ésta como una idea particular que juntamos á la idea de sus otras cualidades, de las que podríamos de nuevo separarla y distinguirla. Pero voy más léjos y no sólo afirmo que este concepto de la existencia de un objeto, no añade cosa alguna al concepto del objeto, sino que sostengo tambien que la creencia en esa existencia no une ideas nuevas á las que forman la idea del objeto. Cuando pienso en Dios, cuando pienso de Él que existe, cuando yo creo que existe, no aumenta ni disminuye la idea que me ha inspirado. Pero como hay indudablemente grande diferencia entre el simple concepto de la existencia de un objeto, y la creencia que de ella tenemos, y como esta diferencia no reside en los elementos de que se compone la idea, síguese de aquí que debe depender de la *manera* como nosotros la concebimos... Nuestras ideas son copias de nuestras impresiones y las representan en todas sus partes. Cuando nosotros queremos que varíe de cualquier suerte la idea de un objeto particular, todo lo que podemos obtener es que disminuya ó aumente en fuerza y en vivacidad. Si cambiamos en ella alguna otra cosa es que entónces viene á representar un objeto diferente ó una impresion diversa... Así sucede con la creencia: como la creencia no puede cambiar más que la manera de ser concebido

un objeto, es necesario que esto suceda llevando á nuestras ideas un *surplus* de fuerza y de vivacidad.»

Esto es claro. Entre la creencia y la idea no existe diferencia de naturaleza sino de grado. La creencia es una idea transformada. La idea se transforma en creencia adquiriendo un grado particular de vivacidad y de fuerza. ¿Cómo lo adquiere? Hume responde estableciendo como regla general que cuando una impresion se realiza hace pasar el espíritu á las ideas que están en relacion con ella y le comunica una parte de su fuerza y de su vivacidad. Hume se esfuerza en demostrar que esta regla se apoya en numerosos ejemplos deducidos de los tres principios de asociacion.

Segun esta teoría, el juicio y el razonamiento entran en la concepcion. Hume no vacila en afirmar que esos tres actos del espíritu se funden en uno. «El acto del espíritu, dice, no va más allá de una sencilla concepcion.» Hay en esto, pues, una sola diferencia; pero una diferencia que confiesa ser muy notable y que es «la que se ofrece en los casos en que nosotros unimos á la concepcion, la creencia y nos persuadimos de la verdad de nuestras concepciones.» Sí, sin duda; no hay más que una sola diferencia entre el juicio y el razonamiento, de una parte y la simple concepcion de otra, y esa diferencia consiste en que unimos la creencia á la simple concepcion en el juicio y en el razonamiento. Sí, sin duda, esa diferencia es *notable*, más que notable, enorme. Hume cree «que jamás ha sido bien explicada por ningun filósofo.» Propone para explicarla su hipótesis, la hipótesis de que acabamos de hablar. ¿Es posible que le haya satisfecho una explicacion que reduce esa enorme diferencia á una insignificante de fuerza y de vivacidad?

Han visto nuestros lectores que en la psicología de Hume la diferencia de fuerza y de vivacidad es el carácter que distingue á las ideas de las impresiones, á las ideas de la memoria de las ideas de la imaginacion. Continúa siendo el único medio útil para distinguir las ideas acompañadas de creencia y de juicio de las que no lo están. Hé ahí, pues, un carácter de grande importancia y que ocupa señalado lugar en el sistema! Causará admiracion que aparezca siempre, que se

aplique y baste á todo, que resuelva todas las cuestiones, desvanezca todas las dificultades y que pueda surgir de él toda la variedad de los hechos mentales. Un carácter tan importante merecía á lo ménos ser expuesto en términos precisos. Las palabras *fuerza* y *vivacidad* son muy vagas; sería necesario definirlas; sería necesario decir qué se entiende exactamente por fuerza y por vivacidad de una percepción y de una idea. Hume no lo dice. Supone indudablemente que nos lo enseña el sentido comun. Pero el sentido comun es aquí incompetente. Se trata de analizar hechos de conciencia que el sentido comun no analiza.

Es necesario, por otra parte, tener cuidado de que el sentido comun nos dice que hay una fuerza y vivacidad particulares y grados diferentes de esta fuerza y vivacidad en cada uno de los hechos mentales, lo que no indica ningun paso de uno á otro. El sentido comun nos dice que ciertas ideas pueden ser muy vivas sin que se presenten acompañadas de creencia alguna, tanto más que otras que se dan en estas condiciones. Preguntad á los lectores de un poema épico como la *Iliada* ó la *Jerusalem libertada* si no tienen una idea más viva de los combates referidos en esos magníficos poemas, que de las batallas reales narradas en una historia cualquiera.

Hume vuelve muchas veces, insiste demasiado sobre esta cuestion, lo que prueba que no está completamente satisfecho de su hipótesis. Piensa que las palabras *fuerza* y *vivacidad* son insuficientes, y llama en su auxilio otras: *solidez*, *firmeza*, *estabilidad*. Reconoce más tarde con un candor admirable que todos esos términos son poco filosóficos y que no esclarecen gran cosa la cuestion. No sabe cuáles escoger, se halla en grave aprieto para expresar ese sentimiento, ese modo de la concepcion (*this feeling or manner of conception*) que entraña la creencia. «Podemos usar, dice, palabras que expresan algo aproximado; pero su verdadero y propio nombre es el de *creencia*, término que todos se explican suficientemente en la vida comun.» Esto es reconocer de una manera explícita que la palabra *creencia* es mucho más clara que todos los términos con que trata de explicarla. La confesion merece advertirse. De ella se puede concluir que la creen-

cia es un hecho *sui generis*, irreductible á la simple concepcion, cualesquiera que sean sus cualidades.

Es preciso notar en apoyo de esta conclusion, que si cierta cualidad de la idea (fuerza, vivacidad, solidez, firmeza, estabilidad) llevada á cierto grado produce la creencia, ésta no debe presentarse más que con las diferencias de grado correspondientes á las de la cualidad que la habrá producido. Hay, además relativamente á la creencia dos actos, dos estados de juicio absolutamente opuestos: la afirmacion y la negacion; y nada se ve en ninguna cualidad de la idea tomada en sí misma que corresponda á ese dualismo, á esa oposicion de las formas del juicio. Los términos vagos de *fuerza, vivacidad, firmeza*, etc., se aplican sin duda al juicio y á la creencia como á la idea; pero el uso analógico que se hace de estos calificativos al tratar de los dos fenómenos, no implica la posibilidad de resolver la creencia en la idea ó de hacer depender la fuerza, la vivacidad, la firmeza de la creencia, de la fuerza, la vivacidad y la firmeza de la idea.

Para conceder á Hume la realidad de esa imaginada dependencia, sería indispensable olvidar que las creencias negativas ofrecen la misma escala de fuerza, vivacidad y firmeza que las creencias positivas, aún cuando las ideas que engendran las dos especies opuestas de creencias no tengan dos especies opuestas de fuerza, vivacidad y firmeza.

Los errores de la doctrina de Hume respecto á la creencia, provienen de la laguna que ha dejado en la psicología. El sensualismo le ha impedido prestar á las categorías la atencion que merecen y señalarles el lugar que les corresponde en el análisis del conocimiento. La creencia, considerada desde el punto de vista más general, supone la categoría de las categorías, la *relacion*; en otros términos, supone dos fenómenos, dos ideas que el espíritu relaciona para unir las ó identificarlas, ó para distinguir las y separar las; de aquí nacen dos formas, la positiva y la negativa, de la creencia ó del juicio. El acto de relacionar una idea con otra, constituye la creencia y no las cualidades de las ideas relacionadas. Lo que hace que la creencia sea positiva ó negativa, es que en esa relacion se trata necesariamente de la union ó de la separacion, de la identificacion ó

de la distincion de dos ideas. Lo que contribuye á que la creencia sea más ó ménos fuerte, más ó ménos viva, más ó ménos firme, es la manera en que esa relacion se impone al espíritu, la manera de cumplirse el acto mental que la ocupa, y cuyas diversas fuerzas mentales concurren á este acto.

IX.

Tócanos examinar ahora cómo la asociacion despues de haber servido en el sistema de Hume para explicar la creencia y los vínculos causales, se emplea en dar cuenta de la creencia al mundo exterior. Hume comienza por declarar esta creencia ilusoria, como resultado que le parece deducir de su crítica del principio de sustancia, en lo que está de acuerdo con la lógica sensualista. «Es en sí mismo evidente, dice, que nada puede haber jamás en realidad presente al espíritu fuera de sus percepciones, esto es, de sus impresiones y sus ideas... Puesto que no es posible que haya nunca cosa alguna presente al espíritu fuera de sus percepciones, y derivándose todas las ideas de algo anteriormente presente al espíritu, síguese de aquí que nos es imposible de igual manera concebir ó formar la idea de una cosa cualquiera específicamente distinta de las ideas y de las impresiones. Fijemos nuestra atencion fuera de nosotros mismos tanto como sea posible; que nuestra imaginacion se eleve hasta los cielos ó vaya hasta el extremo límite del universo: en realidad no habremos dado un solo paso más allá de nosotros mismos y no podremos concebir ningun otro género de existencia más que esas percepciones que aparecen en aquel estrecho recinto.»

Es, sin embargo, un hecho que todo el mundo cree en la existencia de objetos exteriores distintos de nuestras percepciones y á los cuales se refieren éstas como á sus causas. Hay que investigar el origen y analizar lo que puede llamarse el mecanismo de esta ilusion universal. Creer en el mundo exterior es creer en objetos que tienen una existencia *distinta* de la percepcion y *continuada* aun despues de la percepcion. La creencia en esta existencia distinta y continuada no puede

prevenir de los sentidos, porque los sentidos no nos transmiten sino impresiones pasajeras; como es natural, en todos los hombres y espontánea, no puede decirse que sea producto de la reflexión filosófica; no proviene del razonamiento, porque no hay razonamiento que pueda deducirla de sensaciones en que no está contenida. Es necesario, pues, atribuirla á la imaginación. La imaginación es, por tanto, la que proyecta fuera de nosotros, la que objetiva, como hoy se dice, algunas de nuestras impresiones y que duplica, si es lícito emplear esta frase, su existencia prestándoles el carácter de representación que pertenece á las ideas.

¿Cómo la imaginación nos muestra más allá de la impresión sensible algo que la impresión sensible representa? Haciéndonos confundir la semejanza con la identidad. Las impresiones que referimos á un mismo objeto se reproducen en nuestro espíritu con diferentes intervalos, semejantes en cada aparición á lo que han sido en las anteriores. La imaginación nos lleva á unir esas impresiones semejantes, á fundirlas en una sola y única idea, suprimiendo los intervalos que las separan y añadiendo, por un tránsito que la asociación facilita, á la semejanza de naturaleza, la continuidad de existencia. Pero el espíritu no puede imaginar una existencia continua sin ponerse en contradicción consigo mismo, si al mismo tiempo no la distingue de aquellas impresiones distintas y separadas. Así, para armonizar sus facultades, establece entre las impresiones semejantes de que hablamos un vínculo que coloca en un objeto exterior, único é idéntico. Mediante esa ficción sus impresiones llegan á ser las representaciones y los efectos del mismo objeto. No hay que preguntar de qué manera una ficción de la imaginación se transforma en afirmación del juicio, en creencia, cuando se acepta la doctrina que reduce la creencia á una concepción más fuerte y más viva.

Es necesario leer en el *Tratado de la naturaleza humana* la exposición completa de esta teoría tan original, tan ingeniosa, tan admirablemente ingeniosa, de la que no se encuentra una sola palabra en los *Ensayos*. Allí y no en un resumen necesariamente breve y conciso es donde puede verse con qué arte está imaginada, qué ejemplos invoca Hume para apoyarla y

robustecerla, y qué papel hace jugar en ella á las leyes de la asociacion. ¿Pero es esa teoría tan sólida como original é ingeniosa? No podemos admitirlo.

Explicar la creencia en el mundo exterior es explicar por qué tenemos dos especies de impresiones; impresiones que nosotros creemos representativas ó causadas por algun objeto exterior del que son signos, é impresiones á las que no atribuimos ningun carácter representativo, ninguna significacion objetiva. Los sentidos no nos dan esa distincion entre las dos especies de impresiones. ¿Pero no puede provenir del razonamiento? ¿No puede referirse más que á la imaginacion? Hay razon para no ver en ella un producto de la reflexion filosófica; pero el razonamiento no pertenece sólo á los filósofos; hay un razonamiento espontáneo, natural en los seres humanos, cualesquiera que sean su edad y su cultura. Hay razon para no considerarla como una consecuencia del razonamiento analítico; pero hay un razonamiento que no es analítico, la induccion. En una doctrina tal como la del criticismo que admite entre los elementos del conocimiento los juicios de causalidad y finalidad, no hay dificultad alguna en admitir que la creencia en el mundo exterior se forma desde la infancia por el razonamiento inductivo.

Hume objetaría: la induccion de cualquier manera que se explique, por la asociacion y la costumbre, ó por una ley primitiva de la naturaleza mental no puede sino ir de una impresion á otra, en virtud de una relacion de sucesion observada; no puede ir de una impresion á un objeto exterior desconocido que no ha podido jamás ser, por la observacion, uno de los términos de semejante relacion.

Hé aquí en pocas palabras, cómo respondemos á esa objecion, y cómo se produce y se legitima al propio tiempo, segun nosotros la entendemos, la creencia en el mundo exterior. Lo que nosotros llamamos objeto, designándole con un nombre que la gramática llama sustantivo, es un cierto número de impresiones que aparecen constante é inseparablemente asociadas y á las cuales unimos un juicio interpretativo, una creencia inductiva que las refiere á una causa exterior. La cuestion consiste en saber cuál es la naturaleza de esta causa

y cómo es posible inferirla. Esta induccion nace en la conciencia que tenemos de dos modos distintos de actividad mental. Tenemos conciencia en primer término de una actividad perceptiva que se ejerce fatalmente, y en segundo lugar de una actividad voluntaria. Por esta segunda especie de actividad el sujeto pensante se hace experimentar á sí mismo ciertas sensaciones: oye su propia voz, ve sus propios gestos, sus propios movimientos. Sabe que estas impresiones que se da á sí mismo son la manifestacion de su estado mental. Percibe sensaciones del todo semejantes; oye la voz de otro, ve los gestos y los movimientos de otro. Sabe por el testimonio de su conciencia que esas impresiones semejantes á las primeras, difieren de ellas esencialmente en que no dependen de su pasion y de su voluntad, en que no son la manifestacion de su estado mental. En virtud de los principios de causalidad y finalidad infiere que dependen de una pasion y de una voluntad extrañas, que son manifestaciones de otro sujeto pensante. Despues de creer que los sujetos pensantes son causas exteriores de tales ó cuales grupos de sensaciones, y que él mismo es causa exterior de grupos de sensaciones percibidas por otros, generaliza y coloca un objeto bajo cada grupo de sensaciones análogo á los otros grupos bajo los cuales ha reconocido seres semejantes á él, descendiendo en esta generalizacion del hombre al animal, del animal á la planta, de la planta á la piedra. Debe notarse que la inferencia de que hablamos, no va desde una impresion á un objeto desconocido é incognoscible, sino de un hecho de conciencia á otro hecho de conciencia entre los cuales existe demostrada una relacion de sucesion, de un hecho de conciencia que está en mí á un hecho de conciencia que reside en otro.

Nosotros creemos, pues, en el mundo exterior merced á la conciencia que tenemos de los fenómenos y de los efectos de la pasion y de la voluntad. Un sér que no tuviera más que percepciones de un órden involuntario, no podría distinguir los objetos que le rodean de su propio cuerpo; no podría asegurar que estaba solo en el mundo. Creer en existencias exteriores no es creer en la materia. Confundir estas dos creencias como lo hacen muchos filósofos, es equivocarse lastimosamente. Ber-

keley ha dicho con razon, que la materia es una invencion de los filósofos, un ídolo metafísico. No se está obligado á admitirlo para escapar al idealismo egoista. La idea de existencia exterior no es vacía como la de materia, si existencia exterior quiere decir existencia por sí, ó lo que es lo mismo, individualidad consciente en un grado cualquiera. Creer en el mundo exterior no es más que creer en la existencia de conciencias distintas de la nuestra y más ó ménos semejantes á la nuestra.

X.

La principal gloria filosófica de Hume, consiste en haber sido el primero que ha profundizado la crítica de la idea de sustancia y que ha arruinado al mismo tiempo, mediante esa crítica, los sistemas opuestos á la antigua metafísica, el materialismo y el espiritualismo clásicos y tradicionales. Hume muestra sin dificultad ninguna, que los argumentos de Berkeley contra la sustancia material alcanzan asimismo á la sustancia inmaterial. «No tenemos, dice, idea perfecta de cosa alguna, más que de la percepcion. Si una sustancia es enteramente distinta de una percepcion, nosotros no tenemos, pues, idea alguna de una sustancia. La inherencia es algo que se supone necesario para sostener la existencia de nuestras percepciones. Nada es necesario para sostener esa existencia; luégo no tenemos idea alguna de la inherencia. ¿Dónde está entónces la posibilidad de responder á la cuestion de si *nuestras percepciones son inherentes á una sustancia material ó inmaterial*, si su mismo sentido escapa á nuestra inteligencia?»

Los espiritualistas invocan, para probar la existencia del alma, el principio de causalidad; sostienen que los fenómenos del pensamiento sólo pueden referirse á una causa inmaterial. No es, sin embargo, más sólida esta argumentacion porque se nos ofrezca repetida con frecuencia. Fácil es convencerse de ello pensando: 1.º, que toda induccion fundada sobre el principio de causalidad que supone una relacion de sucesion ántes observada, sólo puede ir de un fenómeno á otro, de una percepcion á otra; y 2.º, que relacion de causalidad no implica

en la causa una virtud productora, una razón suficiente del efecto, capaz de ser determinada *à priori* y cuyo efecto se deduce como una consecuencia de su principio; en una palabra, que sólo la experiencia puede enseñarnos si tal causa puede producir tal efecto, ó tal efecto puede ser producido por tal causa.

Cree Hume poder añadir que el principio de causalidad bien comprendido, en vez de suministrar un argumento de algun valor á los espiritualistas, milita en pró de la tesis materialista que asigna por causa al pensamiento el movimiento. «Como hay posibilidad, dice, de percibir una union constante entre el pensamiento y el movimiento, es razonar con ligereza, concluir de la simple consideracion de las ideas que el movimiento no puede producir jamás el pensamiento, ó que una posicion diferente de partes no haga nacer una pasion ó una reflexion distintas. De hecho, no sólo es posible que tengamos esa experiencia, sino que es cierto que la tenemos, puesto que cada cual puede advertir que las distintas posiciones de su cuerpo modifican sus pensamientos y sus sentimientos... La comparacion de sus ideas nos prueba que el movimiento difiere del pensamiento; pero la experiencia nos los muestra constantemente unidos. Todos los caractéres que entran en la idea de causa y de efecto, están allí en análogas condiciones cuando se aplican á las operaciones de la materia. Tenemos, pues, el derecho de concluir, con certeza, de lo expuesto, que el movimiento puede ser y es realmente la causa de la percepcion.»

Esta conclusion, que segun los términos de Hume es ventajosa para los materialistas, contiene un error y una inconsecuencia que debemos hacer notar. La idea de la causa de un fenómeno encierra la de todas las condiciones más ó ménos complejas de ese fenómeno, ó lo que es lo mismo, como ya habíamos dicho, la de todos los antecedentes que son á la vez indispensables y suficientes para que ese fenómeno se produzca. Para que se tuviera el derecho de decir que el movimiento es la causa de la percepcion, sería necesario que el movimiento pudiese ser considerado como el antecedente único y suficiente de la percepcion. Pero nadie sostendrá en serio este

aserto. La verdad es que la percepción (sensación, sentimiento ó idea) no se produce jamás sino después de un grupo de antecedentes, del cual no forma parte el movimiento y sí los fenómenos del orden perceptivo. Hume estaba obligado á contar esos fenómenos entre los elementos de la causa, ó á probar que no debiera incluirse en su número.

Pero esto no es todo. Un movimiento no es una cosa que existe en sí y para sí. Un movimiento no existe más que como cualidad de percepción. En el sistema de Hume, el movimiento se resuelve en impresiones visuales y táctiles asociadas de cierta manera. Según el criticismo, el movimiento depende de la intuición del espacio, esto es, de la sensibilidad considerada en su forma general. Desde cualquiera de estos dos puntos de vista que pueden clasificarse entre los del idealismo, no puede decirse que el movimiento sea causa de la percepción, causa del pensamiento, porque esto equivaldría á encerrarse en un círculo vicioso; sería tanto como decir, en suma, que la percepción es la causa de la percepción, y que el pensamiento es la causa del pensamiento.

Los espiritualistas presentan habitualmente la inmaterialidad del alma como una garantía de la inmortalidad; hallan en la idea de esta garantía un prejuicio que les favorece. Es cierto que para muchos la opinión metafísica de un principio inmaterial de la personalidad está indisolublemente asociado á la fe en la supervivencia. No conciben la inmortalidad si no se admite en el hombre algo indestructible, y para ser algo indestructible dicen es necesario que sea indivisible, sin extensión, simple, inmaterial. Hume no entiende que la inmortalidad sea como piensa el criticismo, un postulado de la ley moral. Ve en ella un dogma de las religiones positivas, y un principio de la religión natural á la que consagra en su *Tratado de la Naturaleza humana* un respeto que no se debe tomar en serio. El cuidado que pone en romper toda solidaridad de la opinión metafísica con la creencia religiosa, no está menos justificado lógicamente. Sostiene con razón que la inmaterialidad no es para la inmortalidad más que una condición ó un apoyo de todo punto ilusorios, atendiendo á que nada impide concebir que una sustancia cualquiera simple y sin dimensiones, ó

bien extensa y compuesta, «pueda llegar á ser inactiva ó reducida á la nada en un instante.» Acerca de este punto como respecto de otros muchos, Hume ha abierto camino al criticismo.

Los espiritualistas insisten en la necesidad de admitir una sustancia, simple y permanente, bajo las percepciones múltiples y variables para explicar el sentimiento de identidad personal. Pero Hume no tiene necesidad de esa hipótesis. Los principios de la asociación le bastan para dar cuenta de la creencia en la identidad del yo. Demuestra que en gran número de casos la semejanza, la contigüidad y la causalidad nos hacen reunir sobre un objeto que suponemos y llamamos idéntico, impresiones distintas. Una masa de materia de la que se separa ó á la que se añade algo, permanece idéntica después de ese cambio, á menos de que sea considerable. ¿Por qué? Porque la imaginación puede fácilmente y sin sacudimiento pasar de una impresión á otra y fundirlas en una sola idea. Si el cambio excede á cierto límite, la diferencia de las dos impresiones será demasiado grande para que puedan unirse y nos parecerá destruida la identidad del objeto. Podría el cambio llegar á ser considerable sin destruir la identidad, si se hacía gradualmente ó si modificaba solamente la cantidad de materia del objeto, no su forma, su manera de ser, ni el fin común de las partes que lo componen. Puede suceder que el cambio se extienda á la forma del objeto sin que dejemos de atribuir la identidad si las relaciones de dependencia recíproca que observamos entre sus partes se conservan invariablemente: «Una encina que llega desde pequeña planta á convertirse en gran árbol es siempre la misma encina, y sin embargo, ni una sola de sus partículas continúa siendo la misma, ni la materia conserva la figura que en un principio tuvo.»

Hume aplica esta teoría de la identidad á la persona humana. «La identidad que atribuimos á la inteligencia del hombre, dice, es ficticia y de una especie semejante á la que atribuimos á los cuerpos de los seres animales y vegetales.» En cuanto al sentimiento que cada uno tiene de su identidad personal, proviene de la memoria, que recordando y reuniendo nuestras percepciones pasadas, representando sin cesar sus relaciones de semejanza y de causalidad, permite á la imagina-

cion pasar fácilmente de unas á otras segun los principios de asociacion y unir las todas en la idea de una existencia exterior única y continua. Debemos hacer notar que en esta cuestion de la identidad personal como en la de la creencia, Hume no ha llegado á quedar plenamente satisfecho del resultado de sus investigaciones. Reconoce que su teoría presenta una grave dificultad. Consiste esa dificultad en que despues de haber *desligado*—así se expresa,—nuestras percepciones particulares, en que despues de haber hecho de ellas existencias distintas, retirándoles el *subtractum* á que se suponía fueran inherentes, no puede hallar principio alguno de conexion real que las encadene á la conciencia y que forme de ellas el todo, el haz en que nosotros sentimos tan vivamente, tan profundamente la unidad. «Hay, dice, dos principios á los que no puedo otorgar solidez y de los que no me es lícito prescindir; estos principios son: *todas nuestras percepciones distintas son existencias distintas; el espíritu no percibe jamás conexiones reales entre existencias distintas*. Si nuestras percepciones fueran inherentes á algo simple é individual, ó si el espíritu percibiese entre ellas alguna conexion real, el caso no presentaría dificultad alguna. En cuanto á mí he de reclamar el privilegio del escéptico y confieso esa dificultad insuperable para mi inteligencia.»

Esta declaracion que hace Hume y esta duda que expresa al fin de su obra son del más alto interes filosófico. Considerando el edificio que acaba de levantar advierte que no es bastante sólido; que la imaginacion con los principios de asociacion de que se sirve no establece entre las percepciones más que vínculos ficticios; que no puede hacerlos salir del aislamiento real á que no están condenados por el sistema, y que siendo una negacion de la conciencia misma el estado de aislamiento en que se hallan los hechos de conciencia, convendría hallar verdaderos vínculos, un principio real de unidad. Sus verdaderos vínculos, ese principio real de unidad no hay que pedirlo á la imaginacion. Pero ¿dónde buscarlo? No hay que esperar hallarlos en una doctrina que como el fenomenalismo sensualista pretende reducir los elementos del pensamiento á impresiones y á copias de impresiones. ¿Hay que vol-

ver al sustancialismo? El sustancialismo, como ha demostrado Hume, no da bajo el nombre de alma más que un producto de la imaginación, un símbolo de la unidad que se busca. ¿Hay que resignarse á la duda y reclamar aquí, como ha hecho Hume, el privilegio del escéptico? Hé ahí una cosa verdaderamente modesta. No es exacto que se haya llegado á este caso extremo; no es exacto que se pueda tener por legítima una duda que deja la puerta entreabierta al espiritualismo sustancialista. Hay un partido que tomar. La impotencia declarada y reconocida del fenomenalismo empírico ha cerrado definitivamente el debate, y nos lleva *via recta* al fenomenalismo racional, á una doctrina que no separa las percepciones de sus relaciones necesarias, de sus LEYES, que no concede más realidad á las percepciones que á sus relaciones y que muestra en sus relaciones una explicación bastante inteligible, la única inteligible y posible de la unidad del espíritu y de la identidad personal.

XI.

El lector que me ha seguido hasta este punto en el exámen del sistema filosófico de Hume debe ahora comprender los motivos que nos han impulsado á M. Renouvier y á mí á publicar una traducción del *Tratado de la Naturaleza humana*. Hume es, sin duda de ningun género, el primer padre del criticismo; no sólo porque tuvo el mérito harto conocido y frecuentemente recordado de *despertar* á Kant de su sueño *dogmático*, sino, sobre todo, porque su crítica del entendimiento, que ha precedido y preparado la de Kant es en ciertos puntos fundamentales más exacta, más profunda y más completa que la de Kant mismo. El criticismo contemporáneo fundado por M. Renouvier se refiere á Hume tanto como á Kant. Concilia á ámbos completando y corrigiendo á uno con otro, introduciendo explícitamente bajo su verdadero nombre y con todo su alcance las categorías ó leyes mentales en la psicología demasiado estrecha de Hume, y separando de la filosofía de Kant el mal germen de

la metafísica sustancialista de que él no ha sabido desembarazarla y que debía después adquirir el desarrollo que se conoce. A Hume le falta la idea de la LEY y á Kant le sobra la idea de la SUSTANCIA conservada bajo el nombre de *noumeno*. La falta de la idea de ley es una causa de debilidad y de esterilidad para el sistema de Hume. La conservación de la idea de sustancia es un principio de contradicción y de ruina para el sistema de Kant. Era necesario unir al fenomenalismo de Hume el apriorismo de Kant: esta ha sido la obra realizada á principios de la segunda mitad del siglo XIX por M. Renouvier. Era necesario comprender que la verdadera sustancia, el verdadero *noumeno* es la ley, y que no hay otro inteligible; que, además, basta verificar aquella unión para hacer al fenomenalismo compatible con las creencias morales y con los postulados de la moral. M. Renouvier es el primer pensador que lo ha comprendido.

Hay entre la ciencia y la filosofía una diferencia que ha sido señalada frecuentemente. La historia de la ciencia presenta un desenvolvimiento, un progreso continuos merced á los descubrimientos y adelantos sucesivos que condenan los antiguos errores y establecen verdades nuevas. *Multi pertransibunt*, dice el proverbio, *et augebitur scientia*. Se cita ordinariamente como un maravilloso y magnífico ejemplo de ese progreso continuo los descubrimientos sucesivos que han llevado á la gran generalización newtoniana, al conocimiento del verdadero sistema del mundo. Por el contrario la historia de la filosofía, se dice también, no ofrece más que una serie de sistemas que se levantan y caen para dejar á otros el puesto, que apenas sobreviven algunos años á sus autores y por su carácter personal semejan producciones artísticas. Creo que esta manera de ver sobre la oposición de la ciencia y de la filosofía sugerida por las apariencias, no es sino medio exacta. No sería difícil demostrar bajo la movilidad de los sistemas una cadena de adelantos reales que subsisten y que constituyen el dominio del pensamiento filosófico, comun, impersonal y progresivamente engrandecido como el de cualquiera otra ciencia.

Esta cadena de descubrimientos y progresos parecerá todavía

más notable si, sin remontarnos á épocas muy distantes, pasamos, mediante una lectura reflexiva de las obras de Locke á las de Berkeley, de las de Berkeley á las de Hume, de las de Hume á las de Kant, de las de Kant á las de M. Renouvier. Crítica de la idea de materia: descubrimiento de Berkeley. Eliminación de la transitividad causal y crítica del sustancialismo materialista y espiritualista: descubrimiento de Hume. Establecimiento de la verdadera teoría del espacio y distinción de las tres especies de juicios, analíticos, sintéticos *à posteriori* y sintéticos *à priori*: descubrimientos de Kant. Crítica del infinitismo llevada á todas sus consecuencias: descubrimiento de M. Renouvier. Este último, que es capital, viene á completar, reunir y confirmar los precedentes, sacando á la razón del *in pace* en que se decía sepultada por los conflictos de sus propias leyes, y elevando el fenomenalismo racional al más alto grado de certidumbre, de generalidad y de rigor lógicos.

De Locke á M. Renouvier, pasando por Berkeley, Hume y Kant, la filosofía aumenta (*augetur*) constante y regularmente como las demás ciencias. Es exacto que para reconocer la realidad de este progreso, donde puede verse el signo de una fundación ó de una evolución científica, es necesario empezar por seguir la línea de estudios que acabo de indicar, y tener cuidado de que la atención no se extravíe á derecha é izquierda ante las resurrecciones de los sistemas materialistas, espiritualistas y panteistas. Se ha repetido muchas veces que esas reacciones ó desviaciones, brillantes á veces, pero siempre pasajeras, pueden ocultar el camino del progreso y los adelantos realizados en él. Después de Copérnico hubo un Tico-Brahe. Después de Newton ha habido sabios que han sostenido el sistema de los torbellinos. Después de la crítica de Hume vino el percipcionismo de Reid, seguido del eclecticismo de Cousin. Después de la crítica de Kant vino el nuevo spinosismo de Schelling y de Hegel, seguido del nuevo budismo de Schopenhauer y de Hartmann. Y no hablo del viejo materialismo, filosofía primitiva é inferior que se ve renacer en cada siglo sobre las ruinas de los demás sistemas y que recaba en nuestra época una fuerza y una juventud aparentes del movimiento y los progresos de las ciencias naturales. Pero está próximo, llega el fin de

esos *revivals* metafísicos. Pronto no habrá, acaso ya no se realiza hoy ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en Francia, investigación alguna filosófica seria fuera de estas dos direcciones: la de Hume y la de Kant; direcciones cuya convergencia natural y necesaria comprenderán mejor cada día, me atrevo á profetizarlo, los espíritus ilustrados.

F. PILLON.





EL ATENEO DE MADRID

V.

DERO en la historia del Ateneo hay algo más que estimar que las meras mudanzas externas de que he hablado. No cabe prescindir de su vida íntima, de su carácter moral. Y en este punto puede decirse que la historia del Instituto de la calle de la Montera abraza, además del período de iniciación, seis épocas bien definidas y caracterizadas, con sus momentos intermedios de preparación, desvanecimientos y transiciones.

No es preciso apurar mucho el discurso para dar con la filiación del espíritu que presidió al planteamiento del Ateneo en 1835. Era el mismo que creó el Ateneo de 1820; la diferencia de los dos círculos consiste en la extensión y alcance del movimiento liberal y regenerador en ambas épocas.

En 1820 el Ateneo fué una sociedad *patriótica* al par que *literaria*: bajo el primer concepto, en la corriente de todas las sociedades políticas de su tiempo; en el segundo, de un carácter más distinguido y reservado. Por eso los ateneístas de entonces (lo dicen los Estatutos de aquella época) se ufanaban de ser «hombres ansiosos de saber y amantes de su libertad política y civil» y se atribuían el derecho de solicitar «con repre-

sentaciones legales la atención de las Cortes y del rey.» En 1835 la naturaleza, robustez, complejidad y tendencias del movimiento regenerador no consentían al Ateneo un carácter eminentemente político al punto de igualarle, en cierto modo, con asociaciones más ó menos populares, y de autorizar su intervención de una manera más ó menos directa en la marcha de la política palpitante. El movimiento de este segundo período parece y es más rico, más amplio, más complejo. No era la hora de la simple agresión, del mero asalto, de la batalla pura y sencilla, en nombre y por causa de un interés supremo, aparentemente único, en el cual se condensaban cien diversas aspiraciones para hacer más terrible y decisivo el ataque. Era la oportunidad de reñir sí, pero con el sol de espaldas, y para edificar, para construir algo que respondiera á las múltiples exigencias de la vida nueva, cuyo contenido se esparce y llena esferas distintas, pero todas armonizadas bajo la unidad del carácter social y del destino humano.

Por esto el movimiento de 1834, no es sólo un movimiento político en el riguroso sentido de la palabra, como la agitación del segundo período constitucional. Por esto aquel período entraña un verdadero renacimiento político, científico y literario, cuyo triple sentido se confunde frecuentemente, pero sin desaparecer jamás, en una misma acción, en una obra misma. Pues bien, el nuevo Ateneo es una de estas obras. Su empeño se extiende á aquel vasto fin, y por su misma complejidad no es ni puede ser una institución eminentemente política como en 1820. Mas no hay que olvidar el espíritu que anima á ese renacimiento de que son chispazos el Ateneo, la Prensa, el Liceo, el Teatro, etc. etc. Lo que aparece sobre la tumba de Fernando VII no es el caprichoso genio de las formas vanas, de los versos huecos, de los entretenimientos académicos y las distracciones sábias. Quien hace su entrada bajo las formas de *Cárlos el Hechizado*, *El Diablo mundo* y los discursos de Lopez, no es ese *desinterés artístico* que lleva frecuentemente á poetas, músicos y pintores á buscar el rayo que mejor temple y conforta; que á un mismo vate inspira la oda á la libertad y el canto á la dictadura, y de una misma pluma arranca el himno á la revolución y la marcha triunfal de la reacción. No. Los hombres

de 1834 tenían un solo espíritu y un solo objetivo. Afirmar la vida moderna, la vida libre y expansiva, la obra definitiva de aquel gran movimiento que arranca del Renacimiento y la Reforma é informa la Revolución inglesa de 1688 y la paz de Westfalia, la emancipación de los Estados-Unidos y la Revolución francesa, las guerras nacionales de 1808 y la resurrección de Grecia, de Bélgica y de Italia: que consagra los fueros de la vida civil y la soberanía de la opinión pública sobre las ruinas del pneumatismo teocrático, de la intolerancia religiosa y del absolutismo monárquico. Por todas partes á esto se iba: todos los esfuerzos á esta idea respondían: esta era la única causa porque la generación de aquellos ya lejanos días, peleaba sin tregua ni vacilaciones en los campos de batalla y en la plaza pública, en la escena del Príncipe y en el palacio de doña María de Molina, en los salones de Vista Hermosa, y en la imprenta de la *Revista Española*, en las columnas de la *Gaceta* y en las salas y las cátedras del Ateneo de Madrid. Naturalmente en esta empresa había de predominar el carácter político. Lo imponía la ley general histórica de la Edad moderna, por la que se explica racionalmente la importancia que la vida política tiene en la existencia social de nuestro siglo XIX, á despecho de esos ignorantes ó esos ciegos que tanto abusan de la longanimidad pública, señalando la *política* como una de las enfermedades de la época. Si el toque distintivo de esta Edad es la secularización de la vida y la emancipación de los grandes intereses humanos frente al interés exclusivo de la teocracia; y si esta empresa se viene realizando desde el siglo XVI por el Estado, que unas veces rechaza las agresiones de Roma y otras protege y levanta á aquellos intereses que bajo su tutela viven hasta el momento de que el esfuerzo del protector les haya asegurado espacio y sol, ¡cómo no ver que la existencia, la marcha, los movimientos, las aspiraciones del Estado han de ser para todos un motivo de justísima preocupación! Pues bien; en este sentido el interés político predominaba en el empeño de 1834; y respondiendo á tal empeño la creación del *Ateneo científico, artístico y literario* de 1835, claro se está que á él había de trascender, en cierta medida y de cierto modo, aquel espíritu político.

Así que desde el primer momento aparece. Lo revela el discurso inaugural del duque de Rivas. «Instalado queda ya, decía, el Ateneo, que con la ilustracion y patriótico celo de los señores que lo establecen, y con las luces de los nuevos individuos que espera admitir continuamente en su seno, dedicará sus constantes tareas á difundir las luces por todas las clases de la sociedad y á vulgarizar los conocimientos útiles para que así *se afiancen sobre las verdaderas bases los principios políticos que hacen la felicidad de los pueblos y la preponderancia de las naciones.*» La naturaleza de las enseñanzas, que desde el primer día se proyectan, y que se establecen en 1836, acusa ese mismo interes político: las de Política constitucional por Alcalá Galiano, de Derecho político por Donoso Cortés, de Historia por Fabre, de Administracion por Bordiu, de Economía por Valle, de Hacienda por Ponzoa, amén de la de Literatura, que desempeñó el ilustre Lista. Los temas discutidos en las Secciones (de los cuales, como he dicho, sólo la de Ciencias políticas y la de Literatura sostuvieron debates y aquella mucho más que ésta) confirman la misma preferencia, como lo demuestran las actas de 1837, donde constan las discusiones sobre la filosofía de la Historia, y más principalmente sobre la reforma del diezmo y la extincion de la Deuda pública de España, materias á la sazón examinadas y debatidas en el palacio de las Córtes (1). Y, en fin, si quedara la menor duda sobre el carácter y tendencias del nuevo instituto, bastaría, primero leer los nombres de sus principales promotores el infatigable D. Juan Miguel de los Rios (el fundador del *Amigo del Pueblo*), Olózaga, Caballero, Alcalá Galiano, Alvarez Guerra, Istúriz, conde de Vigo, duque de Rivas, etc., conocidos todos por su espíritu enérgicamente liberal y reformista; despues, advertir el hecho del establecimiento del Liceo, un año más tarde que el Ateneo, con carácter exclusivamente literario y artístico, y cuyos salones desde el primer día se vieron favorecidos, con evidente preferencia, por poetas y artistas; y últimamente, recordar

(1) No he podido hacerme con las actas de 1836. No existen en el archivo del Ateneo.

que el Ateneo salió de aquella famosa *Sociedad Económica*, cuyo origen arranca del período de los Reyes Filósofos, y cuyas tradiciones están identificadas con la de la revolución política y social de la España moderna.

Político fué, pues, el Ateneo desde el primer día; *político* en el amplio sentido de la palabra, digan lo que dijeren sus Estatutos. Y político ha continuado siendo de entónces acá, realizando mediante sus cátedras y sus secciones una obra de propaganda, que en energía, perseverancia y éxito, más que iguala, vence á la que en España han acometido y llevado á efecto aquellos institutos, clubs y asociaciones de vario género, tenidos por órganos de tal ó cual sentido reformista y aún de éste ó aquel partido militante.

Ahora respecto al carácter externo de esa propaganda hay que distinguir tiempos. A la postre había de servir á la tendencia más progresiva y liberal, ya porque á ella debía su origen la institucion y el nacimiento y la primera educacion siempre imprimen carácter, ya porque la instruccion pública, la difusion de las luces es la mayor fuerza que en su provecho puede utilizar la causa de la libertad y de la democracia, por más que otra cosa piensen y hagan esos gobiernos liberales de España que se han enajenado las simpatías de los maestros de escuela condenados al hambre y á la impotencia frente á la inmensa red que la Iglesia tiene tendida sobre toda la nacion. Pero, en fin, temporalmente el Ateneo sirvió á escuelas y sentidos diversos, aunque todos sobre la base de la negacion absoluta del viejo régimen.

Los primeros años, esto es, desde el 35 al 39, lo que palpita enérgicamente en los salones de la calle del Prado y de la Plaza del Angel es el espíritu más liberal y avanzado. Lo demuestran el sentido de los debates de las secciones, la naturaleza de sus temas (el diezmo, el espíritu de asociacion, las cárceles, las leyes de cerramientos, etc., etc.); los nombres de las personas que dirigían las discusiones (Olózaga, Quinto, Vila, Valle, Gironella, etc.), el carácter y tendencia de las cátedras, establecidas y desempeñadas por personas en su mayor parte significadas por la acentuacion de sus opiniones liberales. Con el año 39 comienza un nuevo período en el cual

toman ventaja las tendencias conservadoras, que desde 1841 hasta el año 50 puede decirse que son las dominantes, mejor las omnipotentes en el Ateneo de Madrid. La presidencia del establecimiento que por sus grandes méritos literarios obtuvo Martínez de la Rosa en 1838 (después del duque de Rivas y de Olózaga), queda vinculada en la escuela conservadora, y pasa de Martínez de la Rosa á Alcalá Galiano, y de éste á Pacheco, y de Pacheco á Pidal, y de Pidal otra vez á Martínez de la Rosa, que muere en 1862 ejerciendo aquel alto cargo. Las secciones—la de Ciencias morales y políticas, que ha sido siempre la más activa, fecunda y atractiva é importante,—en vez de tener á su frente como en los primeros años á personas de color político subido, tiene desde 1840 á 1850, en que decaen hasta el punto de no reunirse (1), á Alcalá Galiano (recien convertido al moderantismo), á Pidal, á Pacheco, á Gallardo, al marqués de Valdegamas, y con ellos como vicepresidentes ó como secretarios á Bermudez de Castro, García Tassara, Barzanallana, Alvarez (D. Fernando), Escario, Bahamonde y otras personas de filiacion política no ménos conocida. Los mismos temas de las secciones respiran otro espíritu, al par que son más levantados y generales (2). Y

(1) En todo este período y miéntras actuaron las secciones, los dos principales contendientes fueron Alcalá Galiano y Martínez de la Rosa.

(2) Hélos aquí:

Seccion de Ciencias morales y políticas.

1840.—Exámen de la civilizacion de España durante la dominacion de los Reyes Católicos y de los príncipes de la dinastía austriaca.

1841.—Comparacion de la civilizacion antigua con la moderna, pesando las ventajas é inconvenientes de ambas, manifestando en qué adelantaron y en qué retardaron el progreso de la humanidad.

—Influencia que el descubrimiento y conquista de América y el paso del Cabo de Buena-Esperanza han ejercido en los adelantos morales y políticos de las naciones europeas.

—Influencia de las Cruzadas en el desarrollo material, moral y político de la Europa.

—Influencia que ha tenido en los adelantos de las naciones europeas la emancipacion de la América del Norte.

—Exámen de la influencia que ha ejercido el establecimiento de la Inquisicion en la sociedad española.

1842.—¿Qué lugar ocupa la Economía política entre los conocimientos morales y políticos del siglo XIX? ¿Es una verdadera ciencia? ¿Cuál es su autoridad en los momentos actuales? ¿Cuál será su porvenir?

las enseñanzas y los antecedentes de las personas de ellas encargadas responden con singular energía al nuevo sentido que

—La aplicación de la libre concurrencia á la industria tal como hoy existe, ¿es útil ó nociva? La libertad de comercio ¿es provechosa ó perjudicial para España?

—Exámen del socialismo y del individualismo. Inconvenientes de estos dos principios considerados cada uno de por sí y aisladamente. Ventajas que podrían resultar de combinarlos y acordarlos de una manera prudente y racional.

1843.—(Poca animacion.) ¿Cuál sería la dotacion más conveniente para el sostenimiento del culto y clero español combinando los intereses de la religion con los del Estado?

—¿Es la aristocracia un elemento necesario para la conservacion y estabilidad de los gobiernos libres? En el estado actual de las naciones europeas ¿sería posible y conveniente restaurar la aristocracia donde hubiese decaido ó establecer otra de nuevo?

1844.—El mismo tema anterior.—Los debates fueron escasos y desanimados.

1845.—No hubo debates en la seccion de Ciencias morales y políticas.

1846.—¿Qué ventajas é inconvenientes ofrece el método ecléctico?

—¿Hay distincion entre la moral pública y la privada? Habiéndola, ¿en qué consiste?

1847.—¿El Jurado es útil como institucion judicial?

—¿Cuáles son los vicios más notables de nuestro procedimiento en materia criminal y qué medios pudieran adoptarse para corregirlos?

—La esclavitud considerada históricamente y en sus efectos morales y políticos.

1848.—De las asociaciones en general y en particular de las políticas.

1849.—¿Hasta qué punto conviene á España la aplicación del sistema de la libertad comercial?

1850.—No hubo debates.

Los temas de la seccion de Literatura fueron los siguientes:

1840.—

1841.—Hasta qué punto pueden y deben los escritores españoles modernos imitar el lenguaje y estilo de nuestros autores antiguos, teniendo en cuenta los progresos de la civilizacion.

—Influencia del *Quijote* en el desarrollo moral é intelectual de la nacion española.

—Exámen de los diversos géneros de novela que se han conocido, de las varias formas que ha tomado, y cómo deberá escribirse para que su lectura sea agradable y provechosa.

1842.—Determinacion y exámen de los verdaderos caracteres de la poesía española.

—Influencia de los ingenios andaluces en nuestra patria.

—En el estado actual de nuestra literatura y atendiendo á las circunstancias morales y políticas de España, ¿puede haber un teatro nacional?

—Exámen del influjo que ha ejercido la literatura clásica en la literatura europea de los tiempos modernos.

domina al Ateneo. Es un cuadro completo, en el que sólo desentonan D. Pedro Mata explicando *Medicina legal* en 1845,

1843.—No hubo debate formal.

1844.—No hubo.

1845.—No hubo.

1846.—¿Hay una reaccion verdadera en el movimiento literario que tomó el nombre de romanticismo? Si la hay, ¿es completa á punto de reponer las cosas en su pié antiguo?

1847.—¿Cuál es el carácter de la literatura contemporánea?

—Juicio crítico de las obras de Eugenio Sué.

—Exámen crítico de las obras de Chateaubriand.

—¿Cómo se manifiesta la poesía en las religiones antiguas y en el cristianismo?

1848.—¿Hay un género de literatura que puede llamarse propia y exclusivamente místico? Y si le hay, ¿cuáles son las propiedades que le distinguen de los otros géneros?

—¿Cuáles son las condiciones sociales que caracterizan las épocas propiamente llamadas poéticas?

—¿Son preferibles en el estado actual de la literatura y de las artes los tipos de la Edad Media ó los del gusto clásico y griego?

—De las ventajas y desventajas del asonante en la poesía moderna.

—¿Qué recursos suministran á la poesía los recientes progresos de las ciencias naturales?

—De la tragedia clásica en nuestro siglo, y principalmente en nuestro país.

—¿Se debe á los árabes españoles la restauracion de las ciencias en Europa?

1849.—¿La religion de la antigua Grecia y de Roma se presta más que la cristiana á las inspiraciones de la musa dramática?

—De qué modo y hasta qué punto influyen los actos domésticos en la literatura y especialmente en la poesía de las naciones.

—De la propiedad literaria.

Los presidentes de esta seccion fueron desde 1840 los Sres. Martinez de la Rosa, Galiano, Gil y Zárate, Mora (D. José J.), Pacheco, acompañados de los Sres. Bermudez de Castro, Morales, Santisteban, Hartzenbusch, Campoamor, Goñi Gregorio, Cañete, Gomez Agüero, Canga-Argüelles y otros.

Las secciones de Ciencias naturales y Ciencias físicas, reunidas desde 1842 en una, que se apellidó á partir de 1848 «Seccion de ciencias matemáticas, físicas y naturales,» y que presidieron los Sres. Seoane, Vallejo, Posada Herrera y Cavanilles, discutieron, entre otros, los temas siguientes

1841.—¿Hasta qué punto se pueden conocer las tendencias morales de los individuos por los signos exteriores?

—¿La agricultura es ciencia ó arte?

—Medios de calentar las habitaciones.

1842.—Estado de la mineralogía y de la geología en España. Necesidad de que el Gobierno adopte medidas eficaces para facilitar su estudio. Causas que impiden sus progresos entre nosotros.

1843.—(Poca animacion.) Utilidad y aplicaciones de las máquinas de vapor.

Corradi discurrendo sobre la *Elocuencia forense y parlamentaria* desde 1841 á 1842, Fabre hablando de *Geografía* desde 1836 á 1850, Camús discurrendo sobre Matemáticas, Mieg sobre zoología y Lozano sobre griego. El fondo (desde 1841 á 1850) está constituido por Benavides, que explica *Historia universal*; Alcalá Galiano, *Derecho político constitucional é Historia literaria del siglo XVIII*; García Luna, *Eclecticismo y Gramática general*; Gonzalo Moron, *Historia de la civilización en España*; Revilla, *Literatura española*; Obrador, *Medicina legal y toxicología*; Pidal, *Historia del gobierno y legislación de España*; Lopez Santaella, *Geología*; Sos, *Administración*; Salvá, *Fisiología*; Pacheco, *Legislación, Derecho político y Derecho penal*; Manresa, *Historia comparada*; Ruiz Lopez, *Derecho internacional*; Madrazo (D. Pedro), *Historia de las Bellas Artes*; Escosura (D. Patricio), *Principios de Literatura*; Valle (ya templado), *Economía política*; Goñi,

—Importancia y valor absoluto y comparativo de los sistemas psicológicos y necesidad de fijar el lenguaje técnico de las ciencias naturales.

1844.—Estado de las ciencias naturales en España.

—Influencia del clima en la vegetación.

—Ventajas é inconvenientes de las clasificaciones en las ciencias naturales.

—Beneficio que resultaría á España del cultivo del sésamo, alegría y ajonjolí.

—Prensas hidráulicas.

—Los caminos de hierro.

1845.—La mecánica.—(Experiencias.)

1846.—El sésamo y la agricultura.

—Las máquinas hidráulicas.

—Bases de un sistema general de pesas y medidas.

1847.—

1848.—¿Cuál es el verdadero carácter de los dos métodos, analítico y sintético; qué aplicación tienen en las ciencias matemáticas y si el primero es sólo propio de ellas?

1849.—

1850.—

Los individuos de estas secciones eran pocos, y la especialidad de sus trabajos nunca consiguió despertar un vivo interés en la generalidad de los ateneístas.

Las actas de las secciones, redactadas con exquisito pormenor, frecuentemente veían la luz pública en la *Gaceta*, el *Semanario Pintoresco* y en varios diarios políticos de aquella época. Su colección debiera existir en el Archivo del Ateneo; pero allí no está.

Derecho internacional y El Socialismo; Jimenez Cuenca, *Derecho público eclesiástico*; Barzanallana, *Economía industrial*; Posada Herrera, *Administración*; Cárdenas, *Historia del Derecho penal de España*; García de Quevedo, *Lengua y Literatura italiana*; D. Andrés Borrego, *Economía política superior*; D. José Joaquin de Mora, *Filosofía de la Historia*; Seijas, *Filosofía del Derecho*; Cañete, *Literatura dramática*; Pastor Diaz, *Relaciones de la organización social con la forma de los poderes públicos*; Cos-Gayon, *Historia del Derecho político y de la Hacienda de España*; Capalleja, *Hacienda*, etc., etc.: Lo importante, pues, lo acentuado, lo verdaderamente político y sustancial de la enseñanza estaba en manos de los conservadores, y con tal celo llevaban adelante su empeño, que las actas del Ateneo acusan una reñida batalla que los elementos más avanzados dieron á la Junta directiva con motivo de la provision de cátedras. Era en 1840. La Junta alegando, como motivo, el deseo de evitar cuestiones políticas y compromisos al establecimiento (de cuyo particular sentido ya habían hablado los periódicos), suprimió la cátedra de *Derecho político constitucional* que desde el primer día de la fundacion del Ateneo había aparecido en el cuadro de sus enseñanzas regida por Alcalá Galiano, ahora huido de Madrid, y en verdad poco capacitado para desempeñarla, el cual á los dos años tornó á aparecer explicándola, hasta que en 1844 le sustituyó D. Joaquin F. Pacheco. Pretendíala entonces en ausencia del titular, D. Fernando Corradi, de opiniones avanzadas, y que había explicado ya en la casa *Literatura extranjera*; pero la Junta le oponía la supresion de la cátedra al mismo tiempo que creaba otra con el título de *Historia del gobierno y de la Legislacion de España*, que corrió á cargo de D. Pedro José Pidal desde 1841 á 1843 inclusive. La contradiccion era palmaria, y vino en seguida una protesta suscrita por más de sesenta socios, pidiendo que se restableciera la cátedra suprimida, para que esta supresion no resultara «en menoscabo de la imparcialidad que debía distinguir siempre al Ateneo.» La proposicion iniciada por D. Juan Miguel de los Rios y sostenida por D. Luis Gonzalez Brabo (entonces ardentísimo liberal), fué desechada, siendo este suceso y la

censura formulada despues en 1852 contra D. Nicolás M. Rivero, los dos únicos actos de parcialidad é intolerancia que registra en su larga historia el Ateneo, por su origen y por su mision, y hasta por el texto mismo de sus Estatutos, abierto á todos los sentidos y todas las opiniones.

Correspondía esta conducta de la Junta directiva á otros hechos no ménos significativos. En medio de los sucesos de Setiembre de 1840, que produjeron la emigracion de la reina Cristina y la regencia de Espartero, los salones del Ateneo se convirtieron en una especie de club (hasta donde esto era posible dados los antecedentes del Instituto), de ardientes enemigos del nuevo órden de cosas, llegando al punto de provocar las censuras de la prensa (1), y la accion de la autoridad, que por medio del gobernador ó jefe civil de Madrid advirtió á la Junta sobre la necesidad de poner coto á los debates y alborotos que allí se daban, fuera del carácter del Ateneo y un tanto atentatorios al órden público; siendo esto la causa de que por breves dias se cerrasen las salas de conversacion, por iniciativa de la Junta y á despecho de una buena parte de los ateneistas.

(1) *El Eco del Comercio* decía el 24 de Setiembre de 1842:

«Tenemos entendido que está ocurriendo actualmente en el Ateneo de esta corte un acontecimiento que prueba la necia vanidad de ciertos hombres que no dudan comprometer las cosas más sagradas cuando es necesario para mantener sus intereses ó sus oropeles.

No contentos algunos individuos de la Junta de gobierno del mismo con haber dado carácter político á una corporacion que sólo debía tenerle literario, han osado resistirse á las reclamaciones de muchos socios para que se celebrase una junta general con el objeto de contener ciertas imprudencias de los dolientes de un *partido desgraciado*, las cuales amenazan comprometer la existencia del establecimiento y han provocado ya medidas por parte de la autoridad.

Esperamos, sin embargo, que los amantes de la civilizacion que desean no se convierta en patrimonio exclusivo de una pandilla esta corporacion que dió al nacer tan bellas esperanzas, procurarán con energía vencer la repugnancia natural en los que profesan principios jesuíticos, á abandonar lo que puede darles olor de sabiduría y adoptar otra medida que reclamen las circunstancias.» (Remitido.)

Véase otro largo remitido sobre la clausura del salon de conversaciones con motivo de la queja del jefe político de que «allí se reunían personas en número algo crecido para desencadenarse contra el estado actual de las cosas políticas.» 27 Setiembre de 1842. Inserto en *El Eco* del 30.

Sobre estos datos la opinion pública pudo, sin injusticia, calificar de conservador, ó como entónces se decía, de *jovellanista*, al círculo radical y expansivo fundado en 1835; y en prueba de que aún los mismos socios lo estimaron así, basta recorrer las listas de los asistentes á las sesiones del Ateneo, despues de 1840, en las cuales difícilmente aparece el nombre de una persona más ó ménos caracterizada en las filas de los partidos avanzados, figurando por el contrario, los de la mayor parte del moderantismo. Sólo así eran posibles frases como las dedicadas por el secretario D. Fernando Alvarez, en su memoria de 1842 y 1843 á los ateneistas ausentes, por razon de sus compromisos respecto de los sucesos de 1840, y las consagradas en 1840 por el secretario Mateos al regreso de Doña María Cristina.

La cosa no debe sorprender, y despues de todo, es preciso convenir en que los conservadores desde el Ateneo hicieron un gran beneficio á España, realizando brillantemente su empeño de difusion de ideas y sentimientos.

Por motivos sobrado numerosos y complicados para discutidos aquí, es lo cierto que la escuela conservadora llegó á reunir bajo sus banderas, cuando no todo cuanto en España era inteligencia y distincion, sí la mayor parte, la inmensa mayoría de los hombres de pensamiento, de estudio y de aspiraciones. Fuerte por su propio mérito, y favorecida por las corrientes dominantes en toda Europa, y principalmente en la vecina Francia, aquella escuela ocupó y ejerció el poder, bien pudiera decirse que con perfecto derecho. No diré yo lo mismo atendiendo al fondo de sus doctrinas y á su manera de gobernar—se entiende siempre con referencia á la época anterior á 1852, en cuya última fecha la escuela conservadora decae visiblemente, admitiendo en su seno á los neo-católicos y á los carlistas *convenidos*, para ofrecer el escándalo de 1854 y las vergüenzas del 65 y el 68.

El eclecticismo, que era su doctrina filosófica, y el doctrinarismo, que era su credo político-social, no podían dar de sí nada sólido y fecundo, por más que sedujesen las brillantes formas con que sus apóstoles y doctores las presentaran. Y no aventuro nada respecto de los recursos políticos y los procedi-

mientos de gobierno que harán inolvidable el proceso de Olózaga, la reforma del 45 y la segunda administración del general Narvaez.

Pero al fin la propaganda conservadora de aquella época tenía de su parte la elocuencia, la distinción, cierta aparente mesura y su mismo contraste con la realizada en aquella misma hora por el incansable y heroico partido progresista. Confieso que tengo debilidad por ese gran partido, al cual, sin embargo, nunca he pertenecido; y más de una vez me han inspirado compasión los chistes y las groserías de que se le han hecho objeto con una torpeza, una ignorancia y una pequeñez de sentimientos en pocas ocasiones comprendida. ¡Ahí es nada sacrificar vida y hacienda, la tranquilidad, el porvenir, la suerte propia, el bienestar de una familia, y sacrificarlo todo bajo una severa disciplina, con entusiasmo por una idea, por un sentimiento... siendo tan cómodo y tan fácil entrar en el gremio de los felices en una época de tentaciones y ofrecimientos sin medida!

Pero esto no quita para que yo deplore como el que más la forma dada al empeño progresista desde 1836, y más desde el funesto y nunca bastante elocuente 43. ¡Reducir el esfuerzo á la conspiración incesante! ¡Contraer el empeño á la insurrección parcial y permanente como medio de agitar la opinión ó de conquistar el poder! ¡Ah! Yo comprendo la revolución. No la discuto: digo que la comprendo, pero *una*, y robusta, y rápida, y decisiva. Sólo así puede excusarla en ciertos casos una sociedad regularmente constituida; en casos de corrupción sistemática, de ilegitimidad visible, de conculcación persistente de las leyes, de afrentas, de tiranía. Un pueblo culto, rico, con esperanzas, con porvenir, no puede resignarse á un motín por semana ó un estremecimiento por trimestre. Para agitar la opinión pública están otros medios, tanto más eficaces, cuanto al parecer más difíciles. De otro modo, además, los partidos se desangran en interminable Calvario y se acostumbran al régimen de la conspiración y el alboroto. Y los que hoy conspiran gobiernan mañana.

Cuéntese que no juzgo ahora la conducta del moderantismo respecto el progresismo: me fijo en la de éste para explicarme

cómo sus hombres desaparecieron del Ateneo y de todos los círculos científicos; cómo abandonaron á la escuela conservadora la propaganda pacífica y cómo adquirieron una injustificada y poco envidiable reputación: la de no ser hombres de pensamiento y de estudios. ¡Ellos, que descendían de los grandes doceañistas, y de cuyo círculo habían salido, como apóstatas y resellados, gran parte de las celebradas eminencias del moderantismo!—Los conservadores, pues, fueron dueños del Ateneo, como lo fueron del teatro, de la prensa y del Parlamento; y desde allí no sólo difundieron sus doctrinas, si que por su crítica trajeron á la conciencia pública las que comenzaban á desenvolverse en el extranjero; y mediante sus esfuerzos, siempre revestidos de seductoras formas, mantuvieron en la muchedumbre el culto de la palabra y de las ideas, el amor á la ciencia y á la propaganda, al par que entre cien errores y en fuerza de ser eclécticos, dejaban caer en la inteligencia del país cien verdades destinadas á hacer su camino, á informar leyes, á determinar rumbos á la opinion. ¿Necesitaré yo decir lo que las lecciones de Pacheco, de Pidal, de Posada Herrera, de Cárdenas han influido en el Código penal, en la Administración, en el régimen parlamentario de España? ¿Necesitaré recordar quiénes pusieron sobre el tapete entre nosotros el socialismo frances, las libertades británicas, la reforma comercial, el criticismo germánico y las tendencias democráticas, las tres revoluciones francesas?

Pero la escuela conservadora declina al mediar el siglo. Una nueva generación vino al mundo; y el Ateneo, cuyo decaimiento desde 1847 acusan casi todas las Memorias anuales de los secretarios, se ve invadido por nuevo espíritu y nuevas gentes. Las secciones no se reunían casi desde 1849. Los discursos inaugurales de los presidentes Galiano y Martínez de la Rosa reducíanse á un puñado de bellas frases, siempre aplaudidas, pero muy por bajo de los célebres discursos sobre el «Derecho constitucional» y el fundamento del «Estatuto.» El interés de las cátedras, más que Pacheco, Mora y Galiano únicos de monta que á partir del 49 quedaban en la brecha, lo sostenía con sus atrevimientos Mata, tenido por materia-

lista. Y el número de socios había bajado extraordinariamente. Era preciso algo que reanimase al decadente, y quién sabe si agonizante círculo. Y este algo se hizo paso entre la somnolencia y la rutina, que se habían apoderado del instituto de la calle de la Montera. Y aquí comienza el tercer período de la historia del Ateneo.

R. M. DE LABRA.





CUESTIONES SOCIALES.

LA MORAL INDEPENDIENTE.

I.

CUANDO en las Constituyentes de 1869 y 70 se discutieron en nuestra patria las cuestiones religiosas, fué notable la admiración con que se escuchaban y se leían aquellos discursos, en los cuales aparecían de improviso condensados todos los cargos, todas las injusticias y todos los agravios que la intolerancia de la Iglesia había acumulado sobre la conciencia humana durante siglos y siglos de dominación y de silencio absolutos. Y el asombro fué general, cuando en el proyecto para reformar la enseñanza se sostenía que ésta debía ser laica y que en las escuelas no se enseñaría en adelante ningún dogma ni ninguna religión determinada. La revolución de Setiembre, que había llevado á la Representación Nacional los más decididos campeones de la democracia moderna y al mismo tiempo los hijos predilectos de la ciencia y de la filosofía novísima, planteaba á menudo problemas y exponía teorías y doctrinas que eran para la generalidad de los españoles tan extrañas como que las oían, quizá por vez primera, y no acertaban á darse cuenta de tamañas novedades. Tantos siglos de intolerancia y tantos go-

biernos inspirados siempre en ella, habían hecho de nuestra pobre patria un pueblo aparte, incapaz por el momento de comprender lo que oía. Y tal fué la vacilacion de su ánimo y tal su desconfianza, que fácilmente pudieron los elementos contrarios destruir impresion tan pasajera, y despertando antiguas preocupaciones hacer pasar como peligrosas, ateas y destructoras de todo orden social, las más preciadas conquistas del espíritu moderno y las verdades más claras. Triunfaron definitivamente la tradicion y la costumbre; y los cambios y las reformas fueron por la rutina escarnecidos, y sin embargo, las reformas eran necesarias, y la justicia y la razon estaban de su parte. Queremos, decían los innovadores, que en las escuelas primeras se enseñe solamente la moral, aquella moral que á todos los hombres impone su propia conciencia, sin necesidad de ligarla á ninguna confesion religiosa, porque la moral es independiente de todo culto y de todo dogma religioso. Y los conservadores de siempre, los encargados de dar la voz de alarma, replicaban casi indignados: «¡Cómo, moral sin religion!... ¡Imposible!... ¿Quereis, pues, suprimir las ideas religiosas, toda comunicacion del mundo con Dios?...» Y siguiendo por este camino ponían espanto en los corazones más fuertes, prediciendo con santo enojo toda clase de calamidades y desgracias para el individuo, para la familia y para la sociedad, cuyos eternos fundamentos se destruían con impía audacia, etc., etc.

Hace ya tiempo que la humanidad, cerrando los ojos á tales amenazas hechas en nombre de un Dios constantemente enojado, marcha á la realizacion de su destino en la tierra sin cuidarse gran cosa de ellas; y si todavía llegan á producir algun efecto en ciertas almas, no es, en verdad, por virtud de sí mismas, sino por la ilusion que aún queda de otros tiempos. Las semillas que aquellas Córtes sembraron en nuestro pueblo no han sido infructuosas, á pesar de todos los esfuerzos empleados al efecto, y necesario es que la verdad se abra, al fin, paso, y sea constantemente defendida. Las religiones han venido siendo las únicas maestras de los hombres desde los tiempos más remotos; el código religioso fué el primer código que los pueblos conocieron y respetaron. Sería injusto negar á las

religiones la honra de que ellas fueron las primeras instituciones que tuvieron fuerza y poder bastante para guiar á los hombres y someterlos, domando sus pasiones y reprimiendo sus extravíos; pero precisamente por esto mismo las religiones lo fueron todo y se mezclaron en todo desde el principio de las sociedades: moral, justicia, gobierno; la vida entera del hombre, su nacimiento y su muerte, cayeron bajo su direccion y su dominio; ellas fueron el fundamento de las primeras civilizaciones; en su nombre hablaron los primeros legisladores, y ellas solas imperaron llevando á la humanidad por los caminos que su interes ó su justicia quisieron señalarle. El tiempo, sin embargo, había de modificar las condiciones de este poder religioso, tan soberano y tan absorbente, porque no habían de ser eternas las circunstancias que lo elevaron, circunstancias de pura necesidad en las primeras edades del mundo. Aunque de una manera lenta y trabajosa, el progreso se realizaba, como ley de nuestra naturaleza; y á medida que el caudal de los conocimientos humanos crecía y se iluminaban por ellos la razon y la conciencia del hombre, las sociedades fueron rechazando la dominacion sin límites del sacerdote, que no tenía en su apoyo otra razon que la costumbre, ni otra legitimidad que el hecho mismo en sus oscuros orígenes. Grandes revoluciones y luchas sangrientas fueron necesarias para arrancar á las religiones el uso de derechos y la inmunidad de privilegios que habían acumulado en sus manos, durante siglos, con aquella supremacía que ejercieron, sin contrapeso, en la infancia de los pueblos. Murieron en esta lucha unas religiones y nacieron otras nuevas, más en armonía con las necesidades sociales; pero la tendencia á la dominacion soberana es natural que la pretendan tener, sobre los hombres, instituciones que se creen fundadas por Dios mismo para el cumplimiento de su voluntad y guarda de sus leyes. Alimentada por estas pretensiones, la lucha existe siempre más ó menos manifiesta y se reproduce en cada época con cualquier motivo ó con cualquier pretexto. La que hoy presenciamos entre la religion más dominante (la católica) y la sociedad civil, no tiene otra causa que la resistencia que opone todavía el elemento religioso á ceder en favor de la independencia del

individuo y del Estado, el dominio que aún ejerce rigiendo las conciencias como maestra soberana de lo que es bueno ó malo, lícito ó ilícito, interponiendo de este modo su autoridad en asuntos que no le competen. Pero de la misma manera que el movimiento civilizador ha secularizado en las naciones modernas la justicia y el gobierno, debe secularizar también la enseñanza y la moral. Ya el Estado tomó á su cargo la enseñanza para librarla de la opresión religiosa; y las oscilaciones que aún experimenta la práctica de esta libertad son accidentes pasajeros, hijos de un interés del momento. La moral que aún permanece confundida con las creencias religiosas, no solo es y debe vivir independiente de toda religión, sino que las religiones la han dañado con frecuencia y han falseado sus preceptos en beneficio de sus especiales miras. La religión no es el fundamento de la moral; podría decirse que, por el contrario, la moral es el fundamento de la religión; porque no se concibe ni puede existir una religión sin moral, mientras que se concibe perfectamente y existe la moral sin religión. El hombre puede ser justo, probo, honrado, bueno, moral, en una palabra, sin necesidad de pertenecer á ninguna confesión religiosa. La experiencia prueba que esto es verdad, y lo es porque el fundamento de la moral es el respeto que debemos á la independencia y dignidad de nuestro prójimo, en quien hemos de ver siempre un ser igual á nosotros, y á quien debemos tratar en todas las ocasiones como á nosotros mismos. De las relaciones entre hombre y hombre que dan lugar á recíprocos deberes, nace la moral, y para conocerla nos basta nuestra razón libre y exenta de toda clase de imposición ó prejuicio. La razón que ha revelado y extendido por el mundo todas las verdades y todos los secretos, es la única luz que guía al hombre en medio de sus desfallecimientos y sus dudas, y lo conduce por el camino de su perfeccionamiento moral á nuevos horizontes de vida y esperanzas.

Si la moral dependiese de la religión, dejaría de ser una ley eterna é inmutable, y sería imposible conocerla fuera de los preceptos religiosos; pero no es así por fortuna. El hombre inspirado sólo por su razón y su conciencia, puede juzgar y juzga de lo que es bueno y lo que es malo, aún dentro de las religio-

nes mismas; y puede decir «esto es bueno,» aunque la religion lo rechace; y «esto es malo,» aunque la religion lo mande y lo cubra con su manto. Y precisamente es esta la causa por qué las religiones, á pesar del carácter de inmutables que les es tan propio, se ven obligadas á cambiar y á transformarse. La moral revelándose á la conciencia humana, independiente de sus preceptos, las fuerza á ello, y se les impone de tal manera, que ó la aceptan ó perecen. Las revoluciones religiosas serían un hecho inexplicable sin esta independencia de la moral; y siendo la moral, por otra parte, la ciencia que gobierna á los hombres, dirigiendo su voluntad hácia el bien, sólo en la razon y en la conciencia del hombre mismo puede encontrar raíces, porque sin éstas condiciones fueran vanos sus preceptos. Así hemos visto, por ejemplo, que el ideal de vida presentado al mundo por la religion cristiana en un principio, no pudo arraigarse y pereció pronto á pesar de la gran fe de los primeros cristianos y de la autoridad del maestro reconocido en el Hijo de Dios, y predicando en su nombre. La renuncia á los bienes de este mundo; la virginidad como un estado perfecto; la humildad hasta ceder los vestidos á quien quisiere quitárnoslos; vivir como si no tuviéramos cuerpo, etc., etc., todos esos preceptos ó consejos, sólo por ser contrarios á la razon y á la conciencia se olvidaron; y la sociedad, admirando un momento á los que se proponían seguirlos, se fué por otro camino buscando otro ideal de perfeccion más conforme á la naturaleza humana y á sus medios. La experiencia demostró bien pronto que la sociedad estaba en lo cierto, y la historia demuestra asimismo que siempre sucedió lo propio en circunstancias análogas.

Cuando en las primeras edades del mundo el hombre sufre todas las consecuencias de la oscuridad de inteligencia en que vive, la idea que se forma de la Divinidad es terrible, porque ve á Dios á través de sus sufrimientos, siempre con el brazo levantado, pronto á castigarle sin misericordia y sin piedad: los sacrificios humanos son el efecto inmediato de este falso concepto; la sangre de las víctimas corre con abundancia al pié de los altares. Pero así que empiezan á disiparse las primeras sombras que oscurecen su razon, empieza tambien el hombre

á conocer todo lo horrible del precepto religioso á que obedece, y en nombre de una moral más pura, quedan abolidos los sacrificios sangrientos, pereciendo las religiones que como la de los Druidas, resisten á este grito de la conciencia universal indignada. Creyendo también, más tarde, honrar á la Divinidad en Babilonia, las jóvenes estaban obligadas á prostituirse una vez en su vida, en honor de la Diosa Militta y en su mismo templo. Este culto carnal, inmoral como ninguno, la razón del hombre, siguiendo su ascension luminosa hácia el bien y la verdad, lo abolió igualmente. Y la razón, inflamando el heroico corazón de Zakia Muni, rechazó en la India la inmoral institucion de las castas que la religion consagraba y consagra todavía; y la razón ha llevado á la humanidad por los caminos de la justicia contra todo interés y toda violencia; deserró del mundo el reinado de la fuerza, y ha logrado, en fin, sustituir á la arbitrariedad despótica de otros tiempos, la noción divina del derecho y la augusta majestad de la ley.

Vemos, pues, que no son las religiones las que han inspirado al hombre las ideas morales que hoy atesora, sino que por el contrario, se desarrollaron y se establecieron en el mundo, casi siempre á despecho de ellas y contra ellas: la conciencia humana las fué encontrando á través de los siglos, por ese trabajo incesante y fecundo que hace que el mundo marche y el progreso se realice. La misma moral cristiana, esa moral superior que desde hace tantos siglos dirige á una gran parte de la humanidad, es hija de la conciencia humana. Seiscientos años ántes que Jesus predicara su doctrina, las ideas de humildad, fraternidad y justicia que la sirven de base, y su hermoso precepto de la caridad, habían ya iluminado el alma de Buddha en la India, y habían sido dados también con fruto como precepto á los hombres. Todo el mundo de ideas y sentimientos que el cristianismo desarrolló como doctrina religiosa, estaba contenida en la filosofía griega. Antes de Jesus existía, por consiguiente, la moral que él divinizó con su palabra, y había ya producido almas tan santas como las de Séneca y Marco Aurelio; despues de Jesus, la misma filosofía lleva su espíritu y su influencia á los dogmas que la Iglesia define y establece; y así como el cristianismo un dia recogió el fruto del genio reli-

gioso de Oriente y del genio libre de la Grecia, y sobre las ruinas del mundo antiguo fundó un nuevo mundo, vivificando con su fe poderosa la pobre caridad de Budda; hoy el pensamiento humano, entreviendo horizontes más extensos, se entrega con pasión á su divino trabajo, y hace de la caridad cristiana, con el título de humanidad, un dogma nuevo, dogma que lleva en su seno los gérmenes de una revolución que cambiará en el porvenir la faz del mundo, estableciendo nuevos lazos y nuevas relaciones entre los hombres y los pueblos.

Pero verdaderamente la pretension de que la moral sea una doctrina religiosa, no la tiene sino el catolicismo, que como única religion revelada, quiere para sí exclusivamente el derecho de definirla y establecerla. Esta pretension es muy propia del carácter que distingue á esta religion, y como las demas religiones se consideran, cada una por sí, tan reveladas como el catolicismo, ¿dónde encontrar entónces la moral verdadera? Cada confesion religiosa, tendrá la suya, ¿cómo distinguirla?... Cualesquiera que sean sus creencias, la moral debe ser una para todos los hombres, y esto es imposible si haciéndola depender de la religion, cada religion impone una moral á sus adeptos. Para daño de esta ley de vida, que debe gobernar las conciencias de una manera cierta y segura, esto es desgraciadamente lo que sucede: entre la confusion de doctrinas religiosas, la moral desaparece. El creyente verdadero no encuentra union ni fraternidad posibles con los que viven fuera de su iglesia ó de su secta; la palabre *hereje*, ha llegado á expresar todo el horror que inspiran estas diferencias de fe, y sabido es que las excomuniones, de que el catolicismo hizo un tiempo tanto uso, no son otra cosa que una inmensa y suprema maldicion para que caigan sobre la cabeza del *culpable* todos los males y todas las desgracias imaginables. El hombre deja de ser hombre entre sus semejantes por el solo hecho de creer ó de opinar de una manera distinta en materias religiosas; se le considera réprobo y se le trata peor que á una fiera: no hay para él compasion ni caridad: toda moral acaba.

En el año 1868 la Francia quiso establecer, y estableció por fin en Turquía un colegio de segunda enseñanza para que en él pudieran recibir todos los jóvenes del país sin distincion.

una educacion conveniente. El programa comprendía las matemáticas, ciencias físicas y naturales, literatura, historia, geografía y lenguas. Pues bien; la dificultad casi insuperable con que tropezó este inocente establecimiento nació de las religiones: fué punto ménos que imposible satisfacer sus distintas exigencias. Los judíos temían poner sus hijos en contacto con los musulmanes y bajo la direccion de profesores cristianos; querían que sus comidas fuesen especiales, preparadas segun el rito hebraico; lo mismo sucedía con los creyentes de las otras religiones, y ni aún en la mesa podían conciliarse entre sí judíos, cristianos y musulmanes. Antes de que el colegio se abriera, prohibió ya el Papa á los católicos que enviasen á él sus hijos, bajo pena de verse privados de los sacramentos de la Iglesia; despues de abierto el colegio las dificultades crecieron. El Alcoran prescribe las abluciones continuas y los baños en gran número de casos; prohíbe comer y beber nada durante los dias del mes llamado de Ramadan ó cuaresma, cuya época es variable en cada año. Las demas religiones tienen distintos preceptos de abstinencia; el tiempo mismo no se cuenta de igual manera y las fiestas civiles y religiosas resultan tambien en dias distintos para cada una. Los turcos santifican el viernes, los judíos el sábado, los cristianos el domingo; era imposible entenderse, y á los tres años, apénas desaparecieron las influencias poderosas que lo sostenían, el colegio tuvo que cerrarse, los pocos alumnos que quedaban fueron trasladados á otra parte y el pensamiento civilizador que le dió vida, sucumbió ante las preocupaciones religiosas.

Sabido es que en la India, la religion brahamánica establece cuatro castas, y el hombre de casta superior que se atreviese á tener relaciones, y á veces ni á tocar siquiera los alimentos preparados por una casta inferior, quedaría *ipso facto* manchado y sujeto á purificacion. La ley religiosa determina hasta la distancia á que un sudra puede acercarse á un brahaman: si la trapasa lo mancha. Los llamados tchanddhas, ó parias en el lenguaje moderno, son séres tan envilecidos que no se les ha considerado ni aún dignos de figurar en la última casta, están materialmente fuera de la ley, y tal es la preocupacion religiosa que el más miserable de todos estos miserables se con-

sideraría á su vez manchado si comiese con un europeo, aunque este fuera el hombre más distinguido entre nosotros.

Estos ejemplos prueban la justicia del cargo que se hace á las religiones diciéndoles que falsean y destruyen la moral prescribiendo ó prohibiendo cosas que son en sí indiferentes; pero hay un cargo que hacerlos más general y más grave. La religion, que debía ser entre los hombres el lazo de union más santo, es por el contrario la causa que los divide más profundamente, el obstáculo más insuperable para la fraternidad humana. En lugar de inspirar amor hácia sus semejantes, les inspira irreconciliable odio; las guerras religiosas han dejado en la historia una mancha indeleble; terribles y feroces, no hay crueldad que no les haya parecido buena á los fanáticos, que creían por tales medios honrar á la divinidad y la insultaban; la inquisicion será siempre, bajo el punto de vista moral, la cosa más inconcebible y más inicua; y nunca será bastante llorada esta perversion de la conciencia humana por las religiones, que han hecho posible que los hombres crean bueno, y aún más que bueno, santo, el derramar en nombre de Dios la sangre de sus hermanos. Jamás podrá la religion católica (y en ella son más terribles las censuras por lo mismo que predica la moral de Jesucristo), borrar el triste recuerdo de su feroz conducta con los pobres albigenses, con aquella secta que ahogó sin compasion en la sangre de sus hijos, mártires todos ellos de sus creencias religiosas, perseguidos y exterminados como fieras en los montes. Aquella carnicería de Montsegur, prevista, querida y llevada á cabo con tanta crueldad, que los pocos que sobrevivieron á la matanza fueron llevados allí mismo á las hogueras entre cuyas llamas perecieron todos, aquel sitio y toma de Beziers, donde no se perdonó, ni á los viejos, ni á los jóvenes, ni aún á los niños de pecho; aquella cruzada, en fin, tan espantosa, á que la Iglesia llamó *guerra sagrada*, todo este cúmulo de horrores, verdadero escarnio de la moral y del derecho, jamás podrá la Iglesia sentirlo bastante: esta sangrienta página de su historia la condenará eternamente (1).

(1) Más terribles aún que todo esto parecen las palabras que se atribu-

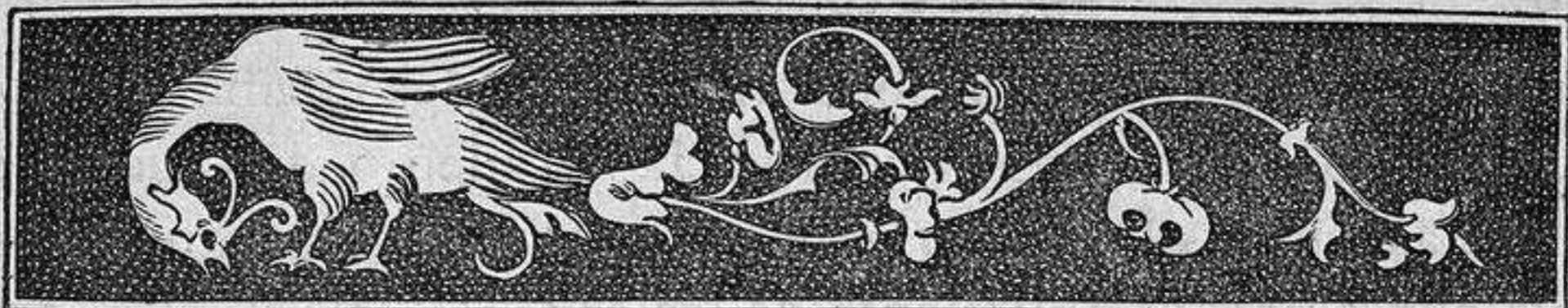
Y si apartando la vista de ésta y otras persecuciones análogas, fuentes de lamentables excesos, queremos encontrar la moral de la religion católica buscándola en su doctrina, ya que esta religion aspira á la conquista universal de las almas, como de origen divino, veremos con tristeza falseada la moral de igual modo y oscurecidas las puras nociones que la dan fundamento. Es condicion de la moral el desinteres, el bien se ha de hacer por el bien mismo, y el mal se ha de evitar por ser mal: todo cálculo de aplauso, honor, castigo ó recompensa, mancha la moral de las acciones, gritando á la voluntad la pureza de la causa que la mueve. Son, por consiguiente, las penas y los goces eternos que todas las religiones ofrecen, móviles mezquinos de la moral; con ellos la virtud se convierte en interesado cálculo y deja de ser virtud. Pero no hay religion que como la católica, haya relacionado el cielo con la tierra de una manera más amplia y más á propósito para producir este desastroso efecto. El catolicismo con el culto de los santos, con los milagros, las reliquias y las indulgencias; con ese *tesoro de méritos* que los papas crearon, verdadero tesoro para la Iglesia que ha llevado á sus manos el dinero de todo el mundo, haciendo de estas cosas y de la salvacion de las almas un comercio sin nombre, ha concluido por confundir todas las ideas y no ha dejado en la conciencia del pueblo lugar ninguno para la verdadera moral. Las ofrendas y las prácticas religiosas exteriores, han sustituido á los verdaderos deberes, y entregándose á ellas los fieles, duermen tranquilos bajo la fe de la Iglesia. La Iglesia ha hecho así del hombre, sér inteligente y libre, un instrumento puramente pasivo en sus manos; cumple y debe cumplir, sin exámen, las reglas que le impone; no tiene conciencia de la justicia ó la razon que las abona y le está hasta prohibido ocuparse de averiguarlo: debe creer y nada más. Es imposible que en estas condiciones pueda haber moralidad ninguna. De igual manera que á los

yen al cardenal enviado del papa para levantar la cruzada. Había en Beziers cristianos y albigenses, y los cruzados se le acercaron al principio de la matanza y le preguntaron cómo podrían distinguir á los cristianos de los que no lo eran: el legado respondió: *matad, matad, Dios conoce á los suyos.*

brutos, á los niños ó á los locos no se les exige cuenta de sus acciones porque no tienen conciencia del bien ó del mal que hacen, así como el soldado no es responsable nunca mientras haya obrado en cumplimiento de las órdenes de sus jefes, del mismo modo el creyente, verdadero soldado de la Iglesia, no se eleva ni puede elevarse á la idea moral para dirigir rectamente sus acciones; es un sér pasivo; cree y obedece. Y si alguna vez su razon le dijera lo contrario de lo que le dice la Iglesia, debe hacer callar á su razon y seguir obedeciendo. Ahora bien: al llegar á este punto, perdida toda libertad en el hombre y sometido su espíritu, la moral ha concluido, porque el hombre no es un sér moral sino en cuanto es un sér libre y no hay moral donde no hay libertad.

(Se continuará.)





CRÓNICA DE LA QUINCENA

12 de Mayo.

Los sucesos que actualmente se verifican fuera de España tienen una importancia demasiado grande para prescindir de tratarlos en las páginas de la REVISTA CONTEMPORÁNEA. Por lo que hemos hecho en otras ocasiones, por lo que hemos dicho—y sirva de ejemplo este caso,—respecto á episodios interesantísimos del conflicto oriental, comprenderán nuestros lectores que no habíamos pensado dejar de hablarles de ninguno de los acontecimientos recientemente ocurridos en Italia, en Francia, en Rusia, en la Gran Bretaña. Pero los hechos se suceden con extraordinaria rapidez y se acumulan en la mesa de nuestra redaccion los originales sin que dentro de las dimensiones de la REVISTA nos sea fácil dar cabida á todos los trabajos preparados. Luchamos entre esa imposibilidad, fácil de comprender, y nuestro deseo no ménos explicable, de que los lectores de esta publicacion estén como los de todas las de su género al corriente de los sucesos europeos. El medio mejor de resolver la dificultad creada por estas circunstancias es, á nuestro juicio, el que hoy iniciamos, abriendo esta seccion para tratar en ella con el criterio con que podríamos hacerlo en artículos aislados y á medida que los hechos ocurran, de esos hechos mismos. La mision que nos imponemos toca más de cerca á la imparcialidad del historiador, que al apasionado espíritu del político; de éste queremos y debemos estar separados constantemente. Nos limitaremos, pues, á referir las novedades que acontezcan, procurando ofrecer á nuestros abonados un cuadro de los sucesos exteriores exacto, imparcial y completo.

Hace muchos años que las cuestiones político-religiosas preocupan singularmente la atención de publicistas y pensadores. En 1875 había llegado á su período álgido la ardiente lucha del Estado y la Iglesia en Alemania, que ha constituido uno de los episodios más importantes y característicos de ese movimiento. Durante el año de 1876 no dejaron de suscitarse conflictos de este género en España, con motivo de la discusión del artículo constitucional que establece la tolerancia de cultos, y en Francia, Austria y Bélgica con pretextos de diversa índole. En 1877 aquellas cuestiones adquirieron un carácter más grave y violento. A la ley sobre los abusos del clero que votó la Cámara de Diputados de Italia siguió la alocución *Luctuosis exagitate*, que era el programa de una nueva cruzada. El clero respondió al llamamiento. En pocos días todos los obispos católicos circulaban á sus diócesanos pastorales encaminadas á inflamar su fe y encender su espíritu en odio á los poderes detentadores del antiguo patrimonio pontificio y á los que veían impasibles sin impedirle ó dificultarla la sacrílega detentación. El Papa se declaraba una vez más prisionero en el Vaticano, y pedía á los reyes y á los pueblos que acudieran á libertarle y á amparar á la Iglesia contra la tiranía de sus nuevos perseguidores. Los obispos franceses se distinguieron entónces entre todos por la violencia de su lenguaje. Gobernaba los asuntos de la república vecina el ministro Simon Martel. M. Gambetta interpeló á M. Simon á propósito de esas agitaciones que amenazaban la paz de Francia y la buena armonía de los gabinetes de París y Roma. El ministro prometió reprimirlas, y aquella promesa fué una de las causas del inexplicable golpe de Estado parlamentario de 16 de Mayo, que conmovió profundamente á Francia y produjo hondo estupor en toda Europa. La lucha religiosa pareció recrudecerse, y muchos espíritus comenzaron á revelar serias inquietudes ante la proximidad de terribles sucesos.

En Octubre fué derrotado el gobierno francés, y en Diciembre, después de una crisis larga, empeñada, laboriosísima, el mariscal Mac-Mahon, en la alternativa de *se soumettre ou se demettre* acabó por resignarse ante la necesidad de nombrar un ministerio de la izquierda. Ocurrían estos hechos á la vez que capitulaba Plewna y que los turcos eran vencidos y deshechos por el ejército del Czar. Inglaterra acentuó su neutralidad simpática á los turcos hasta adoptar una actitud verdaderamente hostil á los rusos. Los amigos del papado creyeron que entónces era ocasión de suscitar sus pretensiones, é imaginaron una especie de liga en la que habían de concertarse, contra Italia y las potencias del Norte, Inglaterra, Francia, España, Portugal y el imperio austro-húngaro. La constitución del gabinete Dufaure borró hasta la memoria de esta tentativa. La cuestión oriental relegó á un puesto secundario los conflictos religiosos. Pocos días iban á transcurrir, sin embargo, ántes de que éstos volviesen á reclamar en primer término la atención de Europa.

La elección de Leon XIII los planteó otra vez, aunque entonces, por fortuna, con diverso carácter y opuesto sentido. El Cónclave apareció desde sus primeras reuniones dividido en dos parcialidades, la intransigente y la conciliadora. La intransigente, que pretendía llevar hasta sus últimas consecuencias la alocución *Luctuosis exagitate*, trasladar el cónclave á Malta y no devolver el Pontífice á Roma hasta que le fuera posible entrar en la Ciudad Eterna como príncipe y triunfador. La conciliadora, que se proponía no agravar el conflicto planteado, elegir al nuevo Papa en el Vaticano y proceder de suerte que se mejorasen y dulcificasen las relaciones entre la Iglesia y el poder civil, lo mismo en Italia que en los demás países de Europa. Rige los acuerdos de los cónclaves una ley histórica no desmentida hasta nuestro tiempo, en virtud de la cual era posible predecir que á Pío IX sucedería, no un Papa que agravara las dificultades pendientes, sino un Papa inspirado en ideas de caridad, de moderación y de tolerancia. Así, muerto Gregorio VII, asciende á la silla apostólica Víctor III, que «moderó con su templanza la hasta entonces encarnizada y sangrienta contienda del Pontificado y el Imperio» y muerto en época reciente Pío VI, batallador é intransigente con el espíritu moderno, le reemplaza el cardenal Chiaramonti (Pío VII), que había ensalzado en sus pastorales, como Monseñor Dupanloup en nuestros días, los principios de 1789. Por lo que hasta ahora nos es posible apreciar de los hechos que caracterizan al nuevo Papa, la ley histórica no se ha desmentido. Leon XIII no pondrá término á la lucha entablada entre la Iglesia y la sociedad civil; pero seguramente no la agravará.

La separación de Monseñor Simeoni del cargo de secretario de Estado y el nombramiento para ese puesto de Monseñor Franchi, las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con Alemania y con Rusia reanudadas, y, por último, la encíclica *Inscrutabili Dei Consilio* de 21 de Abril de 1878, constituyen una prueba harto elocuente para justificar aquella creencia. La lectura de esta encíclica ha inspirado al periódico italiano el *Corriere delle Marche* la idea de escribir un paralelo entre Pío IX y Leon XIII. Un paralelo así es el único comentario posible de aquel documento. Si se le juzgara aislado, sin relacionarlo con sus antecedentes, no podría inspirarnos un juicio benévolo.

Pero hay que tener en cuenta el instante en que aparece para determinar con exactitud su valor, su significación y su alcance. «Pío IX, dice el *Corriere delle Marche*, era piu Re che Papa; Leone XIII è piu Papa che Re.» A pesar de que bajo cierto aspecto es verdadera esta conclusión del periódico de Ancona, puede afirmarse que en el largo curso de su pontificado ha procedido Pío IX más como sacerdote que como político. Leon XIII da principio al suyo más como político que como sacerdote. En la intransigencia de aquél hay mucho de esa fe viva, de ese dogmatismo severo é irreconcilia-

ble con la heregía y con la disidencia, que son rasgos distintivos del ministro del altar. En la inclinación evidente que arrastra á este último hácia algunas soluciones del catolicismo liberal, hay algo de la habilidad, de la astucia de aquellos políticos florentinos cuyo nombre personifica toda una conducta y todo un sistema. La allocucion *Luctuosis exagitate*, es un grito de guerra, como el de Pedro el Ermitaño contra las potencias liberales, contra la sociedad civil, contra la Italia una; la Encíclica *Inscrutabili Dei Consilio*, es el programa de una contienda legal, pacífica que va á sostenerse también contra todas aquellas ideas, contra todos aquellos objetos, contra todas aquellas entidades, pero sin apelar á los recursos de la violencia, ni hacer uso de los medios más extremos y perturbadores.

El P. Curci ha desenvuelto en todos sus escritos, *La razon de la obra*, la *Carta confidencial á S. S. Pío IX* y la *Actual discordia entre la Italia y la Iglesia* un punto de vista que renueva en el seno del catolicismo aspiraciones olvidadas para siempre desde que Pío IX emprendió el triste camino de satisfacer las más torpes exigencias ultramontanas. El P. Curci quería (su retractación no nos permite conocer lo que hoy quiere), que la Iglesia se organizara en Italia como partido político á imitación de lo que ha hecho en Bélgica desde 1830, y en Alemania desde 1870. Organizada así debiera asociarse á las tendencias conservadoras y luchar contra las más liberales; el peso de su poderosísima influencia anonadaría en su sentir á estas últimas y recabaría para el Papado y para el catolicismo en la Península latina un poder y un influjo que ahora no tienen. Desde el punto en que ese poder se reconquistara hasta aquel en que había de producirse un nuevo orden de cosas que garantizase á la Santa Sede su antigua independencia, ni era la distancia mucha, ni podían ser las dificultades insuperables. Quizas no volviera á restablecerse el principado civil que destruyeron los cañones italianos del general Cadorna en Setiembre de 1870; pero ¿por ventura, preguntaba el padre Curci, no tiene la Providencia otros medios de asegurar á la Iglesia una situación independiente, que restaurando el antiguo orden de cosas? Ya procurará realizar sus fines por ese ó por otros caminos, añadía; luchan entre tanto los católicos, empleando las armas que les dan sus adversarios para conquistar aquel poder y aquel influjo, para propagar y difundir las verdades religiosas, para vincular en el sacerdocio católico el apostolado de los países latinos y poner definitivamente en sus manos la conciencia y el sentido moral de estos pueblos.

En opinion de la mayor parte de la prensa europea, á juicio nuestro también, Leon XIII, instado por los sentimientos de su alma en el sentido mismo en que abundan los escritos del P. Curci, emprende el camino que estos le señalaban con la Encíclica *Inscrutabili*. Si es cierto que ántes de publicarse la Encíclica, como ha dicho un periódico, la consultó Su Santidad con algunos cardenales de los

más caracterizados por sus opiniones intransigentes y adictos al Papa difunto, no causará extrañeza la extrema intransigencia de su doctrina y de sus afirmaciones, el lenguaje vigoroso, pero siempre templado, que usa y la alusión que hace, para confirmarlas, á las declaraciones de Pío IX respecto á la necesidad, conveniencia y pérdida del poder temporal. Ya es bastante que por su parte no las explane, ni las adicione, que omita nombrar el *Syllabus*, que no se llame prisionero en el Vaticano, ni proclame una cruzada contra el rey Humberto como poseedor de los Estados que constituyeron el antiguo patrimonio pontificio.

Nadie podía esperar que sucediese á Pío IX un Papa reformador que anulase ó deshiciera la obra de sus predecesores. En esta parte nos parece sensato y oportuno el juicio de la *Rivista Europea*, otra publicación italiana que, como la mayor parte de ellas, consagra extensos comentarios á la última Encíclica. «Ni lo habíamos soñado tal, dice, ni pensamos nunca que fuese un continuador fidelísimo de Pío IX... Leon XIII será indudablemente más moderado que Pío IX, inspirará en sentimientos más conciliadores su política; pero no podrá hacer más porque el papado es más fuerte que él... En la Encíclica se proclama la necesidad en que se halla la Iglesia de luchar vivamente contra las tendencias del mundo moderno; indudablemente esta frase es un indicio de que se piensa excitar á los católicos á que tomen parte en las elecciones políticas con la esperanza de colocar á Italia en las condiciones en que está Bélgica.» El *Times* de Londres y el *Journal des Debats* de Paris aprecian de una manera análoga este documento. La *Republique française* cree que inaugura una nueva política que no ha de tardar mucho tiempo en revelarse ostensiblemente. El *Diritto*, órgano del actual ministerio italiano, advierte que la Encíclica no contradice en manera alguna las conclusiones del libro del P. Curci, y el *Adriático* afirma paladinamente que la escuela fundada por ese religioso ha inaugurado su política en aquel documento.

Otros periódicos, cuya enumeración sería larga y enojosa, plantean con este motivo el problema de si esa conducta entraña mayores peligros para Italia que la seguida por Pío IX. Una excesiva suspicacia y una incomprensible desconfianza en los medios pacíficos y en la virtud de su propia causa, les lleva á alimentar injustificados recelos. La política conciliadora no devolverá á la Iglesia el poder y el influjo que ha perdido. Antes bien los amenguará cada día más. Las luchas pacíficas no avivan la fe religiosa; la gastan y desnaturalizan con mayor rapidez que ningun otro procedimiento. Además de eso la difusión de la cultura, las excelencias del régimen liberal ¿no han de seguir conquistando adictos contra el espíritu teocrático? Podemos explicar aquí un argumento decisivo que el mismo padre Curci indica, aunque tímidamente. Si la Iglesia perdió el inmenso poder que tenía cuando imperaba en las conciencias y en los Esta-

dos casi sin contradicción, cuando la auxiliaban eficazmente el absolutismo monárquico en la esfera política, el espiritualismo filosófico en la esfera científica y las condiciones todas del régimen antiguo en la esfera social, ¿cómo ha de esperar hoy que su antiguo imperio se restaure, hoy que los principios que inspiran la vida de los pueblos, las leyes que rigen el movimiento intelectual del mundo, y todo, hasta la atmósfera en que respiramos, es una viva protesta contra sus pretensiones y sus tendencias, contra sus dogmas y sus deseos?

Si Leon XIII se propone adoptar como bases de la política pontificia las que defiende el antiguo jesuita en su notable libro, los italianos deben felicitarle de ello. Quizas la victoria definitiva no se logre tan pronto; pero será ménos costosa y más duradera.

Antes de pasar á otro órden de asuntos debemos consignar los términos de la retractación del P. Curci. En los últimos días de Abril anunciaron las agencias telegráficas que el ex-jesuita había sido llamado á Roma por el Pontífice. Al viaje ha seguido inmediatamente la retractación. Más que retractarse de sus ideas, lo que ha hecho el autor de *Il moderno dissidio* es lamentar, deplorar y arrepentirse del escándalo que produjo en el mundo católico la publicidad dada á sus obras, y adherirse á todas las enseñanzas y prescripciones de la Iglesia católica, «y en particular á cuanto los soberanos Pontífices y recientemente Vuestra Santidad—así dice el acta de retractación,—en la encíclica *Inscrutabili*, etc., enseñan acerca del poder temporal de la Santa Sede.» Lo que la encíclica *Inscrutabili* enseña sobre este punto concreto no constituye innovacion, reforma ni adelanto alguno en lo que la Iglesia tenía y confesaba como verdadero, ántes de publicarse *Il moderno dissidio*. Ya en su libro procuraba el P. Curci no contradecir ninguna afirmación dogmática. Su retractación es, por lo tanto, poco explícita y nada significativa, si no quiere decir que dominando en el Vaticano ahora el criterio del P. Curci, se ha querido con las últimas protestas de éste, extinguir el fuego de una disidencia amenazadora para la unidad de la Iglesia, por lo mismo que nacía en consideraciones y juicios que el comun sentir de las gentes halla fundados y legítimos. Pero ni la encíclica *Inscrutabili* contendrá la última palabra de Leon XIII, ni el acta de retractación de 29 de Abril la última del P. Curci. Debemos esperar que los acontecimientos desenvuelvan y caractericen en lo sucesivo mejor estos hechos revelándonos su íntimo sentido, su total significación y alcance.

No queremos abandonar la península latina sin dar cuenta á nuestros lectores de un suceso verificado en Roma durante los primeros

lias de la quincena actual, que ha excitado en Italia y más aún fuera de ese reino vivísima atención. Nos referimos al congreso celebrado en aquella capital por los delegados de las asociaciones republicanas de toda la península. Siempre es un hecho que da margen á serias consideraciones políticas el de la propagación de las doctrinas favorables á cierta forma de gobierno dentro de un país que se rige por otra distinta. Entraña ese hecho problemas delicadísimos, dignos de analizarse para apreciar de una manera completa cómo ha de practicarse la doctrina del *self-government*, base del derecho público moderno, y cómo esa doctrina rechaza ciertas creaciones ficticias y peligrosas de la política doctrinaria, como la de la ilegalidad de determinadas tendencias, de ciertos partidos y aspiraciones.

En el congreso republicano de Roma han tenido representación 400 asociaciones y círculos propaganditas de aquellas ideas. Los delegados concurrentes no eran, sin embargo, más de 150, jóvenes y desconocidos en su mayoría. No se encontraban entre ellos ninguno de los jefes más caracterizados del partido, como Saffi, Campanella y Mario, ni ninguno de los diputados que sostienen esas opiniones. Los debates del congreso eran públicos; pero nadie ha asistido á ellos, si se exceptúan varios redactores y corresponsales de periódicos. Han durado las sesiones tres días. Los oradores han defendido con pasión y viveza la conveniencia de establecer en Italia la forma republicana, la oportunidad de adoptar medidas que satisfagan urgentes necesidades sociales, y el derecho que asiste al pueblo italiano para meditar y preparar grandes reivindicaciones territoriales que unan al suelo y al cuerpo político de la patria, estados y provincias que aún no cobija su bandera, como el Trentino, Trieste, la Istria, Niza, Saboya, Malta y otras. Saffi ha escrito á los miembros del congreso insistiendo mucho sobre este último punto. El congreso ha acordado que se constituya y resida en Roma un comité central del partido. En él se admitirán representantes de aquellas localidades no unidas todavía á la nación italiana, diputados de la *Italia irredenta*. M. de Noailles y el ministro austriaco han pedido al conde de Corti que se les explicaran estos propósitos y manifestaciones, y el señor Nicotera ha interpelado al ministerio sobre la reunión del congreso, por lo que afecta al orden público y á la política interior del reino.

Los ministros Cairoli y Zanardelli no han hecho con este motivo más que repetir las aseveraciones consignadas por su órgano *Il Diritto* al discutirse en la prensa esta cuestión. Algunos periódicos conservadores y liberales excitaban al Gobierno para que, ó impidiera la reunión del congreso, ó limitara la libertad de sus debates. «El ministerio Cairoli, decía *Il Diritto*, no puede satisfacer esas exigencias, porque tiene un concepto distinto de las instituciones y de la libertad. Sabe que la monarquía constitucional es compatible con todas las discusiones, y sabe que cuando en un país como el nuestro las instituciones constitucionales se desenvuelven lealmente, bajo la

egida del Estatuto, pueden realizarse todos los progresos, y pueden hallar satisfaccion cumplida todos los intereses y todos los derechos.» Despues de celebrado el congreso, *Il Diritto* ha dicho que los apóstrofes contra la monarquía, contra Víctor Manuel y el rey Humberto, pronunciados en su seno con la mayor imperturbabilidad, «prueban una vez más cuán amplia y segura es la libertad de que Italia goza, y cómo la monarquía nacional es su más firme baluarte y segura defensa.» La interpelacion del Sr. Nicotera se verificó en la Cámara italiana el dia 6 del mes actual. El ministro Zanardelli manifestó que, á su juicio, el Gobierno no debe oponer dificultades al ejercicio del derecho de reunion. «Algunas frases poco prudentes, dijo, pronunciadas en el seno del congreso, no pueden disminuir ni amminorar las buenas relaciones que existen entre el Gobierno de Italia y las demas potencias, porque éstas saben que la libertad es la base de nuestras instituciones. La conducta del Gobierno en estas circunstancias ha hecho conocer la solidez de las bases en que descansa la conservacion del orden público; la moderacion del Ministerio le dará toda la fuerza y toda la autoridad necesarias para proceder enérgicamente, si las leyes fueran infringidas.»

«Un extraordinario acontecimiento va á realizarse mañana,—decía M. Cárlos Blanc desde las columnas de uno de los periódicos más populares de Paris el 30 de Abril último.—La Exposicion universal va á abrir sus puertas al universo.» El acontecimiento extraordinario se ha verificado. La Exposicion universal se inauguró el primer dia de este mismo mes, en la fecha en que estaba acordado inaugurarla. Francia ha dado una prueba más al mundo, despues de tantas como nos ha ofrecido desde 1870, de su regeneracion y de su fuerza. El gigantesco Certámen de 1878 es superior al de 1867, bajo todos los aspectos que pueden estudiarse en un hecho de esta índole. Los productos enviados á él por todos los departamentos de la nacion vecina revelan un estado de mayor florecimiento, prosperidad y grandeza. La paz inalterable de que se disfruta en la república, la seguridad y la confianza de que se muestran poseidas todas las clases sociales, el bienestar, exento de inquietudes y de temores, que constituye el fondo de ese cuadro dichoso, aventajan á las circunstancias en que tuvo lugar la Exposicion anterior. Para los franceses la apertura de ésta tenía una importancia excepcional y singularísima; necesitaban que el mundo viera cómo se redimen los pueblos por el trabajo y por la libertad, cómo se levantan por la fe en su destino y por la exaltacion del patriotismo, cómo se dignifican por la práctica de todas las virtudes sociales y por el escrupuloso cumplimiento de sus más altos deberes políticos. Han citado á todas las naciones, para este año de 1878, en el palacio del Trocadero, y en él les están demostrando que todas esas grandes ideas de trabajo, de amor al país, de respeto á la ley,

de gobierno democrático, de sinceridad electoral, no son vanas palabras, ni lugares comunes, ni motivos retóricos, sino principios que tienen y encierran un gran contenido: la felicidad, la riqueza y la gloria de un pueblo.

Hay algo que Francia no ha recobrado aún, que acaso no recobre en lo sucesivo; su poder preponderante en Europa; su fuerza incontrastable en el mundo. Pero tampoco la tenía ya en 1867, porque en 1867 se había verificado Sadowa, porque en 1867 existía aquel concierto poderoso que ha puesto la dirección de la política internacional en otras manos hasta hoy más afortunadas y expertas que las de Napoleón III. Ni conviene á los intereses generales del viejo continente que ese estado de cosas desaparezca y se restaure en provecho de la nación francesa el influjo y la autoridad que ejercía á mediados del siglo actual en los negocios del mundo, porque tales predomios jamás contribuirán á que se establezca el verdadero equilibrio internacional, y porque Francia no representa hoy, fuera de los límites de su política interior una causa simpática á las ideas de nuestro siglo, ni una serie de soluciones acomodada á las exigencias del espíritu liberal contemporáneo. Nada habrá en esto que dependa de la voluntad del pueblo francés; pero la fatalidad lo ha querido y las circunstancias lo han impuesto. La unidad de Italia, la unidad germánica, la emancipación de los cristianos de la península greco-slava, no cuentan á Francia entre sus más leales defensores. La raza latina no tiene á esa nación, como acaso debería haberla tenido, por abogado de sus intereses. Italia completó su obra nacional cuando los ejércitos franceses quedaban en Sedan prisioneros del rey Guillermo. España nunca hallaría en la Francia preponderante más que un obstáculo para realizar sus grandes reivindicaciones nacionales. La misión de Francia no es por lo tanto recobrar el influjo que ha perdido, el predominio que le han arrebatado. La misión de Francia, más modesta y quizá más fecunda, se reduce á adquirir de nuevo tanta fuerza y tanta grandeza como son necesarias para que Europa no esté á merced de otros gobiernos, y para que el equilibrio internacional sea un hecho positivo é incontrastable. Bajo la República, continuando la serie de brillantes progresos que ha realizado hasta ahora desde 1870, muy pronto podrá decirse, á nuestro juicio, que Francia está en condiciones de realizar su misión.

No tiene otra bajo el punto de vista de las relaciones exteriores; pero en lo que á su política interior toca, cumple una mayor si cabe, y más transcendental y fecunda; la de mostrar, la de evidenciar que son compatibles la democracia y el gobierno representativo, la libertad aún en sus más amplias manifestaciones con el respeto á todos los intereses sociales y con el orden, que es la más alta ex-

presion de ese respeto. Excedería á los límites impuestos á esta CRÓNICA, que considerásemos ó encomiáramos la importancia de esa mision. Francia, y esto basta al objeto que nos hemos propuesto, la realiza desde 1870 tambien, porque en el punto mismo en que más terribles fueron sus desgracias, comenzó á levantarse de ellas animada de un espíritu nobilísimo. Francia, decimos, la realiza afirmando el gobierno fundado por la Asamblea de Versalles, y uniendo bajo la tutela de ese gobierno, en un solo deseo y en un solo propósito á todos sus hijos.

Los dias inmediatos á la apertura de la Exposicion universal no han sido los más abundantes en novedades políticas de este órden. Dos, sin embargo, de alguna importancia podemos señalar. Las elecciones legislativas del 5 de Mayo y el movimiento cada día más ostensible y acentuado, que se verifica en las filas del partido monárquico y conservador y que lleva adeptos respetables y colectividades numerosas al campo democrático. Revelacion y episodio de ese movimiento es un artículo publicado en el último número de la *Revue de France* por M. Weiss, monárquico, conservador, bonapartista, secretario general del Ministerio de Bellas Artes con el gobierno Ollivier Grammont, partidario de la restauracion imperial, adicto á la política de M. de Broglie, hasta despues del 16 de Mayo de 1877, y en la actualidad uno de los miembros más influyentes del centro derecha. Su artículo se titula: *Ilusiones monárquicas. «Illusions perdues!»* dice comentándolo el *Journal des Debats*. Plantea categóricamente la cuestion desde sus primeras líneas. «La república está fundada, —así empieza;— toda política que no acepte esta verdad cardinal y que no parta de ella, será en lo sucesivo una política sin base.» Las conclusiones de M. de Weiss no son ménos explícitas. «Nada, dice, nos conducirá más derechamente á ser presa de la demagogia que el permanecer empantanados en esta política, que consiste en no haber restablecido la monarquía y en demostrar todas las mañanas los inconvenientes y la imposibilidad de la república. No adherirse al régimen establecido ni hacer nada contra él; pretender obrar y desdeñar las fuerzas legales únicas de que disponemos es una estrategia digna de Bedlam... La república posee hoy un grado de consolidacion igual al que poseía la monarquía napoleónica en 1806 y 1856, la monarquía borbónica en 1824 y la monarquía de Julio en 1840... Desde el momento en que esta forma de gobierno existe, es el patrimonio de todos los ciudadanos. Ninguno necesita de que otro le abra sus puertas. La ley lo hace. ¡Pase el que quiera! ¡Entrad, pues, conservadores! Entrad con vuestra bandera desplegada, sin creeros obligados á la solícita acogida de los unos, ni que os intimide el lenguaje sospechoso de los otros. Nadie tiene para ser gobierno con la república, más derechos que el que vosotros tenéis.»

Estas palabras, añade el *Temps*, demuestran la realidad de una

evolucion en el espíritu de algunos de los jefes del partido conservador. Los hombres sensatos repudian abiertamente la política de resistencia á la república. El artículo de M. de Weiss no es un hecho aislado. Coincide con la tendencia provocada de una manera análoga en la opinion y principalmente en el seno del bonapartismo por las cartas y folletos de M. Raul Duval y M. Dugue de la Fauconnerie. La prensa de Paris lo ha examinado con detencion. La *Union*, legitimista, ha dicho: «Nosotros no entraremos jamás en la república.» El *Soleil*, órgano del grupo Audiffret Pasquier y de los constitucionales del Senado exclama por su parte: «Nosotros sí estamos dispuestos á entrar.» Es lógico. Los hombres verdaderamente imbuidos de ideas serias y de gobierno, comprenden la necesidad imperiosa que hay de contar con los hechos, con las necesidades, con la fuerza de las cosas, con la voluntad del país.

Este apoya cada dia con más decision la causa del régimen actual. Las elecciones parciales verificadas durante el año presente revisiten, como todas las que se han hecho en Francia desde 1878, un carácter plebiscitario. Se ha consultado en ellas la opinion de 29 departamentos distribuidos por todos los extremos del país, y en todos la opinion general no ofrece, salvo contadas excepciones, otra cosa que protestas de adhesion á la república. Las actas invalidadas por la Cámara que han dado motivo á nueva eleccion son 42. Siete puestos de esos 42 se han renovado en Enero, quince en Marzo, catorce en Abril y seis en Mayo. Los republicanos han obtenido el triunfo en 37 escrutinios. Los diputados de la Asamblea de 1876, disuelta en 1877, que votaron la órden del dia contra el ministerio Broglie-Fourtou eran 363. La mayoría se compone ahora de 362. En las elecciones parciales para consejeros departamentales se observa el mismo movimiento. Los electores, dueños de su voto, árbitros de sus decisiones, exentos de toda presion, revelan hácia qué punto convergen todas las simpatías del país y cómo existe entre ellos un poderoso vínculo de unidad que les lleva á fortalecer y asegurar las instituciones vigentes.

El episodio capital del conflicto anglo-ruso en la quincena última y hasta el momento en que escribimos estas líneas, es la mision que el conde de Schuvaloff, embajador del Czar cerca de la Reina Victoria, lleva de Lóndres á Berlin y á San Petersburgo. Fracasada despues de otras tentativas, que no lograron mejor éxito, la mediacion del príncipe de Bismark, el estado de cosas era en los últimos dias de Abril difícil é insostenible. El nuevo ministro inglés de la India Gathorne Hardy, pronunció el 30 en Bradford, con motivo de la apertura de cierto club conservador y ante 4.000 ó 5.000 personas, un discurso condensando todas las críticas que ha inspirado á lord Salisbury la paz de San Stéfano. Ese convenio, dijo M. Hardy, no

contiene ni un solo elemento que haga estable y duradera la paz. El gobierno inglés, añadió, está resuelto á mantener en defensa de los derechos de Europa la política que ha sostenido hasta hoy. El gobierno ruso no cedía por su parte. El reemplazo del gran duque Nicolás por el general en jefe Totleben en el mando del ejército que ocupa á Rumelía, se consideró en el campo ruso, en Viena y en Berlin como un síntoma belicoso. Los aprestos militares y marítimos no cesaban, ni han cesado hasta ahora tampoco en una y otra potencia. Inglaterra hace venir á Europa sus tropas de la India; Rusia aumenta y organiza sus fuerzas. Aunque en menor escala, quizá porque estos días se atenúa en Paris él carácter de las noticias diplomáticas y se procura imprimirles un sello pacífico, volvieron con motivo de los hechos que hemos referido á circular los rumores alarmantes que en muchas ocasiones desde Diciembre de 1877 han mantenido suspensa por largo plazo la atención de Europa.

El día 3 de Mayo se decía desde San Petersburgo que las negociaciones acababan de reanudarse directamente entre aquella capital y Lóndres, sobre el punto relativo á la determinación de las distancias equivalentes á que deberían permanecer el ejército ruso y la flota inglesa, mientras que los representantes de Europa discutían las cláusulas del tratado de San Stéfano. Antes de esa fecha se aseguraba que el príncipe de Bismark había conseguido de ambos gobiernos que aceptaran en principio la conveniencia de abandonar los puntos que en la actualidad respectivamente ocupan. Después se añadió que el general Totleben y el almirante Hornby, negociaban, competentemente autorizados, la manera de ejecutar ese principio; pero con posterioridad han quedado desmentidas tales noticias. El día 5 se transmitió de Lóndres á toda Europa la seguridad de que esos rumores eran falsos y de que, á petición del gabinete británico, la cancillería imperial de Alemania iba de nuevo á mediar en el conflicto, facilitándose su mediación con el viaje del conde de Schuvaloff, de Lóndres á San Petersburgo por Friedrichruhe y Berlin. Desde el primer instante, este viaje ha hecho concebir grandes esperanzas á los amigos de la paz. Se ha supuesto que el conde de Schuvaloff lo hace por iniciativa del mismo emperador Alejandro, y que á caso, luego que llegue á San Petersburgo, si el canciller Gortschakoff, enfermo, no puede continuar al frente de los negocios del imperio moscovita, le sucederá interina ó definitivamente Schuvaloff, que es muy querido en Inglaterra, que es grande amigo de la paz, y que, al decir de la mayor parte de la prensa de Europa, goza de inusitado favor con su soberano. Estas suposiciones no tienen quizá mayor fundamento que el deseo de los que las formulan. Lo único indudable, prescindiendo de todas ellas, era que las negociaciones, casi interrumpidas, habían vuelto á empezar, y habían vuelto á empezar estableciéndose un plazo relativamente largo para obtener cualesquiera resultados, el

plazo necesario al conde de Schuvaloff para llegar á San Petersburgo despues de haber conferenciado con el canciller aleman, y proseguir desde aquel punto la accion diplomática, si estos *pour parlers* permiten entablarla de nuevo seriamente.

Confirmando estas impresiones pacíficas el ministro de Estado italiano, conde de Corti, declaró en el Senado el dia 5, que las tentativas de conciliacion ofrecían sérias probabilidades de éxito. El dia 6 en la Cámara de los Comunes, decía el canciller del Echiquier Sir Stafford Northcote, contestando al *leader* de la oposicion, marqués de Hartington, que las negociaciones se proseguían activamente. El dia 7, despues de haber conferenciado con lord Salisbury, partió de Lóndres para San Petersburgo el conde de Schuvaloff. La prensa inglesa continuaba en esa fecha dando gran importancia y atribuyendo un carácter eminentemente pacífico á este viaje, á pesar de asegurarse ya que la idea de emprenderlo no es de la córte de Rusia, sino del mismo conde de Schuvaloff, lo que indudablemente amengua y disminuye su interes. «La mision que va á realizar en San Petersburgo el embajador de Rusia entre nosotros, decía el *Daily Telegraph*, es una mision de paz.» Segun el *Times*, Schuvaloff deberá manifestar al Emperador Alejandro que Inglaterra no acepta en manera alguna la preponderancia exclusiva de Rusia en el Imperio Otomano, pero que se muestra inclinada á escuchar proposiciones respecto á ciertos casos particulares. Otros periódicos sospechan que el conde de Schuvaloff lleva á San Petersburgo la última palabra de Lóndres, y que quizá esta última palabra esté inspirada en las ideas sostenidas recientemente por Mr. Cross, ministro del Interior en la Gran Bretaña, que conceptúa indispensable modificar profundamente los tratados de 1856 y 1871, concediendo á Rusia las ventajas á que le da derecho la última guerra. Esto, se dice en Paris, sería una base de negociacion. Pero sobre esto nada puede con exactitud afirmarse. Las negociaciones encomendadas al conde de Schuvaloff, son, como es lógico, enteramente desconocidas para todo el mundo. Unicamente puede creerse fundado, que esas negociaciones versarán ya, más que sobre la forma, sobre el fondo de la cuestion.

Todas las entabladas anteriormente han fracasado, porque en realidad existen de una parte y de otra pretensiones absolutamente inconciliables. Para llegar á un acuerdo ó desechar sin más exámen toda idea de avenencia es necesario que ambos gobiernos procedan con franqueza y expongan el máximun y el mínimun de sus deseos. La prensa de Europa ha señalado oportunamente esta necesidad. En los últimos dias se ha hablado ménos del procedimiento y del programa del Congreso y más sobre el fondo del problema oriental. La discusion reviste un carácter más práctico. Al parecer las principales objeciones que hace Inglaterra al tratado de San Stéfano se refieren á la constitucion geográfica de Bulgaria y á la posesion de Batum.

Batum tiene para los ingleses un grande interes comercial. Batum constituye un punto importantísimo bajo los aspectos político, militar y comercial. Se teme en Lóndres que los rusos constituyan desde Batum un camino de hierro que los haga dueños del comercio de Persia. En cuanto á la Bulgaria, se desea restringir sus límites para que no sea tan grande la influencia de Rusia en la península de los Balkanes, para que esa influencia no se ejerza merced al principado búlgaro sobre las poblaciones griegas é ilíricas que formarían parte de él, y para que Constantinopla se mantenga en comunicacion constante, sin salir de los dominios del imperio, con todas las provincias que conserva el Sultan bajo su autoridad. La prensa de Viena ha dicho acerca de todo esto que Rusia está dispuesta á admitir una rectificacion de las fronteras señaladas á Bulgaria por el tratado de San Stéfano; pero que no cede en el punto relativo á Batum. Cuando se desciende á estos importantes pormenores que son empero el alma del conflicto anglo-ruso, se adquiere el convencimiento de que es muy difícil, casi imposible, que tenga un desenlace pacífico.

Pero no nos adelantemos á los sucesos. Es de esperar que dentro de breves dias se hayan despejado las incógnitas que ahora nos cierran el camino para toda conjetura. El dia 9 llegó á Berlin el conde de Schuvaloff. El 10 por la mañana visitó en Friedrichruhe al príncipe de Bismark, regresando á Berlin por la tarde y partiendo aquella noche misma para San Petersburgo. Al aproximarse su embajador á esta capital el gobierno ruso declara por medio de sus órganos que son inexactas todas las versiones circuladas sobre la mision de Schuvaloff y que en San Petersburgo se ignora su objeto; pero que no se oponen dificultades á la realizacion de ninguna mision pacífica. Las Agencias anuncian al mismo tiempo que en su entrevista con Schuvaloff y el canciller aleman ha manifestado que la paz es necesaria para Europa é indispensable para Rusia. Los últimos despachos dan cuenta hoy (12) de la llegada del conde Schuvaloff á San Petersburgo. La ansiedad es grande y general la expectativa. Ha disminuido mucho la confianza que en los primeros dias inspiraba aquel viaje. La llegada de tropas anglo-indias á Aden, la concentracion de fuerzas austriacas en la frontera SE. del imperio y los aprestos marítimos de Rusia contribuyen á que la situacion se observe con un temor que, á nuestro juicio, no ha debido desaparecer en ocasion alguna ni por ningun motivo.

Por algunos momentos, miéntras el conde de Schuvaloff informa al gobierno del Czar del espíritu y de los deseos del gabinete inglés, la atencion pública se apartará de estas negociaciones, atraida por la tentativa homicida de que ha sido objeto el 11 en Berlin el anciano emperador de Alemania, tentativa que ha excitado en Europa testimonios generales de simpatía hácia el augusto jefe de la casa de Hohenzollern.—F.





REVISTA CRÍTICA

CONCLUYERON su campaña los teatros, y fuerza es confesar que algún progreso representa aquélla sobre la del año próximo pasado. La escuela neo-romántica, ántes pujante, ha dado señales inequívocas de decadencia, y en cambio las buenas tradiciones escénicas se han reanudado con producciones tan notables como *El esclavo de su culpa*, y *Maldades que son justicias*, y creaciones tan maravillosas como *Consuelo*. Tres obras escritas con arreglo á los buenos principios del arte, otras dos de la escuela romántica, desordenadas, pero grandiosas (*Lo que no puede decirse* y *Los laureles de un poeta*), y varias producciones tan delicadas y sentidas como *La criolla* y *Cuento de niños*, tan estimables como *La manta del caballo*, y tan regocijadas como *Juan García é Inocencia*, cumplidamente compensan los fracasos ruidosos y las caricaturescas exhibiciones que el año cómico registra. Los primeros pasos en el buen camino ya están dados, y sólo falta que los autores se agrupen en torno de la gloriosa bandera enarbolada por Ayala, Sellés y Cavestany. Si esto se realiza, fácilmente terminará el triste período que en estos últimos años ha atravesado la escena española; y restablecidas las buenas tradiciones, y vencido el neo-romanticismo, lucirán de nuevo los días de gloria que todos recordamos y que no hemos perdido la esperanza de volver á ver.

*
*
*

El Sr. Perez Galdós, no contento con la gloria que le ha reportado *Marianela*, y dando nuevas pruebas de su increíble laboriosidad, acaba de publicar un tomo de sus *Episodios nacionales*, titulado *Un voluntario realista*, que es uno de los más dramáticos é interesantes de la colección. Como siempre acontece, el equilibrio entre el elemento histórico y el novelesco no está perfectamente conservado en

esta novela, en la cual prepondera el segundo sobre el primero más de lo que fuera menester. La insensata y ridícula *Guerra de los agraviados*, prólogo bufo de la guerra carlista, merecía mayor atención de parte del Sr. Galdós. La sombría figura del Conde de España valía la pena de un buen retrato, y dignas eran de alguna descripción, de esas que con tanta valentía traza el eminente novelista, las intrigas de los apostólicos, la toma de Manresa, las romancescas aventuras de Josefina Comerford y los horribles suplicios de los jefes de la rebelión. En vez de hacer esto, el Sr. Galdós ha narrado una acción novelesca, bastante inverosímil, pero llena de movimiento é interés dramático.

Hay en esta novela personajes perfectamente trazados. El guerrillero Tilin, mezcla singular de ruda barbarie, salvajes pasiones y heroicos sentimientos, carácter indómito que con igual facilidad desciende hasta el crimen ó se eleva hasta la más sublime abnegación, es una figura llena de color y en alto grado dramática, que puede considerarse como una de las más felices concepciones del Sr. Galdós. Sor Teodora (que sirve de pretexto al distinguido novelista para lanzar sus acerados dardos contra la ortodoxia reinante) es también notable por más de un concepto; pero al final se hace repulsiva por la odiosa doblez de que da muestras, siquiera lo haga con un fin laudable. Los personajes secundarios están muy bien pintados, sobre todo la madre Montserrat, y el cabecilla Pixola.

*
*
*

Un amor del infierno se titula una novela original del Sr. D. Arturo Perera, que en esta ocasión no ha estado muy feliz. Su objeto es pintar los peligros á que arrastra la pasión amorosa cuando llega á los últimos extremos de exaltación; pero en realidad lo que prueba es que la pasión es peligrosa cuando la experimentan hombres tan cándidos y faltos de sentido común como Gustavo Robledo. No se concibe que un hombre de mediano juicio se entregue por completo al amor de una desconocida aventurera, cuya vida está rodeada de misterios indescifrables y cuya conducta presenta las más extrañas anomalías. El que eso hace no es un apasionado sino un tonto, y los tontos merecen todas las desgracias de que son víctimas.

La novela del Sr. Perera es un logogrifo. Terminada su lectura nadie sabe quién era la condesa Carlota, cuál era su estado civil, qué relaciones la unían con el misterioso fantasma que pasaba por su marido, qué armas utilizaba para dominarla su padrastro, ni qué móviles determinaban su inexplicable conducta. El lector se queda, como Gustavo Robledo, sin saber si aquella mujer es una víctima de misteriosas desventuras, ó una desvergonzada cortesana. Lo único que saca en limpio es que Gustavo es tonto de capirote, mal hijo, mal patriota, mal caballero, y capaz de todas las infamias, desde la

mentira hasta el asesinato. Todo lo demas queda envuelto en profundas tinieblas, que el autor no se toma el trabajo de iluminar.

El Sr. D. Dámaso Gil Aclea (de cuya novela *Juan Perez* nos hemos ocupado oportunamente), acaba de publicar bajo el título de *Bosquejos* un tomo que consta de cinco novelitas de escaso mérito, pobres de invencion por lo general y escritas con cierto descuido. Ninguna de ellas merecía los honores de la publicidad.

El Sr. Azcárate ha publicado con el título: *La constitucion inglesa y la política del continente*, el notable discurso en que resumió el año pasado los importantes debates que sobre este tema sostuvo la seccion de ciencias morales y políticas del Ateneo. Como á su debido tiempo hicimos justicia á los méritos de este magnífico trabajo, nos limitamos á recomendarlo nuevamente á nuestros lectores.

Una amena descripcion é historia de la Exposicion de Filadelfia, debida al Sr. D. Luis Alfonso, y una traduccion de la *Filosofía del derecho penal* de Franck, enriquecida con un notable estudio preliminar, mejor pensado que escrito, del traductor Sr. Gil Maestre, y publicada por la *Biblioteca Salmantina*, constituyen el resto del contingente bibliográfico de esta quincena; si bien hay que añadir las *Discusiones sobre la metafísica*, del Sr. D. Indalecio Armesto, obra que por su excepcional importancia juzgaremos detenidamente en nuestra próxima Revista.

*
.

En el Ateneo continúan con actividad los trabajos de las secciones. En las cátedras, tanto tiempo hace abandonadas, se observa tambien algun movimiento, pues ya se anuncian importantes conferencias sobre cuestiones científicas y ha empezado su notable curso de *Química orgánica* el Sr. Rodríguez Carracido, que jóven aún, posee en esta materia notable copia de conocimientos que le auguran un próximo lugar entre nuestras autoridades químicas.

Del último debate de la seccion de literatura motivos personales nos impiden hablar. En la de ciencias naturales continúa, con escasa animacion, la discusion sobre los cementerios, habiendo terciado en ella los Sres. Rodríguez Carracido, Bravo y Tudela y Barreras. El primero defendió con buenas razones la cremacion; el segundo proclamó en estas materias una libertad completa y sostuvo que todos los sistemas eran buenos y podían admitirse, siempre que se sujetaran á las reglas de la higiene; el tercero pronunció un discurso humorístico, lleno de contradicciones y tambien de donosas ocurrencias, del cual no era fácil deducir consecuencia alguna.

A nuestro juicio el debate está muy extraviado por haberse introducido en él cuestiones ajenas á la higiene. Salvo los oradores de profesion médica, los demas pierden el tiempo en discutir si la creacion de la necrópolis ataca ó no algunos derechos adquiridos, ó de si la cremacion es ó no conforme á los sentimientos religiosos. La

primera cuestion es ociosa; la salud pública es la ley suprema, y á ella tienen que sacrificarse, en caso de conflicto, los derechos particulares. La segunda cuestion no lo es ménos; ningun dogma religioso se opone á la cremacion, y aunque se opusiera, si ésta era indispensable para la higiene pública, todo debiera subordinarse á tan apremiante necesidad. Por otra parte, bajo el punto de vista de la poesía, la conservacion de un puñado de blancas cenizas es preferible al enterramiento de un conjunto repugnante de materias corrompidas; y caso de establecerse esta costumbre, podría renacer con ella aquel piadoso culto doméstico de los muertos que tan poético era y tanto robustecía y santificaba la vida de familia, y que era, sin duda, algo más bello que las hipócritas visitas, las teatrales exhibiciones y las bacanales inmundas con que hoy *honramos* la memoria de los difuntos en esas repugnantes anaqueleras en que los almacenamos como si fueran piezas de tela ó géneros ultramarinos.

Y con respecto á lo que pueda haber de repulsivo en la cremacion al sentimiento de respeto que hácia los muertos experimentamos, la contestacion es sencilla. Más prueba de respeto es conservar piadosamente en nuestro propio hogar las cenizas de nuestros antepasados, que entregarlos á la voracidad de los gusanos ó la brutalidad de los sepultureros, y al cabo arrojarlos en la fosa comun.

Por lo demas, la cremacion tiene un inconveniente en que no se ha fijado ninguno de los oradores que se han ocupado de ella, y es que impediría en muchos casos descubrir, mediante el exámen de los restos humanos, la huella de misteriosos crímenes que fácilmente quedarían impunes, si este sistema se generalizara. Punto es éste que debe fijar la atencion de los defensores de dicho sistema más que esas infundadas apelaciones á sentimientos que no le son contrarios y que no pueden considerarse sino como preocupaciones ridículas que no merecen ningun respeto.

En la seccion de Ciencias morales y políticas han usado de la palabra, el Sr. Santero, que se manifestó partidario del socialismo gubernamental; el Sr. Magaz, á quien no tuvimos el gusto de oír; el Sr. Simarro, que con su habitual ingenio y sutileza, expuso las leyes darwinianas con aplicacion al problema social, pero sin entrar de lleno en el fondo del problema, y el Sr. Fuentes, que combatió las opiniones del Sr. Simarro.

M. DE LA REVILLA.

10 de Mayo.

Madrid 15 de Mayo de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA-ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.